

León Trotsky

MI VIDA

3.^{ER} TOMO

Ediciones **MASAS**

La Paz-Bolivia
Octubre 2022

En el tercer tomo de las memorias de Trotski, ya es la persona-
je con sus perfiles definidos, con aquellos que quedarán
estampados en las páginas de la historia.

Al princio de éste volumen le encontramos en Francia, de don-
de pasa a España y luego a Estados Unidos, son viajes forzados.
!Simbólico preludio de lo que será su existencia de hombre sin
patria de eterno emigrado, después de su destierro!

En Nueva York le sorprende la nueva revolución y consigue
embarcarse hacia Rusia. Donde ta fundamental rol va a
deempeñar en las agitaciones previas al golpe de Octubre, en la
toma del poder y en la intensa labor organizadora que
requirieron los días de la revolución.

La narración de estos hechos apasionantes, como realizada por
el único de sus protagonistas que, al par que el revolucionario, es
literato de buena ley, constituye un documento candente, vivo,
incomparable para desentrañar la historia de la revolución
bolquevique.

Ediciones

MASAS

Indice

| | |
|------------------------------------|----|
| Expulsado de Francia | 4 |
| De paso por España | 9 |
| En Nueva York | 19 |
| En el campamento de concentración | 27 |
| En Petrogrado | 33 |
| Paréntesis sobre los calumniadores | 42 |
| De julio a octubre | 51 |
| La noche que decide | 59 |
| El "trotskismo" en 1917 | 66 |
| En el poder | 70 |
| En Moscú | 81 |

EXPULSADO DE FRANCIA

A poco de llegar yo a Constantinopla, algunos órganos de la Prensa francesa se apresuraron a publicar la noticia de que la orden por la que se me había expulsado de Francia hacía trece años seguía vigente. De ser cierto, hay en ello un motivo más para convencerse de que en la pasada catástrofe, la más terrible que viera el mundo, no se han perdido todos los valores. Ciertamente que, en unos cuantos años perecieron generaciones enteras y fueron destruidas gran número de ciudades; cierto también que rodaron por el polvo de Europa varias coronas de reyes y emperadores y que las fronteras de los Estados cambiaron de sitio, incluyendo entre ellas esas fronteras de Francia que a mí se me cierran. Pero, en medio de este cataclismo grandioso, queda en pie como signo consolador una orden firmada por monsieur Malvy, a principios del otoño de 1916. ¿Qué importa que el propio Malvy hubiera de ser más tarde expulsado de su país y hoy se encuentre reintegrado a él? En la historia, es frecuente que la obra de un hombre sobreviva a su creador.

Puede que un jurista un tanto exigente echase de menos la continuidad necesaria para la vigencia de esa orden. En 1918, la Misión francesa de Moscú puso a mi disposición a sus oficiales, conducta bien extraña en verdad para con un "extranjero poco grato", a quien se priva del derecho a pisar territorio francés. También es bastante extraño que el día 10 de octubre de 1922 me visitase, en Moscú, monsieur Herriot, y no, por cierto, para recordarme que aquella orden de expulsión seguía vigente. Al contrario; fui yo quien hubo de hacer alusión a la orden consabida, en vista de que monsieur Herriot me preguntaba, muy amablemente, cuándo iba a ir por París. Claro está que mi alusión no pasaba de ser una broma. Los dos nos echamos a reír. Cada cual por sus razones, pero nos echamos a reír los dos. Asimismo es extraño que al inaugurarse, en el año de 1921, la estación eléctrica de Schatura, el embajador de Francia, monsieur Herbette, contestando a mi discurso en nombre de los diplomáticos allí presentes, me dirigiese un saludo muy amable, en el que ni aun el oído más receloso pudo percibir un eco de la orden de expulsión de monsieur Malvy. ¿Cuál es la conclusión de todo esto? Llevaba razón aquel inspector de policía, uno de los dos que me acompañaron en 1916 en el viaje de París a Irún, cuando me decía:

-Los Gobiernos cambian, pero la policía permanece.

Para comprender debidamente las circunstancias en que fui expulsado de Francia, hay que decir algo acerca de las condiciones en que vivía aquel pequeño periódico ruso redactado por mí. Su principal enemigo era, naturalmente, la embajada zarista, donde se traducían celosamente al francés los artículos de Nasche Slovo, para luego enviarlos, adobados por las glosas oportunas, al Quai d'Orsay y al Ministerio de la Guerra. La misma embajada se encargaba de telefonar, nerviosamente, al censor de guerra, monsieur Chasles, que había vivido muchos años en Rusia dando clases de francés. Chasles no se distinguía precisamente por ser un carácter resuelto. Sus perplejidades y vacilaciones terminaban siempre entendiendo que era preferible tachar a dejar pasar. ¡Lástima que no aplicase la misma regla a la biografía de Lenin que había

de escribir unos años después, y que es, por todos conceptos, deplorable!... Aquel temeroso censor, no sólo tomaba bajo su protección al Zar, a la Zarina, a Sasonof, a Miliukof y a sus sueños de expansión en los Dardanelos, sino hasta al propio Rasputin. No costaría ningún trabajo demostrar que toda la guerra-una guerra a muerte-que se estaba librando contra el Nasche Slovo, no se dirigía contra las tendencias internacionales del periódico, sino contra su actitud revolucionaria ante el zarismo. Hubimos de sufrir el primer ataque de paroxismo agudo de la censura en la época de los avances rusos en Galizia. Al menor triunfo de sus armas, la embajada zarista levantaba la cabeza con un atrevimiento insolente. El paroxismo llegó hasta el punto de tacharnos íntegra la necrología del conde de Witte, incluso el título del artículo, que constaba de cinco letras: "Witte".

Importa advertir que al tiempo que esto ocurría, el órgano oficial del Ministerio de Marina de San Petersburgo estaba publicando unos artículos de una violencia inaudita contra la República francesa, burlándose de su parlamentarismo y de su pequeño "Zar", el diputado. Me eché debajo del brazo un tomo de la revista petersburguesa y me fuí a la censura a pedir cuentas al censor.

-En realidad-me dijo monsieur Chasles-, éste no es asunto de mi competencia; las instrucciones referentes al periódico de ustedes parten todas del Ministerio de Negocios extranjeros. Es mejor que hable usted con uno de nuestros diplomáticos. Como a la media hora, se presentó en el Ministerio de la Guerra un caballero diplomático de pelo canoso. Entre nosotros tuvo lugar, en términos casi literales, el siguiente diálogo, que transcribí a poco de ocurrido:

-¿Quiere usted hacer el favor de decirme por qué se me ha tachado un artículo en que se hablaba de un burócrata ruso jubilado, que estaba en desgracia y acababa de morir, y qué relaciones puede haber entre esto y las operaciones de guerra?
-Es que, ¿sabe usted?, esos artículos no les agradan...-dijo el diplomático, haciendo un gesto vago con la cabeza; yo me figuro que para apuntar hacia el sitio en que se encontraba la embajada rusa.

-Pero, tenga usted en cuenta que precisamente por eso los escribimos nosotros, porque sabemos que no les agradan.

El diplomático sonrió desdeñosamente ante esta respuesta, como si se tratase de una linda broma.

-Estamos en tiempo de guerra, y nuestra suerte depende de la de nuestros aliados.

-¿Acaso quiere usted decir con eso que el régimen interior de Francia se halla mediatizado por la diplomacia zarista? En este caso, entiendo que sus antepasados se equivocaron al cortar la cabeza a Luis Capeto.

-¡Oh, exagera usted! Pero no olvide, se lo ruego, que estamos en tiempos de guerra. A partir de aquel momento, la conversación careció ya de sentido. El buen diplomático me dió a entender, con una sonrisa muy compuesta, que a los vivos no les agrada que se hable mal de los muertos, pues también los dignatarios son mortales. Las cosas siguieron como antes. El censor tachaba sin duelo, y muchas veces, en vez de un

periódico, salía a la calle una hoja de papel en blanco. Jamás se me ocurrió quebrantar las órdenes de monsieur Chasles, a las que me atenía con la misma fidelidad que él a las de sus comitentes.

De nada me sirvió, pues en el mes de septiembre de 1916 me fué comunicada en la Prefectura de Policía una orden de expulsión, conminándome a salir de Francia. ¿Cuál era la causa? En la orden no se daban razones. Poco a poco, fuimos descubriendo que el pretexto provenía de una provocación maligna organizada por la policía rusa destacada en Francia. El diputado Juan Longuet se presentó ante Briand para protestar contra mi expulsión, o, mejor dicho, para lamentarse de ello, pues las protestas de Longuet tenían siempre un tono melódico de gran dulzura. Briand, Presidente del Gobierno, le dijo:

-¿Y no sabe usted que en los bolsillos de los soldados rusos que asesinaron en Marsella a su Coronel se encontraron números del Nasche Slovo? Longuet no contaba con esto. Ya se le hacía duro avenirse a las tendencias "zimmerwaldistas" del periódico; pero aquello de asesinar a un Coronel era demasiado. Longuet pidió informes del caso a mis amigos franceses, éstos acudieron a mí; yo no tenía del asesinato de Marsella más noticias que las que pudieran tener ellos. Los corresponsales de la Prensa liberal rusa, adversarios patrióticos del Nasche Slovo, hubieron de mezclarse en el asunto, y, sin querer, pusieron en claro la tramitación del crimen. La cosa ocurrió del modo siguiente: El Gobierno zarista había movilizad a toda prisa, para mandarlos a tierra francesa, además de los soldados rusos-que eran tan pocos, que los llamaban destacamentos "simbólicos"-, una nube de espías y agentes provocadores. Entre ellos, se encontraba un tal Winning-creo que se llamaba así-, que vino a París con una recomendación del Cónsul de Rusia en Londres. A lo primero, Winning intentó ganarse a los corresponsales de los periódicos rusos moderados para hacer entre los soldados propaganda "revolucionaria"; pero le dieron con la puerta en las narices. En la Redacción del Nasche Slovo no se atrevió a presentarse, y nosotros no teníamos la menor noción de la existencia de este personaje. Fracasado en París, se trasladó a Tolón, donde seguramente tendría cierto éxito entre los marinos rusos, a quienes, naturalmente, no les era fácil penetrar en el fondo de sus intenciones. "Aquí tenemos un magnífico campo para trabajar; enviad libros y periódicos revolucionarios" escribía Winning desde Tolón a una serie de periodistas rusos, elegidos al azar; ninguno le contestó. En el cruce ruso Askold, fondeado en Tolón, estalló un motín, que fué cruelmente sofocado. Como la intervención de Winning en este suceso había sido demasiado manifiesta, pareció oportuno trasladar a Marsella su campo de acción, antes que fuese tarde. También aquí encontró "un campo magnífico" para trabajar. A los pocos días estallaba en Marsella, entre los soldados rusos-sin que Winning fuese ajeno al caso-, una sublevación, como consecuencia de la cual fué muerto a pedradas en el patio del cuartel el Coronel Krause. Al ser detenidos los soldados complicados en el asunto, se les ocupó a varios el mismo número del Nasche Slovo. A los periodistas rusos que acudieron a Marsella a informarse de lo ocurrido, les dijeron varios oficiales que durante la sublevación se había presentado allí un tal Winning, que, quieras que no, colocaba a todo el mundo el Nasche Slovo. Los

detenidos, cuando les encontraron el periódico, no habían tenido todavía tiempo a leerlo. Advertiré que inmediatamente de conocer la conversación que había tenido Longuet con Briand acerca de mi expulsión, es decir, antes de que se aclarase el papel de Winning en el asunto, dirigí una carta abierta a Julio Guesde, en la que apuntaba la sospecha de que el Nasche Slovo hubiera sido puesta en los bolsillos de los soldados por un agente provocador. Esta sospecha se confirmó de un modo irrefutable, y por los más furibundos adversarios del periódico, mucho antes de lo que yo pensaba. No importa. La diplomacia zarista había dado a entender al Gobierno republicano con la suficiente claridad que, si quería tener soldados rusos, había de acabar inmediatamente con aquel nido de revolucionarios. Al fin, se conseguía lo deseado: el Gobierno francés, después de tanto vacilar, se decidió a suspender el Nasche Slovo, y Malvy, Ministro del Interior, firmó la orden de mi expulsión que le puso delante la Prefectura de Policía. Ahora, el Gobierno creíase a seguro. A Juan Longuet y a algunos otros diputados que le interpelaron, principalmente a Leygues, Presidente de la Comisión parlamentaria, Briand dió como fundamento de mi expulsión lo sucedido en Marsella. Aquello convencía a cualquiera. Sin embargo, como nuestro periódico, que estaba sujeto a una rigurosa censura previa y se vendía sin recato en los quioscos de París, no podía haber incitado a nadie a que asesinase a ningún Coronel, aquella historia quedó flotando en el misterio, hasta que se descubrió su verdadera trama. La noticia del caso y de su verdadero desarrollo llegó hasta la Cámara. Me contaron que Painlevé, que era a la sazón Ministro de Instrucción pública, cuando le refirieron los detalles de lo sucedido, no pudo contenerse exclamó: -¡Es una vergüenza..., no, eso no puede quedar así!

Pero estábamos en tiempos de guerra, y el Zar era un aliado de la República. No podía dejarse al descubierto a Winning. No quedaba, pues, más camino que ejecutar la orden de Malvy. En la Prefectura de Policía de París me comunicaron que podía trasladarme al país que mejor me pareciese, si bien advirtiéndome que tanto Inglaterra como Italia renunciaban al honor de brindarme hospitalidad. Bien, pues retornaría a Suiza. Pero ocurría... que el Consulado suizo se negaba a visarme el pasaporte. Telegrafíe a mis amigos de Suiza, y obtuve de ellos una respuesta aquietadora: que descuidase, que el asunto se arreglaría en sentido favorable. Sin, embargo, el Consulado suizo seguía negándose a ponerme el visado. Luego se descubrió que la Embajada rusa, ayudada por los aliados, había ejercido sobre Berna la coacción necesaria para que las autoridades suizas diesen largas al asunto, con objeto de ganar tiempo hasta que me expulsasen de Francia. A Holanda y Escandinavia no había modo de ir más que pasando por Inglaterra. El Gobierno inglés se llegó categóricamente a permitirme que atravesase por su territorio. No me quedaba, pues, más que España. Ante tal coyuntura, me negué a pasar voluntariamente los Pirineos. Unas seis semanas duraron las negociaciones y los debates con la policía de París. Los espías me seguían a todas partes, no me perdían paso, montaban la guardia delante de mi vivienda y a la puerta de la Redacción del periódico. Laurent, el prefecto de policía, me llamó a su despacho y me dijo que, puesto que me negaba a salir voluntariamente, se presentarían en mi casa a buscarme dos inspectores

de Policía, claro está que "de paisano", agregó, como si me hiciese un gran favor. La Embajada zarista había conseguido lo que quería por fin, iba a ser expulsado de Francia. Puede que en los detalles de mi relato, hecho sobre las notas que conservo de aquella época, se haya deslizado alguna pequeña inexactitud. Pero los datos esenciales son absolutamente ciertos e indiscutibles. Además, aún viven la mayoría de las personas que intervinieron en el asunto. Muchas de ellas se encuentran en Francia. Asimismo existen documentos. No costaría ningún trabajo reconstruir los hechos tal como sucedieron. Yo, por mi parte, no dudo que si se sacase de los archivos policíacos la orden de expulsión decretada contra mí por monsieur Malvy y se sometiese el documento a una investigación dactiloscópica, en una de las puntas aparecerían las huellas del dedo índice de Mr. Winning.

DE PASO POR ESPAÑA

inspectores de policía. Uno de ellos era pequeño y viejo, un anciano casi; el otro tenía una talla gigantesca, era calvo, como de unos cuarenta y cinco años de edad, y negro como la pez. El traje de paisano les sentaba desmañadamente, y cuando decían algo hacían el gesto de llevarse la mano a una visera invisible. Mientras me despedí de los amigos y la familia, se ocultaron con extremada cortesía detrás de la puerta. Y al salir, el viejo se quitó varias veces el sombrero, deshaciéndose en excusas. Delante de la casa montaba la guardia uno de los espías que me habían perseguido maligna e infatigablemente durante los dos meses últimos. Muy cordial, como si nada hubiese ocurrido, puso en orden el "plaid", y cerró la puerta del auto. Tenía todo el aire del cazador que entrega al comprador la caza. Nos pusimos en marcha. Tren rápido. Departamento de tercera. El policía viejo resulta ser un buen geógrafo. Tomsk, Kazán, la feria de Nishni-Novgorod: todo lo conoce. Habla español y conoce también España. El otro, el alto y moreno, se está largo tiempo callado, mirando de reojo y con gesto de malhumor. Pero al fin, sale de su mutismo para decir: -La raza latina no hace más que dar vueltas a la misma cosa, las demás le están tomando la delantera.

Tal dijo, inesperadamente, mientras en una de las manos, peludas y llenas de gordos anillos, tenía cogido un pedazo de tocino, en el que de vez en cuando daba un corte con la navaja.

-¿Cuál es-prosiguió-el estado de nuestra literatura? Pura decadencia. Y lo mismo la filosofía. Desde los tiempos de Descartes y Pascal, no ha habido nada que valga la pena... La raza latina no hace más que dar vueltas a la misma cosa. Yo aguardaba, lleno de asombro, a ver en qué paraba aquello. Pero el inspector, vuelto a su silencio, mascaba el tocino y el pan.

-Ustedes tuvieron no hace mucho a Tolstoy, pero Visen es más inteligible para nosotros que Tolstoy.-Y vuelta a callar.

El viejo, herido en su susceptibilidad por aquel alarde de erudición, empezó a explicar la importancia del ferrocarril transiberiano. Y luego, completando, y a la par suavizando, la conclusión pesimista de su colega, añadió:

-Sí, nos falta iniciativa. Aquí, todo el mundo quiere vivir del presupuesto. Es triste, pero no puede negarse que es así.

Yo les oía a los dos, porque no tenía otro remedio; pero no dejaba de poner interés en sus palabras.

-¿La vigilancia? ¡Oh, ahora no hay vigilancia posible! Para que tenga sentido vigilar a una persona es necesario que el que vigila permanezca oculto, ¿no es cierto? Hay que decirlo sin reservas: el "Metro" ha acabado con la vigilancia. Para que ésta pudiera llevarse a cabo, sería necesario ordenar a las personas sujetas a ella que no tomaran el "Metro".-Y el policía moreno se echó a reír, con una risa de pocos amigos. -Muchas veces vigilamos a una persona sin que nosotros mismos sepamos por qué-dijo

el viejo, amortiguando las palabras del otro.

-Los policías somos unos escépticos-tornó a hablar, siempre sin transición, el moreno-. Usted tiene sus ideas propias. Nosotros estamos aquí para proteger lo existente. Tome usted, por ejemplo, la gran Revolución. ¡Formidable movimiento de ideas! Catorce años después de estallar la revolución, el pueblo vivía peor que nunca. Lea usted a Taine. Los policías somos conservadores por razón del cargo. El escepticismo es la única filosofía que conviene a nuestro oficio. Y al fin y al cabo... nadie elige su camino en la vida. Eso del libre albedrío es una quimera. Todo está predeterminado por la marcha de las cosas. Y comenzó a beber estoicamente vino, por la botella. Luego, mientras taponaba la botella, volvió al tema:

-Renan ha dicho que las ideas nuevas vienen siempre demasiado pronto. Y tiene razón.

En este momento, como yo hubiese puesto la mano casualmente en el cerrojo de la puerta, dirigió hacia ella su mirada acechante. Para tranquilizarte, me llevé la mano al bolsillo.

El viejo volvía a tomarse la revancha. Ahora nos hablaba de los vascos, de su idioma, de sus mujeres, de la forma de su peinado, y por ahí adelante. Nos estábamos acercando a la estación de Hendaya.

-Aquí vivió Déroulède, nuestro poeta romántico nacional. Le bastaba con tener delante las montañas de Francia. Era un Don Quijote sitiado en un rincón de España.-Y el moreno sonrió con discreto desdén.-Tenga usted la bondad, monsieur, de seguirme al puesto de policía de la estación.

En Irún se me acercó un gendarme francés a preguntarme no sé qué; pero mi acompañante le hizo la seña masónica y me llevó rápidamente por una de las salidas de la estación.

-C'est fait avec discrétion ? N'est-ce pas?-me preguntó el moreno.-Desde Irún puede usted tomar el tranvía hasta San Sebastián. Procure usted, darse aires de turista, para no despertar las sospechas de la policía Española, que es extraordinariamente recelosa. Y ahora, como si no nos conociésemos, ¿verdad?

Nos despejamos fríamente...

En San Sebastián, donde admiré el mar y me quedé espantado en los precios, tomé el tren para Madrid. Héme aquí en una ciudad en que no conocía a nadie-ni a un alma-y en que de nadie era conocido. Y como no sabía tampoco español, no podía sentirme más solo ni en medio del Sahara ni recluso en la fortaleza de San Pedro y San Pablo. No me quedaba otro camino que acogerme al lenguaje del arte. Los dos años de guerra me habían hecho casi olvidar que existía arte en el mundo. Me lancé con la furia del hambriento sobre los tesoros deliciosos del Museo del Prado, y, como en otro tiempo, volví a sentir en este arte el elemento de lo "eterno". Rembrandt, Ribera. Los cuadros de Jerónimo Bosch, genial en su simplista goce de vivir. El vigilante, un hombre viejo, me dió una lupa para que pudiese ver mejor las figurillas de los aldeanos, los asilos y los perros que pululaban en los cuadros de Miguel. Aquí no se notaba para nada la guerra. Cada cosa ocupaba, imperturbable, su lugar, y los colores vivían su vida propia

y libre.

En mi libro de notas senté en el Museo la siguiente reflexión: "Entre nuestra época y estos artistas antiguos vino a interponerse, antes de la guerra-sin eliminar ni empequeñecer lo viejo-, el arte nuevo, más íntimo, más individual, más matizado, más sugestivo, más movido. Es probable que la guerra avenge para mucho tiempo estas concepciones y este modo, sustituyéndolas por las pasiones y los sufrimientos de las masas; pero aunque así sea, no es fácil que retornemos a las formas antiguas, a esas formas de belleza, anatómica y botánicamente perfectas, a las caderas de un Rubens (si bien las caderas tendrán probablemente gran predicamento en el nuevo arte de la posguerra, ansioso de vida). Difícil cosa es profetizar; pero tengo la evidencia de que estas sensaciones insólitas que se han adueñado de casi toda la humanidad civilizada, producirán un arte nuevo."

Sentado en el hotel, leía, diccionario en mano, los periódicos españoles, y aguardaba a que llegasen las respuestas a las cartas que había escrito a Italia y a Suiza. Todavía tenía la esperanza de que me dejasen entrar en territorio suizo. Al cuarto día de estar en Madrid recibí una carta de París dándome la dirección del socialista francés Gabier, que dirigía en la capital de España una Compañía de seguros. A pesar de la posición social burguesa que ocupaba, Gabier resultó ser adversario resuelto de la política patriótica que estaba siguiendo su partido. Por él supe que los socialistas españoles estaban plenamente influenciados por el socialpatriotismo francés. No había más oposición seria que la de los anarquistas de Barcelona.

El secretario del partido socialista, Anguiano, a quien tenía el propósito de visitar, estaba por aquellos días en la cárcel cumpliendo quincena, por haber faltado al respeto a un santo de la Iglesia católica. De haber ocurrido esto unos siglos antes, le habrían quemado en la hoguera sin más contemplaciones.

Mientras llegaba la contestación de Suiza, seguía estudiando algunas palabras de español, charlando con Gabier y visitando los Museos. El día 9 de noviembre fui llamado al pasillo con gestos de terror por la doncella de la pequeña pensión en que me había instalado Gabier. En el pasillo, aguardaban dos sujetos de pelaje inconfundible, que sin perder el tiempo en grandes cortesías, me invitaron a que les acompañase. ¿Adónde? No hace falta preguntarlo: a la Dirección de policía de Madrid. Llegados al punto de destino, me sentaron en un rincón.

-¿De modo, que estoy detenido?-pregunté.

-Sí, por una horilla o dos.

Mis siete buenas horas me tuvieron en la Dirección, sin cambiar de postura. Hacia las nueve me llevaron escaleras arriba. Hube de comparecer ante un Olimpo bastante numeroso.

-¿Y por qué se me detiene, si puede saberse?

Esta pregunta, a pesar de ser tan sencilla, causó el asombro de los olímpicos. Una tras otra, fueron aventurándose diversas hipótesis. Uno de aquellos señores habló de las dificultades que el Gobierno ruso ponía para los pasaportes de los extranjeros que

se dirigían a aquel país.

-¡Si supiera usted el dinero que nos cuesta perseguir a nuestros anarquistas!...-dijo otro, como si quisiera con esto moverme a compasión.

-Pero, permítame usted, no es posible que se me haga responsable al mismo tiempo de la policía rusa y de los anarquistas españoles...

-Cierto, cierto, lo decía sólo a modo de ejemplo...

-¿Qué ideas profesa usted ?-me preguntó, después de mascullar un poco, el jefe. Procuré explicarles, en forma vulgar, cuáles eran mis ideas.

-¡Hola, ahí lo tiene usted!-me contestó el hombre.

Por fin, el jefe me hizo saber por medio de un intérprete que se me invitaba a salir de España cuanto antes, y que entre tanto no tenía mas remedio que someter mi libertad "a algunas retracciones".

-Sus ideas son demasiado avanzadas (trop avancées) para España-me dijo, con una hermosa sinceridad, a través del intérprete.

A las doce de la noche, un agente de policía me condujo en un taxi a la cárcel de Madrid. El inevitable cacheo en el centro de la "estrella", donde se cruzan las cinco alas del edificio, de cuatro pisos cada una. Escaleras de hierro. Silencio, ese especial silencio nocturno de la celda, lleno de fuertes emanaciones y de pesadillas. En los corredores, bombillas eléctricas mortecinas. Todo conocido, todo igual. El chirrido de la puerta blindada que se abre. Una pieza grande medio en tinieblas, el aire recargado de la prisión, el mísero camastro que da asco ver. El chirrido de la puerta que se cierra. ¿Cuántas veces se ha repetido ya esta historia? Abro el ventanuco cruzado por barrotes. Se cuele una bocanada de aire fresco. Sin desvestirme, con todos los botones abrochados, me tiendo en la cama y me arropo con mi abrigo. Hasta ahora, no me dí cuenta de lo absurdo que era todo lo sucedido. ¡Encarcelado en Madrid! Jamás pude soñarlo. No puede negarse que Isvolsky había trabajado a conciencia. ¡En Madrid! Y allí, tendido en un camastro de la "Cárcel Modelo", sin poder contenerme, me eché a reír con todas mis ganas. Riendo, me quedé dormido.

En el paseo, los presos por delitos comunes me dijeron que en esta cárcel había celdas gratis y celdas de pago. Una celda de primera costaba peseta y media, y siendo de segunda, 75 céntimos al día. El preso tenía opción a una habitación alquilada; pero no se le reconocía derecho a rechazar la que le daban gratis. Mi celda era una de las de primera clase, de las caras. Oyendo aquello, volví a echarme a reír muy de buena gana. Pero en realidad, no podía negarse que la organización era lógica. ¿Por qué ha de reinar la igualdad en las cárceles de una sociedad cuyo fundamento es la desigualdad en todas las cosas? Dijéronme también que los moradores de las celdas caras podían pasear dos veces al día, una hora de cada vez, mientras que los demás sólo tenían media hora de paseo. También aquello era lógico. Los pulmones de un estafador, por ejemplo, que puede pagar peseta y media al día, tienen derecho a una ración de aire mayor que los del huelguista que respira gratis.

Al tercer día de estar en la cárcel me llevaron a tomarme las medidas antropométricas,

y me ordenaron que pusiera las yemas de los dedos encima de una plancha sobre la que habían extendido tinta de imprimir, para sacar las huellas dactilares. Como me negara, lo hicieron por la "fuerza", aunque con una refinada cortesía. Yo me puse a mirar por la ventana mientras el vigilante me iba ensuciando cuidadosamente los dedos, uno tras otro, y sellando con ellos no sé cuantas fichas y hojas de papel, lo menos diez; primero la mano, derecha y luego la izquierda. Hecho esto, me dijeron que me sentase y me quitase las botas. Me negué a ello. Con los pies, la cosa no, era tan sencilla. Los empleados de la cárcel me rodeaban sin saber qué hacer. Por fin, me dejaron y lleváronme al locutorio, donde me aguardaban Gábier y Anguiano, a quien habían sacado de la cárcel-pero no de ésta-el día antes. Me comunicaron que habían puesto en movimiento todos los resortes para conseguir mi libertad. Al salir, me crucé en el corredor con el cura de la cárcel, el cual no manifestó sus simpatías católicas hacia mi pacifismo, y añadió, a guisa de consuelo: -¡Paciencia, paciencia!¹ Realmente no me quedaba otro recurso, por el momento.

El día 12 por la mañana se presentó un agente de policía a comunicarme que aquella noche debía salir para Cádiz, y me preguntó si deseaba pagarme yo mismo el billete. Como aquel viaje no respondía, ni mucho menos, a mi propósito, di las gracias y me negué resueltamente a costeármelo. Ya estaba bueno con que pagase la pensión en la Cárcel Modelo.

Aquella noche íbamos camino de Cádiz, viajando a costa del Rey de España. ¿Pero por qué a Cádiz? Volví a mirar el mapa. Cádiz está situado en el punto más saliente de la Península Ibérica. De Beresof, en un trineo tirado por renos, cruzando los Montes Urales, a San Petersburgo; de aquí, dando un rodeo, a Austria; de Austria a Francia, pasando por Suiza; de Francia a España y, finalmente, desde los Pirineos, atravesando toda la Península, a Cádiz. Dirección: de Nordeste a Sudoeste. Allí acaba la tierra firme y empieza el Océano. ¡Paciencia, que diría el cura!

Los agentes que me acompañaban no rodeaban nuestra expedición de ningún misterio. Todo lo contrario, estaban dispuestos a relatar ce por be mi historia a cuantos por ella se interesasen. Y al hacerlo, me presentaban en la mejor de las formas, insistiendo en que no se trataba de un monedero falso, ni de un carterista, sino de un "caballero", aunque con ideas un tanto extrañas. Todo el mundo me consolaba diciéndome que el clima de Cádiz era excelente.

-¿Y como dieron ustedes conmigo?-les pregunté a los policías.

Habían dado conmigo muy fácilmente, por un telegrama cursado desde París. Como yo lo sospechaba. La Dirección de Policía de Madrid recibió un telegrama de la Prefectura de París concebido en estos términos: "Anarquista peligroso, cuyo nombre damos, ha pasado la frontera por San Sebastián. Piensa instalarse en Madrid." De modo que me esperaban, me buscaron y, como pasase toda una semana sin dar conmigo, ya estaban un tanto intranquilos. Los policías franceses me habían puesto delicadamente del otro lado de la frontera; el admirador de Montaignes y Renan me había preguntado incluso:

1- En español en el original

"C'est fait avec discrétion, n'est-ce pas?" ¡Y la misma policía telegrafiaba inmediatamente a Madrid, diciendo que un "anarquista" peligroso había penetrado en España por Irún. En este asunto tuvo un papel de bastante relieve el jefe de la llamada "Policía jurídica", Bidet-Faupas. Él fue el alma de mi vigilancia y expulsión. Bidet se distinguía de todos sus colegas por una rudeza y malignidad extraordinarias. A mí se empeñaba en hablarme en un tono que no se hubieran permitido ni los oficiales de la gendarmería zarista. Nuestras entrevistas terminaban siempre con una explosión. Al salir del despacho, sentía clavada en mi espalda una mirada cargada de odio. Cuando me visitó en la cárcel Gabier, le dije que tenía la convicción de que mi encarcelamiento era una maniobra de Bidet-Faupas. Este nombre dió, gracias a mí, la vuelta por todos los periódicos de España. No habían de pasar dos años sin que el destino me ofreciese una inesperada reparación a costa de monsieur Bidet. En el verano de 1918, estando yo en el Comisariado de Guerra, me telefonearon diciéndome que Bidet, el Júpiter Bidet, había sido detenido y estaba encarcelado en una prisión soviética. No me resignaba a dar crédito a mis oídos. Luego, se averiguó que el Gobierno francés le había mandado a la Rusia soviética con la Misión militar para montar el espionaje y delatar las posibles conspiraciones. Pero no fue lo bastante cauto que exigía su oficio, y cayó en la red. Verdaderamente no podía yo exigir de la Némesis una satisfacción mayor, sobre todo si se tiene en cuenta que, a poco de ocurrir esto, el propio Malvy, el ministro francés, que había firmado mi orden de expulsión, era expulsado, a su vez, por el Gobierno de Clemenceau, acusado de intervenir en intrigas pacifistas. ¡Aquella trabazón de sucesos parecía cosa de película! Cuando me llevaron al Comisariado a Bidet, apenas le reconocí: no parecía el mismo. El Júpiter tonante se había convertido en un simple mortal. Bastante malparado, además. Le miré como interrogándole.

-Mais oui, monsieur-me dijo, humillando la cabeza-; c'est moi.

Sí, era Bidet. ¿Pero cómo era posible aquello?

¿Cómo había podido ocurrir? Yo no salía de mi asombro. Bidet hizo un gesto filosófico con la mano y comentó, con el convencimiento de un estoico policíaco: -C'est la marche des événements.

¡Ya lo creo! ¡Magnífica fórmula! Y en mi recuerdo emergió aquel fatalista moreno que me había acompañado hasta San Sebastián: "el libre albedrío es una quimera, todo está predeterminado por la marcha de las cosas..."

-Pero, aunque así sea, reconocerá usted, monsieur Bidet, que no estuvo usted excesivamente cortés conmigo en París...

-Sí, desgraciadamente, tengo que reconocer, con harto sentimiento, señor Comisario del Pueblo, que es verdad. En mi celda he pensado mucho en ello. A veces, no deja de ser útil para un hombre-añadió con tono solemne-el conocer la cárcel por dentro. Pero, confío en que la conducta seguida por mí en París no me acarrearé ahora consecuencias tristes, ¿verdad? Le tranquilicé.

-Cuando vuelva a París -me aseguró- me dedicaré a otras ocupaciones.

-¿De veras, monsieur Bidet? On revient toujours à ses premières amours.

Tantas veces he contado esta escena a mis amigos, que me acuerdo del diálogo con todo detalle, como si hubiese ocurrido ayer. Algún tiempo después, Bidet fué enviado a Francia, en un canje de prisioneros. No volví a saber de él. Pero no tenemos más remedio que dejar el Comisariado, de Guerra, para volver por un momento a Cádiz. Después de cambiar impresiones con el Gobernador, el Comisario de Policía de Cádiz me notificó que al día siguiente, a las ocho de la mañana, me embarcaría para La Habana en un vapor que, por feliz coincidencia, salía mañana mismo de aquel puerto.

-¿Para dónde dice usted ?

-Para La Habana.

-¿iPara La Ha-ba-na!?

-iPara La Habana!

-Tendrán ustedes que embarcarme por la fuerza.

-Pues, sintiéndolo mucho, nos veremos obligados a mandarle a usted en las bodegas del barco.

El Secretario del Consulado alemán, que era amigo del Comisario y hacía oficio de intérprete, me aconsejó que "me resignase a la realidad".

iPaciencia, paciencia!² otra vez! Pero esto era ya demasiado. Volví a declarar que no me embarcaría. Acompañado por espías de vista, fuí corriendo a Telégrafos por las calles de aquella pequeña ciudad encantadora, sin darme mucha cuenta de sus encantos, y deposité una serie de telegramas "urgentes". Telegrafíé a Gabier, a Anguiano, al director de la policía política, al Ministro de la Gobernación, a Romanones, Presidente del Consejo; a los periódicos liberales, a los diputados republicanos. Movilicé todos los argumentos que podían caber en telegrama. Envié cartas a todos los rincones y lugares más apartados del mundo. "Supóngase, querido amigo, -escribía al diputado italiano Serrati-, que estuviese usted en Tver vigilado por la policía rusa, y que de pronto quisieran mandarle a Tokio, adonde no le interesa a usted ir ni por asomo. Pues tal es, poco más o menos, la situación en que yo me encuentro en Cádiz, en vísperas de ser expedido con dirección a La Habana." De allí, fuí corriendo, y siempre acompañado por los espías, a ver al comisario. Este, acuciado por mí, se prestó a telegrafiar a costa mía a Madrid, diciendo que prefería esperar en la cárcel de Cádiz a que llegase el barco para Nueva York antes que ir a La Habana. No me resignaba a rendir las armas. Fué un día movido.

El diputado republicano Castrovido presentó una interpelación en las Cortes acerca de mi encarcelamiento y expulsión. En los periódicos se entabló una polémica. Las izquierdas atacaban a la policía, pero condenando como francófilo mi pacifismo. Las derechas simpatizaban con mi "germanofilia" (no en vano me habían expulsado de Francia), pero les asustaba mi "anarquismo". En medio de este barullo, no había manera de entenderse. Sin embargo, me permitieron que aguardase en Cádiz la llegada del primer barco para Nueva York. El conseguir esto fué una ruda victoria. Pasé en Cádiz varias semanas, bajo la vigilancia de la policía. Pero era una vigilancia

2- En español en el original

mucho más pacífica y familiar que la de París. Aquí había tenido que pasar dos meses torturado, viendo el modo de sustraerme a las miradas de los espías, huyendo en un auto solitario, desapareciendo en un cine sombrío, saltando en el último segundo a un vagón del "Metro" o de él al andén, etc., etc. Pero los espías tampoco se descuidaban, sino que desplegaban en aquella caza todas las astucias de su arte: me escamoteaban el taxi delante de las narices, montaban la guardia a la puerta del cine, salían volando como bombas del tranvía o el "Metro" con gran indignación del público y del cobrador. En aquella campaña, había mucho de "arte por el arte". En realidad, casi toda mi actuación política se había desarrollado siempre bajo las miradas de la policía. Pero las persecuciones de los espías excitaban y despertaban en uno el instinto del deporte. En cambio, en Cádiz, el encargado de vigilarme me advirtió que se presentaría a tales y tales horas y que le esperase en el hotel. A cambio de esto, intervenía con gran empeño en defensa de mis intereses, me ayudaba a hacer las compras y me llamaba la atención acerca de los hoyos de la acera. Un día, como un vendedor me pidiese dos reales por una docena de camarones, le cubrió de insultos, agitando amenazadoramente las manos, y cuando ya el vendedor estuvo fuera del café, salió corriendo detrás de él y armó tal gritería, que la gente se arremolinó a ver lo que pasaba.

Yo procuraba no perder el tiempo: me iba a la biblioteca a estudiar la historia de España, sudaba sobre las conjugaciones españolas y, disponiéndome a entrar en los Estados Unidos, renovaba un poco mis reservas de inglés. Así iban pasándose insensiblemente los días, y muchas veces, al caer la noche, advertía con pena que el de la partida se acercaba sin que hubiera hecho grandes progresos. En la biblioteca estaba siempre solo, si no se cuentan aquellos ratones bibliófilos que se pasaban las horas muertas devorando innumerables volúmenes del siglo XVIII, gastando esfuerzos enormes en descifrar un nombre o un número.

En mi cuaderno de notas encuentro el siguiente extracto de mis lecturas de Cádiz: "... La historia de España nos habla de políticos que, cinco minutos antes de que triunfase un movimiento popular, lo estaban tachando todavía de criminal e insensato, para luego, una vez asegurado el triunfo, ponerse a la cabeza de él. Estos astutos caballeros-continúa el viejo historiador-asoman la cabeza en todas las revoluciones sucesivas, y son los que más alto gritan. Los españoles llaman a estos aprovechados "pancistas", nombre derivado de la palabra panza, tripa. De ella procede también el nombre de Sancho Panza, nuestro viejo amigo. Es una palabra difícil de traducir, algo así como "barriga grande". Pero la dificultad es meramente gramatical, no política. El tipo en sí es perfectamente internacional." Yo había de tener sobradas ocasiones de convencerme de ello después del año 17.

Era curioso que los periódicos de Cádiz no publicasen nada apenas acerca de la guerra; viéndolos, parecía como si no existiese. Y como yo llamase la atención de aquellas personas con quienes conversaba acerca de esto, haciéndoles notar que El Diario de Cádiz, que era el periódico más leído, no traía noticia alguna de la guerra, me contestaban, asombradas: -¿De veras? No, no es posible... ¡Pero sí, sí, en efecto!- ¡Esto quería decir que ellas

no lo habían notado! La guerra se estaba desarrollando allá, del otro lado de los Pirineos. Poco a poco, yo mismo fuí desacostumbrándome también de pensar en ella. El barco para Nueva York salía de Barcelona. Conseguí que me diesen permiso para ir allá, al encuentro de mi familia. En Barcelona, nuevas dificultades policíacas, nuevas protestas, nuevos telegramas y nuevos espías. Llegó mi familia, que había tenido que sufrir en París no pocas molestias. Pero ya lo dábamos todo por bien empleado. Acompañados siempre por los espías, recorrimos la ciudad de Barcelona. Los niños estaban entusiasmados con el mar y la fruta. Ya nos habíamos hecho todos a la idea de trasladarnos a Norteamérica. Todos mis esfuerzos porque me dejaran ir a Italia, pasando por Suiza, habían fracasado. Cuando llegó el permiso, que se me concedió gracias a las presiones de los socialistas italianos y suizos, ya estaba yo con mi familia embarcado en el trasatlántico español que zarpó del puerto de Barcelona el día 25 de diciembre. El retraso, naturalmente, no tenía nada de casual. Isvolsky sabía hacer las cosas. En Barcelona se cerraban a mis espaldas las puertas de Europa. La policía nos instaló en un barco español de la Compañía Transatlántica llamado Monserrat, que hacía la travesía a Nueva York, con mercancía y pasajeros, en diecisiete días. Diecisiete días, que hubiera sido un rendimiento muy considerable en la época de Cristóbal Colón, cuyo monumento se alzaba en el puerto catalán. El mar, en aquella época, la peor del año, estaba agitadísimo, y el barco hacía todo lo posible por convencernos de lo percedera que es la vida humana. El Monserrat era un barco medio desmantelado, en el que resultaba temerario cruzar el Océano. Pero el navegar bajo el pabellón neutral de España, en aquellos tiempos de guerra, reducía los peligros de morir ahogado. Y la Compañía española se aprovechaba de esto para cobrar una enormidad de dinero por el pasaje, instalando míseramente a los pasajeros, y dándoles un trato peor todavía. El pasaje era hartito pintoresco y, a fuerza de serlo, poco atractivo. A bordo iban una cantidad considerable de desertores de varios países, predominando entre ellos los de alto copete. Había un pintor que, acogiéndose al amparo de su viejo padre, procuraba salvar del fuego de las trincheras sus cuadros, su talento, su familia y su dinero. Un boxeador que era a la vez literato, primo de Oscar Wilde, no se recataba para confesar que le resulta más agradable el irse a hundirles las quijadas a los caballeros yanquis en el noble sport que el dejarse traspasar las costillas por cualquier alemán desconocido. Un gentleman impecable, campeón de billar, se indignaba de que también a los de su edad les llegase el turno. ¿Y todo por qué? ¿Por esa absurda matanza? ¡No! Y aquel caballero manifestaba sus simpatías por las ideas de... Zimmerwald. El resto del pasaje era lo mismo, o cosa parecida: desertores, aventureros, especuladores o elementos "molestos" arrojados de Europa. ¿A quién, si no, se le iba a ocurrir ponerse a cruzar el Océano, en aquellos tiempos, embarcado en un mísero vaporcillo español?... El análisis del pasaje de tercera ya no era tan fácil. Los emigrantes yacían apretujados, hablando poco, apenas se movían, pues la comida era escasa; aquellos seres sombríos iban a cambiar una miseria cruel y oscura por otra ignorada. Los Estados Unidos trabajaban para la guerrera Europa y necesitaban

brazos nuevos, pero libres del tracoma, del anarquismo y de otras enfermedades. Para nuestros pequeños, el barco era un campo inagotable de observación. Constantemente estaban descubriendo algo nuevo

-Oye, ¿sabes que el fogonero es muy buen hombre? Es un "repúblico". Con aquel eterno peregrinar de un país a otro, se habían ido formando un lenguaje propio y peculiar.

¿Republicano? ¿Y cómo os habéis podido entender con él?

-Nos lo explicó muy bien. Mira, nos dijo muy claro: "Alfonso", y luego hizo así con el puño: ipif! ipaf!

-Sí, entonces no hay duda de que es republicano -dije yo.

Los niños bajaban en busca del fogonero y le llevaban pasas y otras golosinas. Un día nos lo presentaron. El republicano, que tendría unos veinte años, poseía ya ideas, perfectamente firmes acerca de la monarquía. 1.º de enero de 1917. En el barco todo el mundo se felicita por el nuevo año. Las dos primeras fiestas de Año nuevo, durante la guerra, las pasé en Francia: la tercera en pleno Océano. ¿Qué nos traerá el año que comienza? Domingo, 13 de enero. Estamos entrando en el puerto de Nueva York. Nos despiertan a las tres de la mañana. En pie. Está oscuro. Frío. Hace aire. En la orilla se alza un montón de casas, húmedo e imponente. ¡Es el Nuevo Mundo!

EN NUEVA YORK

Heme en Nueva York, la capital fabulosamente prosaica del automatismo capitalista, en cuyas calles reina la teoría estética del cubismo y en cuyos corazones se entroniza la filosofía moral del dólar. Nueva York me impone como la expresión más perfecta del espíritu contemporáneo.

Acerca de mi vida circulan en los Estados Unidos, al parecer, leyendas para todos los gustos. En Noruega, donde sólo estuve de paso, hubo algún periodista ingenioso que contó que me ganaba la vida limpiando bacalao; en Nueva York, donde pasé dos meses, la Prensa me descubrió una serie de oficios, a cual más pintoresco. Si recogiese aquí todas las aventuras que me atribuyeron los periódicos norteamericanos, estoy seguro de que mi biografía ganaría mucho en amenidad. Pero, no tengo más remedio que decepcionar, y lo siento mucho, a mis lectores yanquis. La única profesión a que me dediqué en Nueva York fué la de socialista revolucionario. Una profesión que, antes de declararse la guerra democrática y "liberadora", no se consideraba en los Estados Unidos más criminal que la de un contrabandista de alcohol. Mi ocupación consistía en escribir artículos, redactar un periódico y hablar en mítines obreros. Estaba acosado de trabajo y me encontraba muy bien en los Estados Unidos. Me pasaba largas horas en la Biblioteca, estudiando la vida económica del país. Las cifras de la exportación norteamericana durante la guerra, en creciente ascenso, me dejaron asombrado. Para mí eran una revelación. Aquellas cifras, no sólo auguraban la intervención de los Estados Unidos en la guerra, sino el papel decisivo que le estaba reservado a esta nación cuando la guerra terminase. Acerca de este tema escribí inmediatamente una serie de artículos y di varias conferencias. Desde entonces, el problema de "Norteamérica y Europa" quedó inscrito para siempre entre las cuestiones que solicitan mi interés predilecto. De este problema sigo ocupándome con gran empeño y creo que algún día podré dedicarle un libro. No hay ningún tema que tenga más importancia, para quien se esfuerce por comprender el destino que le está reservado a la humanidad. Al día siguiente de llegar a Nueva York, escribí en el *Novii Myr* ("El Nuevo Mundo"), un periódico ruso, lo siguiente:

"He salido de aquella Europa empapada de sangre con una gran fe en la revolución que se acerca, y he pisado la tierra de este Nuevo Mundo, ya harto envejecido, sin la menor ilusión "democrática". Y diez días después, en el mitin internacional "de salutación", dije:

"El hecho económico de importancia capital consiste en que, mientras Europa está demoliendo las bases de su Economía, Norteamérica se enriquece. Y yo, que no he dejado todavía de considerarme como un europeo, me pregunto, contemplando con envidia esta ciudad de Nueva York: ¿Lo resistirá Europa? ¿No se convertirá en un cementerio? ¿No se desplazará a Norteamérica el centro de gravedad del mundo, en lo económico y lo cultural?" Es un problema que sigue teniendo su importancia, por mucho que entre tanto se haya "estabilizado", según se dice, Europa.

Di unas cuantas conferencias en ruso y en alemán en varias partes de Nueva York,

en Filadelfia y en otras ciudades cercanas. Entonces, andaba todavía peor de inglés que hoy, de modo que me era absolutamente imposible ni acordarme de hablar en público empleando este idioma. Digo esto porque se ha hablado con bastante insistencia de los discursos pronunciados por mí en inglés en Nueva York. (No hace aún muchos días que el redactor de un periódico de Constantinopla me describía uno de aquellos pretendidos discursos míos, a que aseguraba haber asistido, siendo estudiante en Norteamérica. Confieso que no tuve valor para decirle que se trataba de una ofuscación. Alentado por mi silencio, nada tiene de extraño que registrase sus "recuerdos" por escrito en el periódico.)

Alquilamos un cuarto en un barrio obrero y tomamos los muebles a plazos. El cuarto nos costaba diez y ocho dólares al mes y tenía una serie de comodidades inconcebibles para un europeo: luz eléctrica, cocina de gas, cuarto de baño, teléfono, montacargas automático para los víveres y otro para bajar el cubo de la basura. Todo esto conquistó en seguida para Nueva York la simpatía de nuestros muchachos. Durante algún tiempo, el teléfono fué el centro de su actividad. Ni en Viena ni en París habíamos tenido en casa este artefacto guerrero,

El "genitory" o portero de la casa en que vivíamos era un negro. Mi mujer le pagó por adelantado la renta de tres meses, pero sin que le entregase el recibo reglamentario, pues el casero se había llevado el día antes el talonario para revisarlo. Al ir a instalarnos al cuarto dos días después, nos encontramos con que el negro se había fugado, llevándose las rentas de unos cuantos inquilinos. Además del dinero, le habíamos dado a guardar algunas cosas. Aquello nos tenía preocupados. Mal empezábamos. Pero resultó que nuestras cosas seguían allí. Y cuando abrimos el cajón de la loza, ¡cuál no fué nuestra sorpresa al encontrarnos con el dinero de la renta cuidadosamente envuelto en un papelito! El portero se había llevado solamente los dólares de los inquilinos que estaban en posesión del recibo correspondiente. Por lo visto, el negro aquel no, sentía la menor compasión hacia el casero, pero no quería causar daño alguno a los inquilinos. ¡Era un hombre magnífico, no hay duda! Tanto mi mujer como yo nos sentimos profundamente conmovidos por su delicadeza y guardemos de él un recuerdo muy grato. Esta pequeña aventura se me antojaba a mí que tenía una importancia sintomática bastante grande. Desde el primer momento, ponía al descubierto ante mis ojos un rinconcito del famoso problema "negro" de Norteamérica.

Por aquellos días, los Estados Unidos se estaban preparando con el mayor empeño para intervenir en la guerra. Y los que más contribuían a ello-como siempre ocurrirían los pacifistas. Aquellos vulgares discursos cantando las ventajas de la paz sobre la guerra, acababan siempre con la misma tonada: con la promesa de sostener la causa de la guerra, si resultara ser "inevitable". Era el sentido que imprimía Bryan a la campaña de agitación. Los socialistas hacían coro a los pacifistas. Ya se sabe que, para los pacifistas, la guerra sólo es un enemigo contra el que hay que combatir, en tiempos de paz. Cuando Alemania declaró la guerra submarina sin cuartel, comenzaron a acumularse en todas las estaciones y puertos de la costa oriental de los Estados Unidos

montañas de pertrechos de guerra que obstruían el tráfico ferroviario. Las subsistencias empezaron a subir de precio, dando un gran salto, y la rica ciudad de Nueva York presenció el espectáculo de miles y miles de mujeres y de madres que se lanzaban a la calle, derribando los cestos de las tiendas y saqueando los puestos de comestibles. ¿Si esto sucedía entonces allí qué no sería en el mundo entero después de la guerra?, me decía yo para mí y decía a otros.

El día 3 de febrero se declaró la tan esperada ruptura de relaciones diplomáticas con Alemania. Las charangas patrioteras llenaban el aire con sus instrumentos, cada día más ruidosos. Las voces atenoradas de los pacifistas y las voces de falsete de los socialistas no rompían la armonía patriótica. Para mí, aquel espectáculo no era nuevo, pues ya lo había presenciado en Europa, y la movilización del patriotismo norteamericano no hacía más que repetir la historia consabida. Me limité a registrar las etapas del proceso en el periódico ruso que publicábamos y medité acerca de la estupidez humana, que aprende con una lentitud tan insoportable.

Por la ventana del cuarto en que teníamos la Redacción observé el siguiente cuadro: Un hombre viejo, con los ojos legañosos y una barba canosa y descuidada, se paró delante de una caja de latón llena de basura y se puso a revolver hasta que encontró un pedazo de pan. El viejo intentó partir el trozo de pan con las manos, se lo llevó a la boca, lo sacudió varias veces contra la caja de latón. Todo fué inútil; el pan estaba duro como una piedra. En vista de esto, el pobre hombre, medio asustado y medio avergonzado, miró si le veían, se guardó el botín debajo de la parduzca chaqueta y siguió su camino cojeando, calle de San Marcos abajo... Esta pequeña escena ocurría el día 2 de marzo de 1917. El sucedido no alteró en lo más mínimo los planes de la clase gobernante. La guerra tenía que estallar inevitablemente y los pacifistas no tenían más remedio que hacer lo que estuviese de su parte por ayudarla.

Una de las primeras personas con quien nos encontramos en Nueva York fué Bujarin, a quien acababan de expulsar de la península escandinava. Bujarin, que conocía a mi familia ya desde los tiempos de Viena, vino a saludarnos con ese entusiasmo infantil que le es peculiar. A pesar de que era ya tarde y de que estábamos muy cansados, hubo de llevarnos, a mi mujer y a mí, el mismo día de nuestra llegada, a que viéramos una biblioteca pública. Desde aquellos días en que trabajamos juntos, en Nueva York, Bujarin sintió por mí un afecto rendido, que fué constantemente en aumento, hasta llegar a su apogeo, en el año 1923. La cualidad característica de este hombre consiste en necesitar de alguien en quien apoyarse, a quien sentirse afecto, adherido. Tan pronto como se siente unido a una persona, Bujarin no es más que el "medium", a través del cual esta persona habla u obra. Pero con este género de individuos hay que tener mucho cuidado, pues en cuarto uno se descuida un poco, sin que ellos mismos lo adviertan, caen bajo el influjo antagónico de otra persona, al modo como otros caen fatalmente debajo de un automóvil, y empiezan a calumniar a su antiguo semidiós con el mismo entusiasmo pasional con que antes le elevaran a los altares. Yo no tomé nunca muy en serio a Bujarin le dejé siempre entregado a sí mismo... que tanto valía como dejarle...

a merced de los demás. Después de morir Lenin, sirvió de "medium" a Zinovief y más tarde a Stalin. A la hora de escribir estas líxneas, Bujarin está atravesando una nueva crisis y un nuevo, flúido, desconocido aún para mí, le invade.

En los Estados Unidos vivía también, por aquel entonces, la Kolontay. La vi muy pocas veces, pues andaba siempre de viaje. Durante la guerra, esta mujer evolucionó bruscamente hacia la izquierda y se pasó de las filas de los mencheviques al ala extrema bolchevista. Sus grandes conocimientos lingüísticos y su temperamento hacían de ella una magnífica agitadora. Pero en el campo teórico, sus ideas fueron siempre confusas. En aquellos días de Nueva York, nada le parecía bastante revolucionario. Mantenía correspondencia con Lenin y le informaba, quebrando los hechos y las ideas a través de su prisma izquierdista de entonces, de lo que ocurría en Norteamérica, entre otras cosas acerca de mis actividades. En las contestaciones de Lenin, puede percibiase un eco de estos informes, marcadamente tendenciosos. Al llegar la hora de la campaña contra mí, los epígonos no vacilaron en acogerse a aquellos juicios de Lenin mal orientados y de que él mismo se había desdicho más tarde con palabras y con hechos. Una vez en Rusia, la Kolontay se situó desde el primer día, en la oposición ultraizquierdista, no sólo frente a mí, sino frente a Lenin. Se hartó de escribir contra el "régimen de Lenin y Trotsky" para entregarse luego al régimen de Stalin con una sumisión conmovedora. El partido socialista norteamericano se había quedado rezagadísimo ideológicamente, hasta el punto de estar aún por debajo del socialpatriotismo europeo. La soberbia con que la Prensa americana, todavía neutral a la sazón, hablaba de la "locura" de Europa, trascendía también a los juicios de los socialistas de aquel país. Gentes, como Hillquit propendían a adoptar la postura del buen tío socialista, norteamericano, que, llegado el momento oportuno, vendría a Europa a reconciliar paternalmente la familia desavenida de la Segunda, Internacional. Todavía es hoy el día en que no acierto a recordar sin una cierta sonrisa a los caudillos del socialismo norteamericano. Eran todos ellos emigrados, que en sus años mozos habían tenido algún prestigio en Europa y que, obligados a luchar allí por el éxito, olvidaron rápidamente el bagaje teórico que llevaban encima. En los Estados Unidos hay una gran cantidad de médicos, ingenieros, abogados, dentistas, etc., unos prósperos y otros camino de la prosperidad, que comparten sus horas de ocio entre los conciertos de celebridades europeas y los asuntos del partido socialista. Toda su ideología se compone de los retazos y jirones de la cultura recogida en los años estudiantiles. Y como, además, todos tienen su automóvil propio, es fatal que los elijan para formar los comités, comisiones y delegaciones, a cuyo cargo corre la dirección del partido. Este público infatuado es el que infunde su espíritu al socialismo de Norteamérica. Para ellos, Wilson era una autoridad incomparablemente superior a Carlos Marx. En el fondo, no son más que variantes de ese Míster Babbit, que gusta de completar el "negocio" con sus insolentes meditaciones dominicales acerca del porvenir de la humanidad. Esta gente vive repartida en pequeños clans nacionales, en que la solidaridad de la idea sirve, ante todo, de pabellón para cubrir la mercancía de las relaciones comerciales. Cada clan de éstos tiene su caudillo, que generalmente es el

Babbit más adinerado. Todas las ideas se encuentran en ellas comprensión y tolerancia, siempre y cuando que no minen su autoridad, tradicional ni amenacen-¡Dios nos libre!- su personal bienestar. El más Babbit de todos aquellos Babbits era Hillquit, caudillo socialista ideal de los dentistas florecientes de Norteamérica.

Bastó que entrase en contacto con estos hombres para que se despertase en ellos un odio terrible contra mí. Mis sentimientos respecto a ellos, aunque acaso fuesen más serenos, no se distinguían tampoco por la simpatía. Pertenecíamos a dos mundos distintos. A mis ojos, ellos representaban la parte más podrida de aquel muñidor contra el que luchaba y sigo luchando.

El viejo Eugenio Debbs, se destacaba reciamente sobre el fondo de la antigua generación, por aquella llamita interior de idealismo socialista que no se resignaba a extinguirse. Debbs, que era un revolucionario sincero, aunque de temperamento romántico y predicador, y que no tenía absolutamente nada de político ni de jefe, dejábase llevar por la influencia de personas inferiores a él en todo. La principal habilidad de Hillquit consistía en retener en su ala izquierda a Debbs, sin romper las relaciones comerciales con Gompers. Personalmente, Debbs producía una impresión encantadora. Siempre que nos encontrábamos, me abrazaba y me besaba y téngase en cuenta, para comprender lo que esto significaba, que aquel viejo no se contaba entre los "secos"... Cuando los Babbits me declararon el bloqueo, Debbs no se sumó a los sitiadores, sino que se mantuvo, apenado y triste en estado de neutralidad.

Entré desde el primer día en la redacción del Novii Myr, donde trabajaban ya, además de Bujarin, Wolodarski-a quien luego habían de asesinar los socialrevolucionarios cerca de Petrogrado-y Tchudnovsky, herido en Petrogrado y asesinado luego en Ucrania. Nuestro periódico era el centro de la propaganda internacionalista revolucionaria. En todas las federaciones nacionales del partido socialista había colaboradores que conocían el ruso. Muchos de los colaboradores de la federación rusa hablaban inglés. Por este cauce, las ideas del Novii Myr penetraban en las cajas del obrerismo americano. Los mandarines del socialismo oficial comenzaron a sentir miedo. Empezaron a desatarse las furiosas intrigas de los grupos contra el intruso europeo, que apenas acababa de pisar el suelo yanqui, sin conocer la psicología del país ni al obrero americano, quería imponer a todo trance sus fantásticos métodos. Comenzó a librarse una lucha reñidísima. En la federación rusa iban pasando a segundo término los Babbits más "expertos" y "cargados de méritos". En la federación alemana, el viejo Schlüter, redactor-jefe de la Gaceta Obrera y hermano de armas de Hillquit empezaba a sentirse desplazado por Lore, un redactor joven, amigo nuestro. Los letones estaban plenamente identificados con nosotros. La federación finlandesa se inclinaba a nuestro lado. En la potente federación judía, con su palacio de catorce pisos, del que salían diariamente doscientos mil ejemplares de un periódico, el Vorwärts, nadando en el espíritu apestoso de ese socialismo mezquinamente burgués y sentimental presto siempre a las peores zancadillas, nuestra causa hacía también grandes progresos. Entre la masa obrera estrictamente americana, no eran grandes el predicamento y la influencia del partido socialista en general ni los de nuestra ala

revolucionaria en particular. El órgano del partido, The Call, tenía una vacua orientación de neutralidad pacifista. En vista de esto, acordamos fundar una revista semanal que había de profesar la doctrina marxista activa. Los trabajos preparatorios iban por buen camino, aunque hubieron de ser interrumpidos pronto por la revolución rusa.

Después de un silencio misterioso del telégrafo, que duró unos dos o tres días, empezaron a llegar las primeras noticias de los sucesos de Petrogrado, noticias confusas y caóticas. Una emoción vivísima se adueñó del pueblo obrero de Nueva York, formado por tantas razas. La gente quería, y a la vez temía, esperar. La Prensa americana estaba en la más lamentable desorientación. De todas partes afluían a la Redacción del *Novii Myr* periodistas, entrevistadores, informadores, repórters. Durante algunos días, nuestro periódico fué el blanco de la expectación de toda la Prensa neoyorquina. De las redacciones y organizaciones socialistas nos estaban telefoneando a cada momento. Acaba de recibirse un telegrama, diciendo que en Petrogrado se ha constituido un Gabinete formado por Gutchkof y Miliukof. ¿Qué significa esto? Pues que mañana tendremos otro Gabinete formado por Miliukof y Kerenski. Bien, ¿y eso qué quiere decir?

-Que luego subiremos al Poder nosotros.

-¡Hombre!

Diálogos como éste se repitieron por docenas. Casi todo el mundo echaba mis palabras a broma. En una asamblea a que acudieron los venerables y venerabilísimos socialdemócratas rusos, hablé, para demostrar que era inevitable, que el partido del proletariado se adueñase del Poder en la segunda etapa de la revolución. Aquello produjo aproximadamente el efecto que supongo yo que produciría una piedra que se lanzase a una charca poblada de ranas Temáticas y bien educadas. El doctor Ingerman no pudo menos de explicar a la concurrencia que yo era un hombre que ignoraba las cuatro reglas elementales de la Aritmética, y que no merecía la pena perder ni siquiera cinco minutos en refutar aquellas alucinaciones febriles mías. Pero las masas obreras adoptaban otra actitud ante las perspectivas de la revolución. En todos los barrios de Nueva York se celebraron mítines, extraordinarios por la concurrencia y el espíritu que los animaba. La noticia de que en el Palacio de Invierno ondeaba la bandera roja, producía en las masas un júbilo enorme. A aquellos mítines acudían a gozar de los destellos del entusiasmo revolucionario, no sólo los emigrados rusos, sino sus hijos, muchos de los cuales tenían perdida ya la lengua materna. Yo pasaba muy poco tiempo en el seno de la familia. En mi casa, la vida seguía sus propios derroteros. Mi mujer arreglaba su hogar. Los niños hacíanse nuevas amistades. El amigo más importante que se habían conseguido era el chofer del doctor M. La mujer de este médico se había hecho amiga de mi mujer, sacaba a los niños a pasear en su automóvil y estaba siempre muy amable con ellos. Pero ella, en realidad, no era más que un simple mortal. En cambio, el chofer era un mago, un titán, un superhombre, a cuyas manos obedecía el automóvil. ¿Qué dicha mayor podía apetecerse que ir sentados en la delantera, al lado de él? Y si, por si acaso, se detenían para entrar en una pastelería,

los muchachos, ofendidos, tiraban de las faldas de su madre para preguntarle: -¿Por qué no viene también el chofer? La capacidad de adaptación de los chicos es inmensa. Como en Viena habíamos vivido casi siempre en un barrio obrero, los muchachos hablaban, además del ruso y el alemán, el dialecto vienés. El doctor Alfredo Adler, solía decir de ellos, encantado de oírlos, que hablaban vienés como un viejo cochero de punto. En la escuela de Zurich, hubieron de pasarse al dialecto zuriqués, sobre que versa la enseñanza de la lengua en los primeros cursos, pues el alemán lo enseñan como si se tratase de un idioma extranjero. En París abrazaron, en brusca transición, el francés. Al cabo de pocos meses, dominaban perfectamente este idioma. ¡Cuántas veces no les envidié yo la soltura con que lo hablaban! En España, y a bordo del barco español, no pasaron, en junto, un mes; pero les bastó para equiparse con las palabras y los giros más usuales. Por fin, después de asistir dos meses a una escuela de Nueva York, se soltaron a hablar inglés sin tropiezo alguno. Después de la revolución de Febrero, empezaron a asistir a una escuela de Petrogrado. En aquellos tiempos, la vida escolar dejaba mucho que desear. Los idiomas extranjeros huyeron de su memoria en menos tiempo aún del que habían necesitado para aprenderlos. En cambio, el ruso lo hablaban como extranjeros. Muchas veces descubríamos, asombrados, que su sintaxis rusa era una traducción perfecta de la francesa. Sin embargo, les hubiera sido imposible construir las oraciones en francés. Así, en el cerebro de los chicos fué quedando dibujada, como en un palimpsesto, la historia de nuestras peregrinaciones por el extranjero. Cuando telefoneé a mi mujer desde la Redacción del periódico, que había estallado la revolución en Petrogrado, el niño pequeño estaba en cama enfermo de la difteria. Tenía nueve años, pero ya sabía perfectamente que la revolución significaba, para nosotros, la amnistía, el regreso a Rusia y mil cosas más, a cual mejor. Al llegar la buena nueva, se puso en pie y empezó a dar brincos en la cama paya celebrarla. Aquello era, además, señal de que empezaba a estar bueno. Nos apresuramos a prepararlo todo para salir en el primer vapor. Corrí a los Consulados a despachar los papeles y visados de los pasaportes. El médico dió de alta al niño el día antes de marchar. Mi mujer le dejó bajar a la calle un momento, mientras arreglaba el equipaje. ¡Cuántas veces había hecho ya la misma operación en nuestro largo peregrinar! Pero el chico no volvía. Yo estaba en la redacción del periódico. Pasaron tres horas mortales, al cabo de las cuales sonó el teléfono de nuestro cuarto. Primero oyóse una voz desconocida de hombre y luego la voz de Sergioska, diciendo: -¡Estoy aquí!-"Aquí" quería decir la Comisaría de policía del otro extremo de Nueva York. Resulta que el muchacho había querido resolver, aprovechando aquella salida, una cuestión que le venía torturando desde hacia mucho tiempo; a saber: si realmente existía en Nueva York la calle núm. 1 (nosotros vivíamos, si mal no recuerdo, en la 164). Pero se perdió y empezó a preguntar, hasta que al fin, le llevaron a la Comisaría. Por fortuna, sabía el número de nuestro teléfono. Cuando mi mujer se presentó allí después de una hora de camino, acompañada del chico mayor, la recibieron con afectuosa deferencia, como a visita

largamente esperada. Sergioska, todo congestionado, estaba jugando a las damas con un funcionario de la policía. Para ocultar un poco la perplejidad en que le colocaba aquel exceso de expectación administrativa, se había puesto a mascar con sus nuevos amigos la negra goma americana, Gracias a aquella aventura, todavía es hoy el día en que se acuerda perfectamente del número del teléfono de nuestro cuarto de Nueva York. Decir que en aquellos meses conocí a Nueva York sería una exageración imperdonable, pues me entregué de lleno, apenas llegar-y pronto estuve de ellos hasta la coronilla-, a los asuntos del socialismo norteamericano. En seguida vino la revolución rusa. De todas maneras, me dió tiempo a conocer el ritmo general de vida de esa cosa monstruosa a que llamamos Nueva York. Volví a Europa con la sensación del hombre que sólo ha podido echar una ojeada a la fragua en que se está forjando el destino de la humanidad. Me consolé pensando que algún día tendría ocasión de volver. Y todavía no me ha abandonado esta esperanza.

EN EL CAMPAMENTO DE CONCENTRACION

El día 25 de marzo me presenté en el Consulado general de Nueva York, en el cual flotaba todavía el aire confinado de las antiguas comisarías de policía rusas, aunque hubiesen descolgado ya, obligados por las circunstancias, el retrato del Zar Nicolás II. Después de los subterfugios y disputas de rigor en tales casos, el cónsul general ordenó que se me extendiesen los papeles necesarios para hacer el viaje a Rusia. En el Consulado inglés, donde llené el consabido pliego de preguntas, me aseguraron que las autoridades inglesas no pondrían dificultad alguna para dejarme pasar por su territorio. Como se ve, todo estaba en regla.

El día 27 de marzo me embarqué con mi familia y algunos rusos más en el barco noruego Christianiafjord. Los amigos nos acompañaron hasta el vapor y nos despidieron con flores y con discursos. Partíamos para el país de la revolución. Llevábamos los pasaportes visados y en regla. La revolución, las flores y los visados colmaban de armonía nuestras almas nómadas. En Halifax (Canadá) subieron a revisar el barco las autoridades de la Marina inglesa; los oficiales de policía limitábase a examinar por alto los papeles de los norteamericanos, noruegos, daneses, etc.; en cambio, a los rusos nos sometían a un interrogatorio en toda forma acerca de nuestras ideas, intenciones políticas y qué sé yo cuántas cosas más. Yo me negué a satisfacer sus interrogaciones, limitándome a facilitarles los datos personales de rigor: la política interior de Rusia no estaba todavía-les advertí-sujeta a la fiscalización de la policía de la Marina británica. En vista de esto, y como fracasase también una segunda tentativa de interrogatorio, los agentes detectives Meckan y Westwood fueron a pedir informes de mí a otros pasajeros, insistiendo en que se trataba de un "terrible socialista. Todo aquello tenía un carácter tan degradante y colocaba a los revolucionarios rusos en una situación tan manifiesta de excepción respecto a los otros pasajeros que no tenían la desgracia de pertenecer a una nación aliada de Inglaterra, que algunos de los interpelados formularon allí mismo una enérgica protesta escrita contra la conducta de los agentes policíacos para elevarla al Gobierno inglés. Yo no la suscribí, por no caer en la inocencia de acusar al diablo ante Belcebú. Y eso que era difícil que pudiese prever todavía el curso que habían de tomar los acontecimientos.

El 3 de abril subieron a bordo del Christianiafjord varios oficiales ingleses acompañados por marineros, y, en nombre del almirante del puerto, ordenaron que abandonásemos el barco yo, mi familia y cinco pasajeros más. En cuanto a las razones a que obedeciese esta medida nos prometieron que en Halifax se "explicaría" todo. Replicamos qué, siendo una orden perfectamente ilegal, nos negábamos a obedecerla. Los marineros, armados, se lanzaron sobre nosotros, y mientras una gran parte del pasaje exclamaba "Shame!" (¡Qué vergüenza!) nos bajaron en los brazos a una gasolinera de guerra, a la que daba escolta un crucero inglés, que nos llevó a Halifax. Cuando mi chico mayor vió que los marineros, que serían lo menos diez, me llevaban en brazos, corrió a mí, le dió un puñetazo al oficial y gritó:

-Papá, ¿quieres que le dé otro?

El chico tenía once años. Era la primera lección que recibía acerca de la "democracia" inglesa.

A mi mujer y a los niños los dejó la policía en Halifax. A los demás nos condujeron en tren a Amherst, un campamento de prisioneros alemanes. En la oficina del campamento nos sometieron a la inspección corporal más minuciosa que yo había sufrido; ni al ingresar en la fortaleza de San Pedro y San Pablo sometían a uno a tales vejaciones. Allí, por lo menos, los gendarmes zaristas le desnudaban a uno y le tentaban el cuerpo a solas; pero nuestros democráticos aliados nos sometieron a esta operación, para que la burla fuese todavía más cínica, en presencia de unas diez personas. No se me borrará jamás del recuerdo aquel sargento Olsen, un sueco canadiense, con una carota colorada de agente de la policía criminal, que fué el principal personaje de aquella repugnante escena. Los canallas que tiraban de los hilos desde lejos sabían perfectamente que se trataba de revolucionarios rusos intachables que volvían al país liberado por la revolución. Hasta el día siguiente, no conseguimos que el jefe del campamento, Coronel Morris, acosado por nuestras incesantes protestas y reclamaciones, nos expusiese las razones oficiales de la detención:

-Son ustedes sujetos peligrosos para el Gobierno ruso actual -nos dijo, lacónica y concisamente. El Coronel no era hombre locuaz, y su rostro acusaba todos los días, desde bien temprano, una excitación un tanto sospechosa.

-¿Cómo se explica eso-le contestamos-, habiendo sido los agentes neoyorquinos del Gobierno ruso quienes nos extendieron los pasaportes para el viaje? Además, Inglaterra no tiene por qué atender a las preocupaciones ni inquietudes de ningún Gobierno extranjero.

El Coronel Morris se quedó pensando un momento, meneó la quijada como si masticase, y agregó:

-Son ustedes sujetos peligrosos para los aliados en general.

No nos fué presentada orden alguna de detención. El Coronel completó por su cuenta aquella reflexión del modo siguiente: siendo, como éramos, emigrados políticos, que seguramente no habríamos abandonado nuestro país sin cuenta y razón, no teníamos qué extrañarnos de lo que sucedía. Para este hombre, la revolución rusa no existía en el mundo. Intentamos explicarle que aquellos ministros zaristas que, años atrás, nos habían convertido en emigrados políticos, estaban ahora, a su vez, en las cárceles, a no ser los que habían andado bastante listos para emigrar también. Pero esto era demasiado complicado para el caballero Coronel, que había hecho su carrera en las colonias inglesas y en la guerra contra los boers. Un día, como yo le hablase sin las muestras de respeto a que estaba acostumbrado, mugió, al dar la vuelta yo:

-¡Ah, si le pillase a éste allá en las costas del Sur de África...!

Era su frase favorita. Mi mujer, que no era, formalmente al menos, emigrante política, puesto que había salido al extranjero con un pasaporte en regla, fué también detenida con los dos chicos, uno de once y otro de nueve años. Y cuando digo que detuvieron

también a los chicos, no exagero. Primero, las autoridades canadienses intentaron separarlos de su madre y recluirlos en un asilo.. Pero mi mujer, cuando lo supo, declaró que no se allanaría de modo alguno a separarse de sus hijos. Gracias a esta protesta enérgica, consiguió que los recluyesen con ella en casa de un agente de la policía anglorrusa, donde, para evitar que depositasen "clandestinamente" cartas o telegramas, no les dejaban salir a la calle solos. Hasta pasados once días, mi mujer y mis hijos no pudieron trasladarse a un hotel, y aun así con la obligación de presentarse diariamente a la policía.

El campamento de prisioneros de Amherst ocupaba los locales, viejos y ruinosos, de una antigua fundición de hierro de que habían, despojado a su propietario, que era un alemán. Arrimados a las paredes habían puesto dos filas de camastros, hasta tres, unos encima de otros. Imagínese a ochocientos hombres viviendo en aquellas condiciones, y se comprenderá la atmósfera que reinaría por las noches, en semejante dormitorio. Los hombres se apretujaban desesperadamente en los pasillos, se daban unos a otro con los codos, tensase en los camastros, se incorporaban, se ponían a jugar a las cartas o al ajedrez. Entre ellos, había muchos que se dedicaban a fabricar cosillas, y algunos lo hacían con un arte asombroso. Todavía conservo en Moscú algunas de las cosas aquéllas, como recuerdo de los internados de Amherts. A pesar de todos los esfuerzos heroicos que aquellos hombres hacían para mantener su integridad física y moral, cinco de los prisioneros se volvieron locos. Los demás teníamos que dormir y comer en el mismo local con los dementes.

Entre los ochocientos prisioneros, con quienes hube de pasar cerca de un mes, unos quinientos eran marineros de barcos de guerra alemanes hundidos por los ingleses; doscientos obreros a quienes la guerra había sorprendido en el Canadá, y cien aproximadamente oficiales y prisioneros civiles de procedencia burguesa. La actitud de los camaradas alemanes de prisión para con nosotros ganó en simpatía en cuanto supieron que nos habían detenido por socialistas revolucionarios. Los oficiales y suboficiales más antiguos de la Marina, que moraban detrás de un tabique de tablas, nos clasificaron inmediatamente entre sus enemigos. En cambio, la masa iba simpatizando con nosotros cada vez más. El mes que pasamos en el campamento fué un mitin continuo. Les hablé a los prisioneros de la revolución rusa, de Liebknecht, de Lenin, de las causas que habían determinado el derrumbamiento de la vieja Internacional, de la intervención de los Estados Unidos en la guerra. Además de las conferencias públicas, estábamos organizando constantemente discusiones de grupos. Nuestra amistad iba haciéndose cada día más estrecha.

Por su espíritu, la masa de los prisioneros se podía dividir en dos rectores. Uno el de los que decían: "No, no puede seguirse tolerando esto; hay que ponerle fin de una vez para siempre." Estos soñaban con las barricadas. Otro, el de los que reaccionaban así: "¡Que me dejen en paz! ¡No, ya no volverán a cogerme...!"

¿Y cómo quieres esconderte de ellos?

Babinsky, que era un minero silesiano alto y de ojos azules, contestaba:

-Cogeré a mi mujer y a mis chicos, me iré a vivir con ellos en medio de un bosque, pondré alrededor cepos para los lobos y no saldré nunca de casa sin el fusil. ¡Nadie se atreverá a acercarse a mí!...

-¿Y no me llevarás contigo, Babinsky?

No, a ti tampoco. No me fío de nadie...

Los marineros se esforzaban cuanto podían por hacerme más llevadera la vida en el campamento, y tuve que protestar enérgicamente hasta conseguir que me dejasen ponerme en la cola para recoger la comida y tomar parte en los trabajos comunes, tales como fregar los suelos, mondar patatas, lavar los cacharros y hacer la limpieza de los retretes comunes.

Las relaciones entre la masa y los oficiales, entre los que había algunos que seguían pasando lista a "sus" hombres, eran hostiles. Los oficiales acabaron por quejarse al jefe del campamento de mi propaganda antipatriótica. El Coronel inglés se puso inmediatamente al lado del patriotismo prusiano y me prohibió seguir actuando en público. Esto, que ocurrió en los últimos días de nuestra estancia en el campamento, hizo que mis relaciones con los marineros y obreros allí concentrados ganasen todavía en cordialidad: los prisioneros contestaron a la prohibición decretada por el comandante con un escrito de protesta avalorado con 530 firmas.. Este plebiscito, que hubo de llevarse a cabo bajo el brazo severo del sargento Olsen, era la reparación más satisfactoria que podía apetecer para todas las molestias sufridas en el campamento de prisioneros de Amherst.

Durante todo el tiempo que estuvimos allí reclusos, las autoridades nos negaron el derecho a ponernos en relación directa con el Gobierno ruso. Los telegramas que dirigíamos a Petrogrado no se cursaban. Intentamos quejarnos telegráficamente de esta prohibición cerca de Lloyd George, presidente del Consejo de Ministros de Inglaterra; pero tampoco este telegrama se nos admitió. El coronel Morris se había acostumbrado en las colonias a un habeas corpus bastante expeditivo. La guerra le cubría las espaldas. Antes de permitirme hablar con mi mujer, me puso por condición que no había de darle ningún encargo para el cónsul ruso. Por muy inverosímil que parezca, lo que digo es verdad. En vista de esto, renuncié a hablar con ella. Luego, resultó que tampoco el cónsul se apresuraba a venir en nuestro auxilio. Estaba esperando instrucciones. Pero las instrucciones no debían de llegar tampoco. Debo advertir que aún es hoy el día en que no he llegado a comprender con absoluta claridad la tramoya de nuestra detención y liberación, montada entre bastidores. El Gobierno inglés había puesto mi nombre en las listas negras, probablemente desde la época de mis trabajos en Francia. Es evidente que ayudó al Gobierno zarista por todos los medios a alejarme de Europa. Nada tiene de particular que las autoridades inglesas me hubieran mandado detener en Halifax, fundándose en aquellas antiguas listas, completadas por las noticias que recibiesen acerca de mi propaganda antipatriótica en Norteamérica. Cuando la noticia de la detención trascendió a la Prensa rusa revolucionaria, la Embajada inglesa, que no sospechaba que yo hubiera de regresar tan pronto, envió a todos los periódicos de Petrogrado una nota oficiosa diciendo que

los rusos que se encontraban detenidos en el Canadá habían sido sorprendidos camino de Rusia "con una subvención de la Embajada alemana para derrocar el Gobierno provisional". Por lo menos, esto tenía la ventaja de ser claro. El día 16 de abril, la Pravda, periódico que dirigía Lenin, contestó a sir Buchanan en los términos siguientes, en que no es difícil adivinar la pluma de su director: "¿Puede concederse crédito, ni siquiera por un momento, ni creer en su buena fe, a la noticia de que Trotsky, presidente del Soviet de los diputados obreros de San Petersburgo en 1905, un revolucionario que ha consagrado generosamente tantos años de su vida al servicio de la revolución; que un hombre como éste se halle complicado para nada en un plan subvencionado por el gobierno germano? ¡Eso es una calumnia descarada, inaudita, villana que se lanza contra un revolucionario! ¿De dónde ha sacado usted esa noticia, señor Buchanan? ¿Por qué no lo dice usted?... Seis hombres se llevaron secuestrado al camarada Trotsky, arrastrándole por las manos y por los pies..., y todo en nombre de la amistad que dice profesarse al Gobierno provisional ruso." Lo que ya no resulta tan fácil es auscultar la intervención que en aquello tuviese el propio Gobierno provisional. Que Miliukof, a la sazón Ministro de Negocios extranjeros, veía con buenos ojos la detención, es cosa que no necesita probarse, pues ya desde 1905 venía haciendo una furibunda campaña contra el "trotskismo". Y él fué precisamente quien lanzó este vocablo. Sin embargo, Miliukof dependía de los Soviets, y no tenía más remedio que maniobrar con gran cautela, ya que por entonces sus aliados socialpatriotas no se habían entregado todavía al furor persecutorio que luego se les desató contra los bolcheviques. He aquí cómo cuenta la cosa el embajador inglés Buchanan en sus Memorias: "Trotsky y los otros fueron detenidos en Halifax, entre tanto se ponían en claro las intenciones que abrigaba respecto a ellos el Gobierno provisional." Buchanan dice que nuestra detención se puso inmediatamente en conocimiento de Miliukof. Y añade que ya con fecha 8 de abril transmitió a su Gobierno el ruego formulado por el ministro ruso de que se nos pusiese en libertad. Pero dos días después, el propio Miliukof retiraba su petición y exteriorizaba la esperanza de que se nos retuviese en Halifax por algún tiempo. "Como se ve-concluye Buchanan-es al Gobierno provisional precisamente a quien hay que hacer responsable de que se hubiese prolongado la detención." Todo esto tiene bastantes visos de verdad. Lo que se olvida Buchanan de decir en sus Memorias, es lo que se hizo de la subvención alemana que según él se me entregara para derrocar al Gobierno provisional. Pero tampoco esto es mayormente extraño: acorralado por mí inmediatamente de llegar a Petrogrado, el embajador hubo de declarar en la Prensa que no tenía la menor noticia de semejante subvención. Nunca como durante la gran guerra "liberadora" mintieron tanto los hombres. Si la mentira tuviese fuerza explosiva, nuestro planeta se habría hecho añicos mucho antes de llegar a la paz de Versalles. Por fin, el Soviet tomó cartas en el asunto, y Miliukof hubo de ceder. El día 29 de abril se abrieron para nosotros las puertas del campamento de concentración. Pero hasta para ponernos en libertad fué necesario acudir a la violencia. Como se limitaban a ordenarnos que recogiésemos nuestras cosas y saliésemos de allí escoltados, pedimos

que nos dijese adónde y con qué fines se nos llevaba. Nuestra pretensión tropezó con una rotunda negativa. Los prisioneros estaban alarmados, pues creían que iban a recluirnos en una fortaleza. Pedimos que viniese el cónsul ruso más cercano. Tampoco accedieron a esto. Teníamos razones sobradas para no fiar de la buena intención de estos caballeros del mar. Hicimos constar que no iríamos voluntariamente, si antes no se nos indicaba la finalidad del viaje. El Coronel ordenó que se nos llevase por la fuerza. Los soldados de la escolta cargaron con el equipaje. Seguíamos tendidos porfiadamente en los camastros. Y hasta que no vió que la escolta se disponía a arrancarnos de allí en brazos, por el mismo procedimiento con que nos habían sacado del barco un mes antes-y además teniendo que cruzar por entre la muchedumbre de los marineros excitados-, el Coronel no cedió, para decirnos, con aquel estilo anglo-colonial que le caracterizaba, que íbamos a ser embarcados en un vapor danés, rumbo a Rusia. La cara congestionada del Coronel tenía un temblor convulsivo. No acababa de resignarse a la idea de que íbamos a escapar de sus garras. ¡Ah, si nos hubiese pillado en las costas del Sur de África...! Los camaradas de prisión nos tributaron una despedida solemne. Mientras los oficiales se recogían desdeñosamente en sus departamentos-sólo alguno que otro asomaba la nariz por las rendijas-, los marineros y los obreros formaban columna a nuestro paso, una orquesta improvisada tocaba un himno revolucionario, y por todas partes se extendían hacia nosotros manos de amigos. Uno de los prisioneros pronunció un breve discurso, que era un saludo a la revolución rusa y un anatema contra la Monarquía alemana. Todavía hoy siento emoción al pensar en aquel abrazo de fraternidad que sellamos con los marineros alemanes de Amherst en medio de todos los furores de la guerra. Muchos de ellos me escribieron después cartas muy cordiales desde Alemania. Al oficial Macken, de la gendarmería británica, que había llevado a cabo la detención y que asistió a nuestro embarco, le amenacé, a guisa de despedida, con que lo primero que haría en la Asamblea Constituyente sería interpelar al Ministro de Negocios Extranjeros Miliukof acerca de las burlas de que unos ciudadanos irusos habían sido objeto por parte de la policía anglo-canadiense. -Espero-me contestó el gendarme, expeditivo-que usted no se sentará en la Asamblea Constituyente.

EN PETROGRADO

El viaje de Halifax a Petrogrado transcurrió insensiblemente, como por un túnel. Un túnel que tenía la boca de salida en la revolución. De Suecia no se me han quedado en el recuerdo más que los bonos del pan; era la primera vez que veía algo semejante. En el tren de Finlandia me encontré con Vandervelde y de Man, que se dirigían a Petrogrado.

-¿No nos conoce usted?-me preguntó de Man.

-¡Oh, ya lo creo!-le contesté-. Aunque durante la guerra la gente ha cambiado bastante. Esta alusión, que no era muy cortés, que digamos, puso fin al diálogo. En sus años mozos, de Man había intentado ser marxista, y sus ataques contra Vandervelde no estaban del todo mal dirigidos. Pero durante la guerra, liquidó políticamente con aquel fanatismo, de la juventud, y después de la guerra elevó a teoría su conversión. Se transformó sencillamente en un agente de su Gobierno, y nada más. En cuanto a Vandervelde, su figura era de las de menos relieve político entre los directivos de la Internacional. Si le eligieron presidente fué porque no podía designarse para ese cargo a un alemán ni a un francés. Como teórico, Vandervelde no fué nunca más que un compilador, que maniobraba entre las diversas corrientes doctrinales del socialismo, ni más ni menos que el Gobierno de su país entre las grandes potencias. Entre los marxistas rusos no disfrutó nunca de prestigio. Como orador, tuvo siempre el prestigio de una brillante mediocridad. Durante la guerra trocó el cargo de presidente de la Internacional por una cartera de ministro del rey. Desde mi periódico de París le combatí acerbamente. Como contestación a mis ataques, Vandervelde no sabía hacer otra cosa que amonestar a los revolucionarios rusos para que hiciesen las paces con el zarismo. Ahora se dirigía a Rusia, con el encargo de invitar a la revolución triunfante a que ocupase entre los ejércitos aliados el puesto que había dejado vacante el zarismo. No teníamos nada que decirnos.

En Beloostrof salió a recibirnos una comisión de los internacionalistas fusionados y del Comité central de los bolcheviques. Los mencheviques, incluyendo a los "internacionalistas" (Martof y otros), no estaban representados por nadie. Abracé a mi antiguo amigo Uritsky, a quien había conocido al comenzar el siglo en Siberia. Uritsky había sido colaborador constante del Nasche Slovo en los países escandinavos, y nos había servido de elemento de enlace con Rusia durante la guerra. Un año después de esto, moría asesinado por un joven socialrevolucionario. En la comisión venía también Karajan, que había de adquirir luego una cierta fama como diplomático de los Soviets; era la primera vez que le veía. Entre los bolcheviques, estaba Fedorof un obrero metalúrgico, elegido poco después presidente de la sesión obrera del soviets de Petrogrado. Antes de llegar a Beloostrof supe, por un periódico ruso reciente, que en el Gobierno provisional de coalición habían entrado Tchernof, Zeretelli y Skobelief. Con esto, quedaba perfectamente definida, para mí, la clasificación de los grupos políticos. Desde el primer día, comprendí que no había más remedio que unirse a los bolcheviques para dar la batalla definitiva contra los mencheviques y los narodniki.

En Petrogrado nos habían preparado un gran recibimiento en la Estación de Finlandia. Tomaron la palabra Uritsky y Fedorof para darme la bienvenida. En mi discurso, hablé de la necesidad de preparar la segunda revolución, que sería la nuestra. Me sacaron en hombros, y no pude por menos de acordarme de Halifax, donde me había visto en una situación semejante. Pero estos brazos eran de amigos. En torno, flotaban la mar de banderas. Miré a la cara emocionada de mi mujer y a las pálidas y excitadas de mis chicos, que no sabían si aquello era para bien o para mal, pues la revolución nos había engañado ya una vez. Allá, al otro extremo del andén, vi a Vandervelde y a de Man rezagados. Procuraban quedar atrás, para no verse envueltos, seguramente, por la multitud. Los nuevos ministros socialistas no habían organizado recibimiento alguno a sus colegas de Bélgica. La conducta que todavía ayer siguiera Vandervelde estaba demasiado fresca en el recuerdo de todos. Apenas salí de la estación, empezó para mí esa vorágine en que los hombres y los episodios desfilan rápidamente por delante de los ojos de uno, como los maderos arrastrados por la riada. Los grandes acontecimientos son pobres en recuerdos personales; es el recurso que tiene la memoria para guardarse de un agobio excesivo. Creo que desde la estación me trasladé inmediatamente a la sesión del Comité ejecutivo. Tcheidse, el inevitable presidente de aquel período, me saludó bastante secamente. Los bolcheviques presentaron una proposición pidiendo que se me incorporase al Comité ejecutivo como presidente del Soviet de 1905. Esto produjo cierta confusión. Los mencheviques se pusieron a cuchichear con los narodniki. Por entonces, tenían gran mayoría en todos los organismos de la revolución. Se acordó admitirme con voz, pero sin voto. Me entregaron mi "carnet" de directivo y mi vaso de té con pan negro. Nuestros chicos admirábanse de oír hablar el ruso por las calles de Petrogrado y de ver por las paredes los rótulos en caracteres rusos. Mi mujer y yo no acabábamos tampoco de orientarnos. Habíamos dejado la capital hacía diez años, cuando el niño mayor tenía apenas uno de edad, y el pequeño había nacido en Viena. En Petrogrado había una guarnición gigantesca, pero ya plenamente desmoralizada. Veíanse pasar grupos de soldados cantando himnos revolucionarios y con cintitas rojas en el pecho. Aquello parecía inverosímil, un sueño. Los tranvías iban abarrotados de militares. En las anchas calles, las tropas seguían haciendo la instrucción. Los soldados se tendían en tierra, desfilaban en columna, tornaban a tenderse. A la espalda de la revolución alzábase todavía el monstruo gigantesco de la guerra, proyectando sobre ella su sombra. Pero las masas no pensaban ya en la guerra, y parecía como, si siguieran haciendo la instrucción pura y simplemente por que se habían olvidado de interrumpirla. La guerra había entrado ya en el reino de lo imposible, cosa que no eran capaces de comprender, no sólo los kadetes, sino los mismos caudillos de la que llamaban "democracia revolucionaria". Tenían un miedo pánico a soltarse de las faldas de la Entente. A Zeretelli apenas le conocía; de Kerensky no tenía la menor idea; a Tcheidse le conocía bastante; Skobelief había sido discípulo mío, y con Tchernof había cruzado bastantes veces el acero en mítines y reuniones en la emigración; a Goz le veía por vez primera.

Tal era el grupo de la democracia que llevaba las riendas del gobierno en el Soviet. Zeretelli estaba, indudablemente, muy por encima de los otros. La primera vez que le vi fué en el Congreso de Londres del año 1907, adonde acudió en representación de la fracción socialdemócrata de la segunda Duma. Ya entonces, con ser tan joven, era un buen orador; en sus discursos había un diapason moral muy simpático. Los años de presidio acrecieron su autoridad política. Se lanzó a la palestra de la revolución ya como hombre hecho y ocupó en seguida el primer lugar entre las filas de los que compartían su ideología y de sus afines. Era el único de nuestros adversarios a quien podía tomarse en serio. Pero-no es éste el único caso que registra la historia-, hubo de venir la revolución para que se evidenciase que Zeretelli no tenía madera de revolucionario. Para no desorientarse en aquella baraúnda había que enfocar la revolución rusa, no desde un punto de vista ruso, sino con un criterio universal. Zeretelli quiso enfrentarse con ella acogiéndose a la experiencia que tenía de la Georgia, completada con la recogida en la segunda Duma, y su horizonte político tenía que ser por fuerza angustiosamente mezquino, como su cultura libresca y superficial. Este hombre sentía una devoción profunda por el liberalismo. La dinámica fatal de la revolución la veía con los ojos de un burgués semiculto que tiembla por la cultura. La masa, que empezaba a desperezarse, se la representaba, cada vez más francamente, como una plebe en rebeldía. En cuanto le oímos las primeras veces, comprendimos que estábamos frente a un enemigo. Lenin le llamaba "torpe de entendederas", y aunque el calificativo fuese duro, no carecía de exactitud. Zeretelli era uno de esos hombres talentada y honradamente limitados. De Kerensky, decía Lenin que era un "charlatán". Tampoco a esta calificación hay mucho que añadir. Kerensky no fué nunca más que un personaje casual, un favorito del minuto histórico. Toda nueva y potente ola revolucionaria arrastra tras de sí a multitudes vírgenes, incapaces todavía para saber elegir y exaltar inevitablemente al Poder a esos héroes de un día, que caen en seguida, fascinados por su propio resplandor. El caudillaje de Kerensky descendía en línea recta de los Gapon y Krustalief. Su figura personifica lo fortuito en lo racional. Sus mejores discursos no pasaban de ser ampulosas vulgaridades. En la primavera del año 1917, estaba hirviendo el agua y el vapor que se alzaba de la caldera pasaba a los ojos de algunos por una aureola. Skobelief se había iniciado en la política bajo mi dirección, siendo estudiante en Viena. Salió de la redacción de la Pravda vienesa y se fué a su tierra del Cáucaso, con el propósito de ver si conseguía un acta para la cuarta Duma. La consiguió. Una vez en la Duma, se entregó a las influencias mencheviques, para lanzarse más tarde con ellos a la revolución de Febrero. Bacía, mucho tiempo que habíamos roto las relaciones. Volví a encontrarme con él en Petrogrado recién salido del horno como Ministro, del Trabajo. En una sesión del Comité ejecutivo, se me acercó a: preguntarme, con mucho arranque, qué pensaba yo de "aquello". "Pienso-le contesté-que pronto acabaremos con todos vosotros." No hace mucho que Skobelief me recordó este pronóstico afectuoso, que había de cumplirse en todas sus partes a los seis meses. Skobelief se declaró bolchevique a poco de triunfar la revolución de Octubre. Yo voté con Lenin contra su admisión en el partido. En la

actualidad es, naturalmente, stalinista. La lógica de las cosas no puede ser más perfecta. A duras penas logré encontrar un cuarto para mí, mi mujer y los chicos, en un hotel del montón que tenía por nombre "Kievskie Numera". Al día siguiente de estar acomodados allí, se presentó a visitarnos un oficial de toda gala.

-¿No me conoce usted?

No, no le conocía.

-Soy Loginof.

Inmediatamente, aquel brillante oficial se transformó en mi recuerdo en un joven cerrajero del año 1905. El cerrajero pertenecía en aquella época a un grupo combativo, y luchó oculto detrás de un guardacantón contra la policía. Sentía por mí una devoción juvenil extraordinaria. No había vuelto a verle desde entonces. Hasta ahora, no supe que aquel proletario Loginof era en realidad un estudiante de la Escuela Técnica, llamado Serebrosky, perteneciente a una familia rica y que se había adaptado a los medios obreros desde su temprana juventud. En la época de la reacción se había hecho ingeniero, apartándose de la causa revolucionaria; durante la guerra había dirigido dos de las fábricas metalúrgicas más importantes de Petrogrado. La revolución de Febrero sacudió un poco su conciencia y le recordó sus viejos tiempos. Supo de mi regreso por los periódicos y venía a pedirme, con gran empeño, que me fuese a vivir con mi familia a su casa, sin más demora ni vacilación. Después de algunas dudas, accedimos a ello. Era una casa inmensa y elegante, la casa de un director, en que vivían Serebrosky y su mujer, una señora joven. No tenían hijos. En aquella casa no faltaba nada. Allí se vivía coma en un paraíso, en medio de una ciudad hambrienta y ruidosa. Pero en cuanto la conversación recaía sobre temas políticos, la cosa cambiaba. Serebrosky era patriota. Más tarde, resultó que sentía un odio mortal por los bolcheviques, y tenía a Lenin por un agente de los alemanes. Después de la repulsa que hube de oponer a sus primeras palabras, procuraba recatarse un poco. Sin embargo, no era posible que siguiéramos conviviendo con él. Dejamos, pues, aquella casa, hospitalaria pero inhabitable para nosotros, y nos volvimos al cuarto del hotel. Pero Serebrosky consiguió que los niños volviesen un día a visitarle y les obsequió con té y frutas en conserva; los chicos, muy agradecidos quisieron pagarle el favor, contándole que habían estado en un mitin en que había hablado Lenin. Su cara era radiante; estaban entusiasmados con la conversación y la fruta en conserva.

-Sí, pero Lenin es un espía de los alemanes-díjoles el anfitrión.

¿Cómo? ¿Pero se atrevía a decir eso? Los muchachos dejaron el té y los tarros de dulce y saltaron como fieras:

-¡Eso que dice usted es una indecencia!-exclamó el mayor, que por lo visto no encontró en su vocabulario palabra más adecuada para dar expresión a sus sentimientos. Ahora, le tocaba al ingeniero el turno de enfadarse. Así terminaron nuestras relaciones. Después de triunfar el movimiento de Octubre interesé a Serebrovsky en los trabajos del Soviet. Como muchos otros, pasó del servicio soviético al partido. Hoy es miembro

del Comité central stalinista y una de las columnas del régimen. Para quien en 1905 pudo pasar por proletario, no debe de ser muy difícil ahora pasar por bolchevique. Después de las "jornadas de Julio", de que hablaremos más adelante, las calumnias contra los bolcheviques eran la comidilla de la ciudad. Fui detenido por el Gobierno de Kerensky, y a los dos meses de regresar del extranjero, ingresaba en la cárcel de "Kresty", de la que guardaba tan buenos recuerdos. Seguramente que, cuando se enterase por el periódico, el Coronel Morris sentiría una gran satisfacción, y no sería él solo, tal vez, a sentirla. En cambio, mis chicos no las tenían todas consigo. -¿Qué revolución es ésta-decían a su madre, con tono de reproche-, que recluye a papá, primero en un campamento de concentración y luego en la cárcel? La madre estaba conforme con ellos: tampoco ésta era la verdadera revolución. Pero en sus almas infantiles iban destilando amargas gotas de escepticismo. Cuando me soltaron de las "prisiones democráticas", fuimos a instalarnos a un pequeño cuarto que alquilaba en una gran morada burguesa la viuda de un periodista liberal. Los preparativos para la revolución de Octubre iban por buen camino. Me eligieron presidente del Soviet de Petrogrado. Mi nombre desfilaba por todos los periódicos, y cada cual lo declinaba a su modo. En la casa en que vivíamos, nos cercaba un muro de hostilidad y de odio. Ana Ossipovna, nuestra cocinera, cuando se presentaba a buscar pan, en el Comité de la casa, era el blanco de los ataques de las mujeres. A mi chico le motejaban en la escuela, por ser hijo de tal padre con el remoquete del "Presidente". A mi mujer, cuando volvía a casa, después de haberse pasado el día trabajando en el Sindicato de obreros de la madera, la recibían en el portal las miradas cardadas de odio del portero. El subir las escaleras era un suplicio. La señora que nos había alquilado el cuarto estaba constantemente preguntando por teléfono si aún no le habíamos hecho polvo los muebles. De buena gana nos hubiéramos mudado, ¿pero, a dónde? No había un cuarto libre en todo Petrogrado. La situación era cada día más insostenible. Y de pronto, un buen día-lo fué de verdad-, cesó el bloqueo doméstico, como si una mano invisible y poderosa lo hubiera barrido. El portero empezó a saludar a mi mujer con ese saludo que los porteros reservan para los inquilinos más influyentes. En el Comité de la casa nos entregaban la ración de pan sin amenazas ni demoras. Nadie se atrevía ya a cerrar la puerta de un golpazo delante de nuestras narices. ¿A quién debíamos todo esto? ¿Quién había sido el mago? Pues el mago había sido Nikolai Markin. No hay más remedio que hablar de él un poco detenidamente, pues a él-a la figura colectiva de Markin-se debe el triunfo de la revolución de Octubre.

Markin, era un marinero de la flota del Báltico, artillero y bolchevique. Tardó en revelarse, pues su carácter no era de los que se dan de codazos para ponerse en primera fila. Markin no, era tampoco orador: le costaba trabajo enhebrar unas cuantas palabras seguidas. Era, además, un hombre tímido y retraído, con ese retraimiento de la fuerza replegada sobre sí misma. Pero este hombre estaba hecho de una pieza, y de un magnífico metal. Ya había tomado bajo su custodia a mi familia, y yo no tenía ni la menor noción de su existencia. Trabó amistad con mis chicos, a quienes

los obsequiaba en la cantina del Smolny con té y panecillos untados de manteca, y les tenía siempre preparada alguna pequeña sorpresa o alegría, en aquellos tiempos en que no abundaban. Venía a enterarse, a cada paso, de cómo marchaban las cosas, sin que nadie advirtiese su presencia. Por los muchachos y por la cocinera, supo, que vivíamos rodeados de enemigos. Inmediatamente, se presentó a hacer una visita al portero y al Comité de la casa y, según parece, no fue sólo, sino acompañado por un grupo de marineros. Y debió de emplear argumentos convincentes, pues el panorama cambió radicalmente como por ensalmo. En la casa burguesa en que nosotros vivíamos la dictadura del proletariado se implantó antes de que triunfase con la revolución de Octubre. Hasta algún tiempo después, no supimos que todo aquello se lo debíamos a Markin, amigo de los chicos y marinero de la flota del Báltico. Atrincherándose detrás de los propietarios de imprentas, el Comité central ejecutivo, enemigo nuestro, robó al Soviet de Petrogrado su periódico, tan pronto como el Soviet se hizo bolchevista. No había más remedio que montar un periódico nuevo y acudí a Markin. Este desaparecía, volvía a emerger, hacía las diligencias necesarias, ponía en claro sus deseos a los impresores, y a los pocos días estaba en la calle el periódico con el título El Obrero y el Soldado. Markin se pasaba los días y las noches en la Redacción poniendo las cosas en orden. Vinieron las jornadas de Octubre, y la figura recia de Markin, con su cara morena y ceñuda, surgía siempre en los sitios más peligrosos y en los instantes más críticos. Delante de mí no se presentaba más que para decirme que todo iba bien o para preguntarme si tenía algún encargo nuevo que hacerle. Markin iba ampliando poco a poco su experimento; al fin, vió implantada la dictadura del proletariado en toda la capital. Las heces de la calle empezaron a asaltar las grandes bodegas de la ciudad y de sus palacios. Era indudable que este peligroso movimiento estaba dirigido entre bastidores por alguien que deseaba prender fuego a la revolución y exterminarla entre llamas de alcohol. Markin vió en seguida el peligro y se lanzó a la refriega. Organizó la defensa de las bodegas, y donde no era posible, las destruyó. ¡Había que verle, metido hasta la rodilla con sus botas de caña en un lago de vino de calidad que, mezclado con cascos de vidrio, corría en arroyuelos hacia el Neva, por entre la nieve! Los borrachos se abrevaban en las alcantarillas. Markin luchó, revólver en mano, por librar a nuestro Octubre de la plaga de la embriaguez. Por la noche, empapado en vino, despidiendo un buquet delicioso de las mejores marcas, volvía a casa, donde le aguardaban ansiosamente dos muchachos. Markin contuvo el ataque alcohólico de la contrarrevolución. Cuando me encomendaron el Ministerio de Negocios Extranjeros, parecía imposible tomar posesión de los asuntos: todo el personal del Ministerio, desde los altos empleados hasta las mecanógrafas, sabotaba al nuevo ministro. Los armarios estaban cerrados y las llaves no aparecían. Llamé a Markin, que parecía conocer el secreto de la acción directa. No sé cómo se las arregló; el caso es que se llevó detenidos, por espacio de veinticuatro horas, a dos de aquellos diplomáticos, y al día siguiente ya estaban en su poder las llaves. Fué a buscarme para entregármelas y para que le acompañase al Ministerio. Yo estaba en el Smolny muy ocupado con los asuntos

de la revolución: Y he aquí cómo Markin hubo de desempeñar, por espacio de algún tiempo, extraoficialmente, la cartera de Negocios Extranjeros. Pronto penetró, a su modo, en el mecanismo del Ministerio y lo empezó a limpiar, con enérgica mano, de aquellos caballeros diplomáticos aristócratas y rateros; organizó sobre nuevas bases la cancillería, confiscó para los hambrientos los víveres que venían de matute en la valija diplomática, sacó de los armarios blindados e incombustibles los documentos secretos de mayor interés y los publicó en forma de folletos, bajo su responsabilidad y acompañados de notas explicativas de su puño y letra. Markin no tenía título académico, y apenas si sabía escribir sin faltas de ortografía. Algunas notas llamaban la atención por las curiosas ideas en ellas desarrolladas. Pero, en general, daban muy certeramente con el clavo diplomático. En Brest-Litovsk, Herr von Kühlmann y Czernin solían lanzarse codiciosamente sobre aquellos libritos amarillos editados por Markin. Vino la guerra civil. Markin taponaba los boquetes, y no le faltaba ocupación. Ahora, tenía vasto campo, allá en el Oriente, para instaurar la dictadura del proletariado. Markin mandaba una de las flotillas del Volga y hacía huir delante de sí al enemigo. Como yo supiese que Markin se encontraba en un lugar peligroso, por desamparado que este lugar estuviera, me quedaba tranquilo. Pero llegó su hora. En el Kama, una bala enemiga derribó por tierra a Nikolai Georgevich Markin e hizo flaquear sus firmes piernas de marino. Cuando recibí el telegrama dando cuenta de su muerte, fué como si se derrumbase ante mis ojos una recia columna de granito. Encima de la mesilla de los niños estaba su retrato, con la encantada gorra de marinero. "¡Han matado a Markin!" Todavía me parece estar viendo delante de mí aquellos dos rostros pálidos, sobrecogidos por el dolor de la noticia inesperada. Nikolai, que era un hombre ceñudo, había tratado siempre a los chicos de igual a igual. Les había abierto de par en par sus planes y su vida. Un día, le había contado a Sergioska, que tenía nueve años, que la mujer a quien tanto y tan de verdad había querido le había dejado y que, a veces, acordándose de ella, sentía pena y rabia. Sergioska confió el secreto a su madre, en voz baja, con un contenido espanto y entre sollozos. ¡Y este tierno amigo, que abría a los niños su alma sin recato, era un viejo lobo de mar, un revolucionario de cuerpo entero y un héroe de verdad, como esos de los cuentos maravillosos! ¿Era posible que Markin, aquel mismo Markin que en los sótanos del Ministerio les había enseñado a disparar el "bulldogg" y la carabina, estuviese muerto? Aquella noche, dos cuerpecitos de niño se estremecieron debajo de las mantas, cuando llegó la negra noticia. Y sólo la madre vió sus lágrimas y oyó sus suspiros, para los cuales no había consuelo.

Aquello era un torbellino de mitins. De los oradores revolucionarios de Petrogrado, unos hablaban fogosamente y otros estaban completamente afónicos. La revolución de 1905 me había enseñado a administrar con cuidado mi garganta; mas no se crea que por ello abandonase ni por un instante el frente de lucha. Los mitins celebrábanse en las fábricas, en las escuelas, en teatros y circos, en las calles y en las plazas pública. Volvía a casa agotado después de media noche, y en aquel estado de excitación nerviosa apenas dormía, cavilando entre sueños los argumentos más eficaces contra el enemigo

político; hacia las siete de la mañana, y algunos días más temprano aún, ya sonaban en la puerta de mi cuarto aquellos golpecitos antipáticos e insoportables que venían a sacarme de la cama; unas veces, me llamaban a un mitin de Peterhof; otras veces, eran los de Cronstadt, que mandaban una gasolinera a buscarme, y así sucesivamente. No había vez que no pensase que iba a serme imposible llegar hasta el fin de aquel mitin. Pero no sé qué reservas nerviosas vendrían en mi ayuda, el caso es que me estaba hablando una hora, dos horas, y aún no había acabado de hablar cuando ya me rodeaban un piño de comisiones de otras fábricas o de otros distritos que venían a decirme que en tal o cual sitio estaban reunidos miles de obreros y que llevaban una, dos, tres literas esperándome. ¡Era increíble la paciencia con que en aquellos días la masa, ya despierta, estaba pendiente de cualquier palabra nueva de sus conductores! Significación especial tenían los mítines del Círculo Moderno, ante los que, tanto yo como mis adversarios, adoptábamos una actitud peculiar. Los de enfrente, se habían acostumbrado a considerar el Circo como mi trinchera, y no intentaban siquiera hablar desde allí. Y si en el Soviet se me ocurría atacar a cualquiera de los conciliadores, me gritaban: "¡Eh, que aquí no está usted en el Circo Moderno!" Esta frase se había convertido ya en una especie de estribillo. Yo solía hablar en el Circo por las tardes, y a veces, por la noche. El público se componía de obreros, soldados, madres que se ganaban la vida con su trabajo, los muchachos de las calles, la gente más oprimida de la gran ciudad. No había una pulgada de sitio libre, los cuerpos humanos se apretujaban unos contra otros, los muchachos encaramábanse sobre las espaldas de sus padres, los niños de pecho se colgaban de la teta de la madre. Nadie fumaba. Parecía que las galerías iban a hundirse de un momento a otro bajo aquella multitud. Para llegar a la tribuna, tenía que pasar por una angosta trinchera de cuerpos humanos, cuando no levantado en brazos por el auditorio. En aquella atmósfera recargada por la respiración y la espera explotaban los gritos y resonaba el rugido característico, apasionado, del Circo Moderno. En torno a mí, encima de mí, todos apretujados pechos, cabezas. Era como si la voz del orador saliese de una cálida caverna de cuerpos humanos. A poco que me moviese para accionar, tropezaba con alguien, el cual me daba a entender con un gesto amistoso, que no me preocupase ni le diese importancia, que siguiese hablando. No había fatiga que resistiese a la tensión eléctrica de aquella muchedumbre cargada de pasión, que quería saber, comprender, encontrar el camino. Había momentos en que parecía tocarse con los labios, físicamente, la apetencia ansiosa de saber de aquella multitud fundida en unidad. En aquel instante, todos los argumentos, todas las palabras que se traían pensadas, se esfumaban bajo la presión imperiosa de aquella solidaridad de sentimientos. Y de lo profundo brotaban, perfectamente pertrechadas y en plan de combate, otras palabras, otros argumentos, inesperados para el orador, pero necesarios para la masa. Y parecía como si el orador se acechase a sí mismo, como si no pudiese seguir con sus palabras a sus pensamientos, y por momentos temía uno despertarse al ruido de las propias palabras y caer rodando como un sonámbulo del tejado. Tal era el Circo Moderno. Aquel público tenía su propia faz,

fogosa, tierna, apasionada. Los niños de regazo seguían chupando tranquilamente de aquellos pechos de los que escapaban gritos de entusiasmo o de amenaza. Y la muchedumbre parecía también otro niño de pecho que tirase con sus labios resecos de los pezones de la revolución. Pero pronto este niño de pecho había de hacerse hombre. Salir de aquel Circo Moderno era todavía más difícil que entrar. La multitud, fundida, no quería separarse. Resistíase a desperdigarse. Agotado, casi desfallecido, el orador iba flotando sobre los hombros, sobre las cabezas de la muchedumbre, hasta ganar la puerta. A veces, veía de pasada las caras de mis dos chicas, que vivían con su madre allí cerca. La mayor tenía quince años, la pequeña catorce. Apenas me quedaba tiempo para hacerles una seña con los ojos o estrechar su mano cálida y tierna. La multitud, incontenible, nos arrastraba. Una vez en la calle, se ponía en movimiento detrás de mí el circo entero. La calle, envuelta en la noche, llenábase de gritos y de pisadas. Una puerta se abría de par en par, me tragaba y volvía a cerrarse. Eran los amigos que me empujaban al palacio de la bailarina Kchessinskaia, mandado edificar para ella por Nicolás II. En él habíase instalado el estado mayor central de los bolcheviques. Sobre aquellos muebles tapizados de seda se recortaban los grises uniformes, y las botazas toscas de los camaradas pisaban sobre el lindo parquet, que hacía mucho tiempo que no veía la cera. Sentábame a esperar un rato, hasta que la muchedumbre se disolvía, para seguir luego mi camino. Una noche, yendo a un mitin por las calles solitarias, oí pasos que me seguían. Ya me había acontecido el día antes y el anterior también, si no me engaño. Eché mano a la browning, giré sobre mis talones y retrocedí unos cuantos pasos. -¿Qué desea usted?- pregunté en tono severo. Tenía delante de mí una cara joven y sumisa. -Permítame usted que le acompañe y le proteja. Al Circo van también enemigos. -Era el estudiante Posnansky. Desde aquel día, no se separó más de mí. Posnansky estuvo a mi servicio durante los años todos de la revolución, dispuesto siempre a desempeñar los encargos más diversos y más cargados de responsabilidad. él era el encargado de velar por mi seguridad personal; organizó un secretariado de ruta, descubrió una serie de campamentos militares olvidados; reunía los libros necesarios, sacaba de la nada los escuadrones volantes, luchó en el frente, y más tarde en las filas de la oposición. Ahora está en el destierro. Confío en que el porvenir volverá a unirnos. El día 3 de diciembre hablé en el Circo Moderno acerca de los actos del Gobierno de los Soviets. Expliqué la importancia que tenía la publicación de la correspondencia diplomática cruzada entre el Zar y Kerensky. Hice saber a aquel fiel auditorio cómo los conciliadores, al decir yo en el Soviet que el pueblo no tenía porqué derramar su sangre por tratados que no había cerrado ni leído, ni siquiera conocía, me gritaban: "¡Aquí tiene usted que usar otro lenguaje; esto no es el Circo Moderno!" Y la respuesta que había dado a quienes así gritaban: "Yo sólo tengo un lenguaje, que es el lenguaje del revolucionario. Y este lenguaje que hablo, ante el pueblo es el que hablaré también, cuando llegue la hora, ante los aliados y los alemanes." Al llegar aquí, la reseña publicada en los periódicos, acota: "Ovación delirante." Hasta febrero, en que me trasladé a Moscú, no rompí la comunicación con el Circo Moderno.

PARENTESIS SOBRE LOS CALUMNIADORES

A comienzos del mes de mayo de 1917, al llegar yo a Petrogrado, estaba en su apogeo la campaña sobre el célebre vagón, "precintado" en que Lenin había hecho el viaje a Rusia cruzando por Alemania. Los flamantes ministros socialistas eran aliados de Lloyd George, quien hizo lo posible por impedir que Lenin entrara en su país. Y estos mismos caballeros eran los que ahora ponían el grito en el cielo porque había hecho el viaje atravesando por Alemania. La experiencia del mío, completaba la de Lenin como una prueba a la inversa. Mas esto no era obstáculo para que también a mí se me hiciese objeto de las mismas calumnias. El primero que se hizo portavoz de ellas fué, como vimos, el embajador inglés. A poco de llegar a Petrogrado, publiqué, en forma de carta abierta, dirigida al Ministro de Negocios Extranjeros-que en el mes de mayo era ya Teretchenko, sucesor de Miliukof-, el relato de mi odisea atlántica. La conclusión lógica venía a culminar en esta pregunta "¿Le parece a usted, señor ministro, que está bien que Inglaterra se halle representada en nuestro país por una persona que ha echado sobre mí la mancha de una calumnia tan descarada y que hasta ahora no ha dado el menor paso para rehabilitarme de ella?" No obtuve respuesta, ni la esperaba. En cambio, conseguí que el periódico de Miliukof intercediese por el embajador de los aliados repitiendo por su propia cuenta la acusación. En vista de esto, decidí poner en la picota a los difamadores, aprovechando la ocasión de mayor relieve y solemnidad. Estaba reunido el primer congreso soviético panruso. El día 5 de junio, con la sala de sesiones abarrotada de gente, pedí la palabra, al final de la sesión, para un asunto personal. He aquí cómo reseñaba al día siguiente mis palabras finales y el efecto producido por ellas el periódico de Gorky, hostil a los bolcheviques: "Miliukof nos acusa de ser agentes a sueldo del Gobierno alemán. Pues bien: desde esta tribuna de la democracia revolucionaria, me dirijo a la Prensa honrada de Rusia (Trotsky se vuelve a la mesa de los periodistas), con el ruego de que recojan estas palabras mías: ¡Mientras Miliukof no retire esa acusación, sobre su frente quedará impreso el estigma de un vil calumniador! Las palabras de Trotsky, dichas con gran energía y dignidad, arrancaron una ovación clamorosa en toda la sala. Todo el congreso, sin distinción de partidos, le aplaudió ruidosamente durante varios minutos." No se olvide que el congreso estaba integrado en nueve décimas partes por adversarios nuestros. Sin embargo, este éxito sólo tuvo un carácter muy fugaz, como habían de demostrar los sucesos que luego se desarrollaron. Era una especie de paradoja del parlamentarismo. El Reitch ("Discurso") intentó recoger el guante al día siguiente, anunciando que por una Liga patriótica alemana de Nueva York me habían sido entregados diez mil dólares para combatir al Gobierno provisional. Esto, por lo menos, ya era claro y concreto. He aquí la verdad de lo ocurrido. Dos días antes de partir para Europa, los obreros alemanes, ante quienes había pronunciado varias conferencias, me organizaron, en unión de los amigos y partidarios americanos, rusos, letones, judíos, lituanos y finlandeses, un mitin de despedida, en el que se hizo una colecta para ayudar a la

revolución rusa. La suscripción ascendió a 310 dólares, de los cuales entregaron 100 los obreros alemanes, por intermedio de su presidente. Autorizado por los organizadores del acto, distribuí los 300 dólares, que me fueron entregados al día siguiente, entre cinco emigrantes que volvían a Rusia y que no disponían de recursos para el viaje. Tal es la verídica historia de los "diez mil dólares". La conté en el periódico de Gorky, el *Novaia Skhins* (número de 27 de junio), poniendo fin al relato con la siguiente declaración : "Para poner un coeficiente corrector en las fantasías de todos esos caballeros mentirosos, difamadores, periodistas kadetes y desventurados, creo oportuno decir que en ningún momento de mi vida he sabido lo que era disponer de diez mil dólares juntos, ni siquiera de la décima parte de esa cantidad. Ya sé que esta confesión, a los ojos de un auditorio de kadetes, irá hartos más en detrimento de mi reputación que todas las insinuaciones del señor Miliukof. Pero ya hace mucho tiempo que me he resignado a terminar la vida sin cosechar la menor simpatía ni el menor aplauso por parte de la burguesía liberal." Con esto, cesó la campaña difamadora. Con el balance y el análisis de ella me pareció oportuno dar a las prensas un folleto que apareció bajo el título de ¡A los calumniadores! Una semana después, por los días de Julio, el 23, el Gobierno provisional me encarcelaba bajo la imputación de estar a las órdenes del Káiser y de Alemania. De instruir el sumario se encargaron varios juristas acreditados de zarismo. Estas gentes no estaban acostumbradas a perder mucho tiempo con hechos ni con argumentos. Además, los tiempos que atravesábamos excusaban un poco de hacerlo. Cuando me dieron a conocer el sumario, la indignación que me produjo la vileza de aquel proceso resultó bastante amortiguada por la risa que me dió la indefensa estupidez con que estaba llevado. El día 1.º de septiembre, hice que se uniese al sumario esta declaración mía: "Habida cuenta de que ya el primer documento que se me ha dado a conocer (la declaración del abanderado Jermolenko) y que hasta ahora ha desempeñado el principal papel en la campaña desencadenada, con ayuda de algunos funcionarios del Ministerio de Justicia, contra mi partido, y personalmente contra mí, se ha demostrado ser, indiscutiblemente, producto de una maniobra intencionada, que más que a esclarecer los hechos, se encamina a oscurecerlos malignamente; habida cuenta también de que el señor juez de Instrucción, Alexandrof, ha pasado por alto en este documento, con deliberada intención, todas aquellas cuestiones y circunstancias importantes, que de haberse esclarecido hubieran tenido que poner de manifiesto, inevitablemente, las inexactitudes deslizadas en la declaración del citado Jermolenko, a quien no conozco; considero política y moralmente humillante para mí el intervenir activamente en este proceso, aunque me reservo con tanta mayor energía el derecho a poner en claro la verdad de esta acusación ante la opinión pública del país, por todos los medios que estén a mi alcance." Pronto la acusación había de verse arrastrada por la riada de los grandes acontecimientos que arrollaron, no sólo a los jueces, sino a toda la Rusia del viejo régimen, con sus "nuevos" héroes de la catadura de Kerensky.

No creí que tendría que volver nunca sobre este tema. Pero ha habido un escritor que se ha atrevido, en 1928, a recoger y divulgar la vieja calumnia. Este escritor se llama

Kerensky. En 1928, es decir, once años después de aquellos sucesos revolucionarios que tan inesperadamente le exaltaran al Poder, para luego barrerle de un modo muy racional, Kerensky afirma que Lenin y los bolcheviques eran agentes a sueldo del Gobierno alemán, que estaban en relaciones con el Estado Mayor germano y no hacían otra cosa que ejecutar sus órdenes secretas encaminadas a la derrota del ejército y a la desmembración del Estado ruso. Así se sostiene en muchas páginas del ridículo libro, y principalmente en las páginas 290 a 310. Lo ocurrido en el año 1917 debía bastar para revelarnos bien la talla moral e intelectual de Kerensky, y, sin embargo, aún se resistía uno a creer que, después de todo lo ocurrido, hubiese nadie capaz de seguir trayendo y llevando esta "acusación". Sin embargo, no hay más remedio que rendirse a la evidencia. Dice Kerensky: "Que Lenin traicionó a Rusia en el momento culminante de la guerra, es un hecho histórico comprobado e indiscutible." ¿Quién ha aportado estas pruebas "comprobadas", si es que se aportaron? Kerensky empieza contando prolijamente cómo el Estado Mayor alemán se buscaba entre los prisioneros rusos los candidatos para el espionaje, deslizándolos luego entre las tropas enemigas. Y nos dice que uno de estos espías reales o supuestos (pues no pocas veces, ni ellos mismos sabían su papel) se presentó ante el propio Kerensky a revelar toda la técnica del espionaje alemán. "Sin embargo-observa nuestro hombre, con un dejo de melancolía-sus revelaciones no tenían gran valor." ¡Vaya! De modo que él mismo nos da a entender que se trataba de un pobre aventurero, que iba a sorprender su buena fe. ¿Pero es que este episodio tiene algo que ver con Lenin ni con los bolcheviques? No, nada. Pues entonces, ¿para qué lo saca aquí a relucir? Pues para hinchar el perro y dar así más importancia a lo que viene después.

Sí, nos dice, este primer caso carecía de interés; pero, en cambio, lo tenía, "y muy grande", una información que obtuvimos por otro conducto. Y esta información "venía a probar de un modo definitivo que los bolcheviques, mantenían relaciones con el Estado Mayor alemán". Fíjese bien el lector: "volvía a probar de un modo definitivo". Y continúa: "También podrían descubrirse los medios y los caminos por donde se llevaban estas relaciones". "Podrían descubrirse." Pero esto no quiere decir nada. ¿Es que se descubrieron, en realidad? Pronto lo sabremos; un poquito de paciencia. Once años hubieron de pasar para que estas revelaciones sensacionales maduraran en los senos del espíritu de su creador.

"En el mes de abril, se presentó en el cuartel general, delante del Mariscal Alexeief, un oficial ucraniano llamado Jarmolenko." Más arriba tuvimos ya ocasión de encontrarnos con este nombre. Tenemos delante a la figura central del retablo. No estará de más advertir que Kerensky no sabe ser preciso ni aun en aquellos casos en que nada sale ganando con la imprecisión. El verdadero nombre de este pequeño rufián que saca a escena no es Jarmolenko, sino Jermolenko; a lo menos, ese nombre se le daba en los papeles del juez nombrado por el señor Kerensky. Seguimos. El abanderado Jarmolenko (al que Kerensky, con una vaguedad buscada, llama "oficial") se presentó, pues, en el cuartel general como falso agente de los alemanes, para desenmascarar a los agentes verdaderos. Gracias a las revelaciones de este gran patriota, al que hasta

la Prensa burguesa archienemiga de los bolcheviques se veía obligada, poco tiempo después, a presentar como un sujeto oscuro y sospechoso, pudo demostrarse, de un modo comprobado y definitivo, que Lenin no era una de las grandes figuras de la historia, sino un espía a sueldo de Ludendorff. Pero, ¿de qué modo consiguió adueñarse de este secreto él abanderado y qué pruebas aportaba para ganar el convencimiento de Kerensky? Jarmolenko, tenía, según sus informes, orden del Estado Mayor alemán para fomentar en Ucrania un movimiento separatista. "Se le dieron todas (!) las informaciones necesarias-díce Kerensky-, acerca de los caminos y los medios por los cuales podía entrar en relaciones con las personalidades alemanas más relevantes (!), acerca de los Bancos (!) por los que se le harían las remesas de fondos y los nombres de los agentes más importantes, entre los que figuraban varios separatistas ucranianos y Lenin." Todo esto aparece literalmente en las páginas 295-296 del voluminoso libro. Ya sabemos los métodos de que usaba con sus espías el Estado Mayor alemán. Apenas aparecía cualquier abanderado medio analfabeto que se prestase a servir de espía, apresurábase, no a destinarlo a las órdenes de uno de los oficiales de la sección de espionaje, sino a ponerlo en relación directa "con las personalidades alemanas más relevantes"; le informaban, sin andarse con más rodeos, de toda la red de agentes alemanes, le señalaban los Bancos, no uno cualquiera, sino todos a la vez, por los que el Estado Mayor giraba sus fondos... No puede uno por menos de pensar, leyendo esto, que el Estado Mayor alemán procedía con una ligereza inconcebible. Pero en realidad, esta reflexión, más que al propio Estado Mayor alemán, hay que hacerla a la imagen que de él se forman Juan y Diego; es decir, estos dos abanderados que son el abanderado militar Jarmolenko y el abanderado político Kerensky.

¿O es que Jarmolenko, a pesar del oscuro anónimo que envuelve su persona y de su modesto rango jerárquico, ocupaba un puesto importante en la red del espionaje alemán? Así nos lo quiere hacer creer Kerensky. Lo grave es que nosotros conocemos, además de su libro, sus fuentes de información. Y Jarmolenko, más sincero que Kerensky, nos dice, en unas declaraciones que hizo en el tono de un pobre aventurero tonto, cuál era su precio, y lo que vino a percibir del Estado Mayor alemán, que fueron, en números redondos, unos mil quinientos rublos; cantidad nada arrogante, por cierto, si se tiene en cuenta la gran depreciación del rublo en aquellos años y que con ella había de atenderse a todos los gastos que ocasionase la desmembración de la Ucrania y el derrocamiento de Kerensky. Jarmolenko confiesa abiertamente en sus declaraciones-que se han hecho públicas-que hubo de quejarse con amargura de la tacañería alemana, sin conseguir nada. "¿Cómo tan poco?" protestaba el pobre abanderado. Pero las "personalidades relevantes", a quienes le remitieron fueron inflexibles. Jarmolenko no nos dice, por desgracia, si estas negociaciones las llevaba directamente con Ludendorff, con Hindenburg, con el Kronprinz o con el Káiser en persona. Guarda en el mas obstinado silencio el nombre de aquellas "personalidades relevantes" que le entregaron los mil quinientos rublos para hacer añicos a Rusia, para los gastos de viaje, para pitillos y para un traguito. Sin embargo, aventuramos la hipótesis, acaso temeraria, de que aquel

dinero se consumió casi todo él en traguitos, y que el abanderado, después que los "fondos" alemanes se hubieron volatilizado en su bolsillo, renunciando altruistamente a dirigirse a los Bancos de Berlín cuyos nombres le habían dado, fué a presentarse como un bravo al cuartel general ruso para confortar allí sus sentimientos patrióticos. ¿Y quiénes eran los "varios separatistas ucranianos" que Jarmolenko denunció a Kerensky? El libro de éste guarda un absoluto, silencio acerca de los nombres. Sin embargo, para dar mayor autoridad a las míseras mentiras de Jarmolenko, Kerensky añade, por su cuenta, unas cuantas. Sabemos por sus declaraciones documentales, que Jarmolenko sólo mencionó a un separatista: a Skoropis-Joltuchovsky. Kerensky silencia el nombre, y hace bien, pues de mencionarlo no hubiera tenido más remedio que reconocer la poca novedad de las revelaciones del abanderado. El nombre de Joltuchovsky no era para nadie un secreto. Había rodado por los periódicos docenas de veces durante la guerra. Joltuchovsky no silenció nunca sus relaciones con el Gobierno alemán. En el Nasche Slovo, que publicábamos en París, hube de marcar con el hierro, ya a fines de 1914, a un pequeño grupo de separatistas ucranianos que mantenían relaciones con las autoridades militares alemanas. Los llamaba a todos por su nombre, y entre ellos figuraba ése. Pero ahora, nos, enteramos de que además de los "varios separatistas ucranianos", en Berlín le dieron a Jarmolenko el nombre de Lenin. El que le diesen los nombres de los separatistas nada tiene de extraño, puesto que el propio Jarmolenko iba a emprender una propaganda de ese género. Pero ¿a qué venía el darle el nombre de Lenin? Kerensky no dice nada acerca de esto. Y se comprende que nada diga. En sus declaraciones embarulladas, Jarmolenko hubo de barajar, sin sentido ni coherencia alguna, el nombre de Lenin. El abanderado a que Kerensky iba a recoger sus inspiraciones, cuenta que le nombraron espía alemán para fines "patrióticos", que pidió que le aumentasen los "fondos secretos" (¡1500 rublos de entonces!), que le fueron señaladas las obligaciones que contraía: espiar, volar puentes, etcétera, y luego, sin que venga a cuento, añade que le comunicaron (¿quién?), que en Rusia "no trabajaría sólo", pues estaban "Lenin y sus partidarios, que laboraban en la misma (!) dirección". No he hecho más que reproducir a la letra sus declaraciones. Resulta, pues, que a un modesto agente de espionaje encargado de volar puentes se le entrega, sin que se vea la menor necesidad práctica de hacerlo, un secreto tan considerable como es el de las relaciones entre Lenin y Ludendorff... Al final de sus declaraciones, y siempre sin la menor relación con la anterior, hablando al dictado como el más lerdo comprendería, Jarmolenko se sale de pronto con lo que sigue: "Se me dijo (¿por quién?) que Lenin había conferenciado varias veces en Berlín (con representantes del Estado Mayor) y que se alojaba en casa de Skoropis-Joltuchovsky, de lo cual me pude convencer yo mismo." Punto final. De cómo se convenciera, no nos dice una palabra. El juez Alexandrof no sintió la menor curiosidad de hacerle aclarar esa referencia de hecho, la única de esta naturaleza que aparece en sus declaraciones. Ni siquiera se le ocurrió hacerle una pregunta tan sencilla como ésta: ¿Cómo se convenció el abanderado de que Lenin, durante la guerra, estuvo en Berlín alojado en el domicilio de Joltuchovsky? ¿O es que

formuló esa pregunta (no pudo por menos de haberla formulado), y como contestación sólo obtuvo un gruñido desarticulado, en vista de lo cual le pareció que este pequeño episodio no debía figurar en el sumario? Es muy probable que fuese así. Pues bien: ante una maniobra tan burda, no parece que sea indiscreto preguntar: ¿quién será tan tonto que pueda dar crédito a todo esto? Sin embargo, parece que no faltan "hombres de Estado" que aparenten creerlo e inviten a los lectores a compartir su convicción.

"¿Es esto todo?" Sí; el abanderado militar no nos dice más. Pero queda todavía el abanderado político, que cree oportuno formular algunas hipótesis y conjeturas. Sigámosle.

"El Gobierno provisional-nos dice Kerensky-se vió, pues, en la dificultosa necesidad de seguir las huellas señaladas por Jarmolenko, hasta colgarse a los talones de los agentes que mantenían las relaciones entre Lenin y Ludendorff, cogiéndolos, en lo posible, in fraganti y con las mayores pruebas posibles en su cargo." Esta ampulosa frase es una trama formada por dos hilos: cobardía falsedad. En ella sale a plaza por vez primera el nombre de Ludendorff. En las declaraciones de Jarmolenko no se menciona ningún nombre alemán. En la cabeza del abanderado no había sitio para tanto. Kerensky habla con un doble sentido intencional de los agentes intermediarios entre Ludendorff y Lenin. Caben, en efecto, dos interpretaciones: la de que se trata de agentes determinados y ya conocidos, a quienes se acecha para sorprenderlos in fraganti, y la de que sólo quiere aludirse a mediadores en abstracto. Cuando habla de "colgarse" de sus talones, sólo quiere referirse, por el momento, a talones desconocidos, anónimos, trascendentes. Con sus trucos de palabras, el calumniador no se da cuenta de que pone al desnudo su propio talón de Aquiles o, mejor dicho, aunque la expresión sea menos clásica, su pezuña.

Las diligencias se llevaban, según Kerensky, tan en secreto, que ni siquiera tenía noticia de ellas el desdichado ministro de Justicia, Pereversef. He aquí la auténtica discreción de los hombres de Estado. De ella podría aprender el Estado Mayor alemán, que no tiene inconveniente en confiar al primero que llega los nombres de sus Bancos secretos e incluso sus relaciones con los caudillos de un gran partido revolucionario. No, Kerensky no es tan ligero; sólo hay tres ministros a quienes considere lo bastante dignos para no soltar los talones de los agentes de Ludendorff.

"El asunto era extraordinariamente difícil, enojoso e intrincado", se lamenta Kerensky. Y esta vez, sí que le creemos. Pero el éxito coronó plenamente los patrióticos esfuerzos de aquellos hombres. El propio Kerensky nos lo dice: "Claro está que el resultado de la investigación fué verdaderamente anonadador para Lenin. Sus relaciones con Alemania pudieron comprobarse de una manera inequívoca." No lo olvide el lector: "Se comprobaron de una manera inequívoca."

¿Cómo y por quién? Al llegar a este pasaje de su novela policíaca, Kerensky saca a escena a dos revolucionarios polacos bastante conocidos: Ganetsky y Koslovsky y a una señora llamada Sumenson, de la que nadie supo decirnos nada y cuya existencia no ha habido manera de comprobar. Estos tres individuos eran, al parecer, los agentes

mediadores que servían de enlace entre el general alemán y el revolucionario ruso. ¿A título de qué cita Kerensky con ese cometido al polaco Koslovsky ya muerto, a Ganetsky, que goza de excelente salud? Lo ignoramos. Jarmolenko no le dio el nombre de ninguna de estas personas. Estos nombres emergen en las páginas del libro de Kerensky como en los días de Julio de 1917 emergieron inesperadamente en las columnas de los periódicos, como caídos de las nubes, papel que, sin duda alguna, hubo de desempeñar para estos efectos el contraespionaje zarista. He aquí lo que refiere Kerensky: "El agente bolchevique alemán de Estocolmo, encargado de documentos que probaban de una manera irrefutable las relaciones existentes entre Lenin y el alto mando alemán, iba a ser detenido en la frontera ruso-sueca. El contenido de estos documentos nos constaba con todo detalle." Este agente era, al parecer, Ganetsky. Como vemos, los cuatro ministros, el más inteligente de los cuales era, naturalmente, el propio presidente del Consejo, no habían perdido el tiempo: sabían que un agente bolchevista sacaba de Estocolmo documentos previamente conocidos de Kerensky ("cuyo contenido le constaba con todo detalle") y que probaban por manera irrefutable, que Lenin estaba al servicio de Ludendorff. ¿Y por qué, si tan bien los conocía, Kerensky guarda en secreto el contenido de esos documentos? ¿Por qué, por lo menos, no nos hace un breve resumen? ¿Por qué no nos dice, aun cuando sólo fuese mediante una ligera alusión, por qué conducto lo había averiguado? ¿Por qué no explica con qué objeto llevaba aquel agente bolchevista los documentos que tan irrefutablemente probaban que los bolcheviques eran agentes de Alemania? Kerensky no dice una palabra de todo esto. ¿Quién será tan necio-nos permitimos preguntar por segunda vez-que dé crédito a sus afirmaciones? El agente de Estocolmo-se nos dice-no fue detenido. Los notables documentos, cuyo contenido "le constaba con todo detalle" a Kerensky en 1917, pero que en 1928 no cree oportuno comunicar a sus lectores, no pudieron ser confiscados. El agente de Estocolmo se puso en camino, pero no llegó a la frontera. ¿Y todo por qué? Pues porque el ministro de Justicia, Pereversef, que no podía aferrarse a los talones de los perseguidos por no estar en el ajo, se fue de la lengua antes de tiempo y descubrió a los periódicos el gran secreto del abanderado. ¡Y pensar que habían tenido la solución tan cerca, tan al alcance de la mano!...

"Los dos meses de trabajo que el Gobierno provisional (y principalmente Terechensko) había dedicado a descubrir los manejos bolchevistas, no condujeron a nada." Es Kerensky quien lo dice. „No condujeron a nada." ¿Pero no se nos había dicho en la página anterior que el resultado de aquellas investigaciones era „verdaderamente anonadador en cuanto a Lenin", que sus relaciones con Ludendorff se habían „comprobado de modo inequívoco"? ¿Pues cómo resulta ahora que „aquellos dos meses de trabajo no condujeron a nada"? Dígase si todo esto no es de una insigne mentecatez. Pero no acaba aquí la cosa. Donde mejor resalta acaso la falsedad y la cobardía de Kerensky, es en lo que a mí respecta. Al final de la lista de agentes alemanes a quienes había de detener de orden suya, Kerensky hace esta modesta observación: „Algunos días después, fueron detenidos también Trotsky y Lunatcharsky." Es el único

momento en que me incluye a: mí en la red del espionaje alemán. Y lo hace de un modo sórdido, sin remontarse a cumbres de elocuencia, ni dar su "palabra de honor". ¡Ya lo creo! Kerensky no podía eludir en modo alguno mi nombre, pues era innegable que su gobierno me había detenido y me había hecho objeto de la misma acusación que a Lenin. Pero es natural que no sintiese grandes deseos ni medios de dedicar floridos párrafos a las pruebas acumuladas contra mí, pues precisamente en punto a mí, fué donde más claramente enseñó su gobierno aquella pezuña de que más arriba hablábamos. La única prueba que adujo contri mí el juez Alexandrof, era que había cruzado por el territorio alemán en el vagón "precintado" en compañía de Lenin. El viejo perro guardián de la justicia zarista, no tenía ni la menor idea, de que el que había hecho el viaje por Alemania en el vagón precintado en compañía de Lenin, no era yo, sino Martof, el caudillo de los mencheviques. No sabía que yo había llegado de Nueva York un mes después que Lenin, Pasando por el campamento de prisioneros del Canadá y por la península escandinava. Tan ridícula y mezquina era la acusación amañada contra los bolcheviques, que aquellos caballeros falsificadores no se tomaron ni siquiera el trabajo de ir a ver a los periódicos cuándo y por dónde había entrado yo en Rusia. A partir de aquel momento, ya estaba descubierto y al desnudo el juez instructor. Le lancé a la cara aquellos sucios papeluchos, le volví la espalda y me negué a seguir hablando con él. Sin pérdida de momento, dirigí una protesta al Gobierno provisional. En este punto es donde mejor resalta la conducta culpable de Kerensky y el crimen que comete con sus lectores. Kerensky sabe perfectamente cuán vil e infundado fue el proceso que se me formó por su judicatura. He aquí por qué se limita a mencionarme de pasada entre los agentes del espionaje alemán, pero sin decir ni una palabra de cómo él y sus tres ministros se colgaban de mis talones en Alemania, mientras yo estaba tan ajeno a aquello, recluso en el campamento de prisioneros del Canadá. "Lenin no hubiera conseguido jamás destruir a Rusia, a no ser apoyándose en todo aquel poderío material y técnico de la propaganda alemana y del espionaje alemán." Kerensky se complace pensando que el viejo régimen (incluyéndole a él) no fué derrocado revolucionariamente por el pueblo, sino por los manejos de los espías alemanes. ¡Triste filosofía esa en que la vida de una gran nación no es más que un juguete a merced del aparato de espionaje de la nación vecina! ¿Y cómo, si al poderío militar y técnico de Alemania le bastaron unos cuantos meses para echar por tierra la democracia de Kerensky y aclimatar artificialmente el bolchevismo, la maquinaria material y técnica de todos los países aliados juntos, no consiguió derrotar en doce años de lucha ese régimen bolchevista, tan artificialmente implantado? Pero, no nos dejemos llevar de consideraciones histórico-filosóficas y atengámonos a los hechos. ¿En qué se tradujo la ayuda técnica y financiera de Alemania? Kerensky no dice nada acerca de esto. Cierto es que se remite a las Memorias de Ludendorff, pero lo único que de estas Memorias se desprende es que Ludendorff confiaba en que la revolución-primero la de Febrero y luego la de Octubre-desmoralizase los ejércitos zaristas. Mas, para descubrir estos planes de Ludendorff no hacían falta sus Memorias; bastaba con el hecho de que los alemanes

hubieran dejado atravesar por su territorio a un puñado de revolucionarios rusos. Para Ludendorff, esto era una pequeña aventura que le dictaba el interés de Alemania en su situación militar difícil. Lenin se aprovechó de los cálculos de Ludendorff para ponerlos al servicio de los suyos propios. Ludendorff pensaba: que Lenin derroque a los patriotas, que ya me encargaré yo luego de acabar con él. Y Lenin: Acepto la oferta de cruzar por Alemania en el vagón con que me brinda Ludendorff, y ya le pagaré el favor a mi manera. Para demostrar que dos planes históricos antagónicos se encontraban en un punto y que este punto era un vagón "precintado", no hacía falta el talento policíaco de un Kerensky. Se trata de un hecho histórico. Y de entonces acá, la historia ha tenido tiempo sobrado para echar cuentas y ver cuál de los dos cálculos acertó. El día 7 de noviembre de 1917, se apoderaban los bolcheviques del Gobierno. Un año después, día por día, las masas revolucionarias alemanas, poderosamente alentadas por la revolución rusa, echaban del Poder a Ludendorff ya sus amos. Habían de pasar otros diez años para que ese Narciso democrático maltratado por la historia, volviese a sacar a luz una calumnia imbécil, una calumnia que no va contra Lenin, sino contra un gran pueblo y contra su revolución.

DE JULIO A OCTUBRE

El día 4 de junio, la fracción bolchevista leyó en el congreso de los Soviets, convocado para tratar de la acción de guerra que Kerensky preparaba en el frente, una declaración presentada por mí. En ella, hacíamos notar que la acción planeada era una aventura que podía poner en peligro la existencia del ejército ruso. El Gobierno provisional, ajeno a todo, seguía embriagándose con vanos discursos. El ministro consideraba aquella masa de soldados, removida hasta el tuétano por la revolución como una especie de dúctil arcilla con la que podía hacer cuanto se le antojase. Kerensky recorría el frente, juraba, amenazaba, se arrodillaba, besaba el suelo, se hartaba de hacer payasadas sin contestar ni a una sola de las preguntas que atormentaban al soldado. Dejándose llevar por efectismos baratos y apoyado en la mayoría del congreso de los Soviets, ordenó el ataque. Cuando se produjo el desastre que los bolcheviques habían previsto, no se supo hacer cosa mejor que acusar a los propios bolcheviques como culpables. Empezó una campaña furibunda. La reacción, atrincherada detrás del partido de los kadetes, nos acosaba por todas partes y pedía nuestras cabezas.

Las masas habían perdido toda la confianza en el Gobierno provisional. Petrogrado seguía siendo, como en la primera etapa de la revolución, la vanguardia más avanzada. En las jornadas de Julio, esta vanguardia tuvo el primer choque abierto con el Gobierno de Kerensky. No era todavía el alzamiento, que había de sobrevenir; era un simple combate de patrullas. Pero aquel choque bastó para demostrar que Kerensky no tenía detrás de sí, como pretendía, al ejército "democrático"; que las fuerzas en que se apoyaba contra nosotros eran, en realidad, las fuerzas de la contrarrevolución. Tuve noticia de la sublevación del Regimiento de ametralladores, y de la proclama que dirigían al resto de las tropas y a las fábricas, el día 3 de julio, estando en el palacio de Taurida, durante la sesión. La noticia me sorprendió. El movimiento había brotado por su propio impulso, de su propia conciencia de poder, por iniciativa anónima de abajo. Al día siguiente, tomaba mayores vuelos, alentado ya por nuestro partido. El palacio de Taurida estaba impotente de gente aquel día. No se oían más gritos que éste: "¡Todo el Poder a los Soviets!" Un tropel sospechoso, que se mantenía retraído a la puerta del Palacio, cogió a Tchernof, Ministro de Agricultura, y lo metió en un automóvil. La multitud no parecía interesarse gran cosa por la suerte que pudiera correr el ministro; sus simpatías no estaban, manifiestamente, de su parte. Pronto se supo dentro que habían detenido a Tchernof y que su persona se encontraba en peligro. Los socialrevolucionarios decidieron emplear autos blindados para ir en rescate de su caudillo; estaban nerviosos viendo decrecer su popularidad, y querían enseñar el puño. A mí me pareció que lo mejor era saltar también al coche y ver cómo salíamos de entre aquella multitud, para luego poner en libertad al prisionero. Pero el bolchevique Raskolnikof, teniente de la flota del Báltico, que había traído a la manifestación a los marineros de Cronstadt, insistía, muy excitado, en que era necesario ponerlo inmediatamente en libertad, para que no se dijese que le había detenido su gente. En vista de esto, busqué el modo de acceder

a su pretensión. Pero es mejor que le ceda la palabra al propio Raskolnikof. "Es difícil-cuenta el expansivo teniente, en sus Memorias-decir cuánto hubiera durado todavía la excitación turbulenta de la multitud, a no haber sido por la intervención del camarada Trotsky. De un salto, se puso en la delantera del automóvil y, haciendo con el brazo ese gesto enérgico y rotundo del que se ha cansado ya de esperar, demandó silencio. En un instante, hízose un silencio absoluto; no se oía una mosca. Leo Davidovich, con su voz alta, clara, metálica, pronunció un pequeño discurso, que terminó con esta frase: "Todo aquel que desee que se cometa algún acto de violencia contra Tchernof, que levante la mano... Nadie despegó los labios-prosigue Raskolnikof-, nadie replicó una palabra. ¡Ciudadano Tchernof, está usted libre!-exclamó Trotsky, con tono solemne-, y volviéndose con todo el cuerpo al Ministro de Agricultura, le invitó con un gesto a salir del coche. Tchernof estaba más muerto que vivo. Yo mismo le ayudé a bajar. El ministro, con el semblante desmadejado y expresión de tortura, subió las escaleras con paso vacilante y desapareció en el vestíbulo de palacio, mientras Leo Davidovich, satisfecho de su triunfo, se alejaba también."

Prescindiendo del ambiente de patetismo, perfectamente superfluo, la escena está fielmente contada. No importa: la Prensa enemiga no tuvo inconveniente alguno en decir que el causante de la detención había sido yo, que quería que linchasen al ministro. Tchernof, ante estas imputaciones, guardaba silencio pudorosamente: para un ministro "del pueblo" era duro tener que reconocer que no debía la cabeza precisamente a su popularidad, sino a la intercesión de un bolchevique.

No cesaban de enviarnos comisiones, pidiendo, en nombre de los manifestantes, que el Comité ejecutivo se hiciese cargo del Poder. Tcheidse, Zeretelli, Dan, Goz, entronizados en la presidencia como fetiches, no se dignaban dar respuesta alguna a las comisiones, se quedaban mirando para la sala o se miraban, misteriosos e inquietos, unos a otros. Los bolcheviques hicieron uso de la palabra para apoyar las pretensiones de los comisionados, que hablaban en nombre de los soldados y los obreros. Los señores de la presidencia seguían callando. Esperaban, sin duda. ¿Qué era lo que esperaban?... Así pasaron varias horas. Ya tarde de la noche, en las bóvedas del palacio, empezaron a sonar gritos de victoria en forma de toques de trompeta. La presidencia resucitaba, como galvanizada por una corriente eléctrica. Alguien vino a comunicar solemnemente que el Regimiento de Wolyn llegaba del frente para ponerse a las órdenes del Comité ejecutivo central. La "democracia" se había convencido de que en toda la gigantesca guarnición de Petrogrado no había un solo cuerpo de tropa del que pudiera fiarse. Fué necesario esperar a que llegase del frente un brazo armado. ¡Cómo cambió de pronto la decoración! Las comisiones fueron expulsadas del salón; ya no había palabra para los bolcheviques. Los caudillos de la democracia decidieron vengarse en nosotros del miedo que les habían hecho pasar las masas. Desde la tribuna del Comité ejecutivo cerníanse sobre la sala tonantes discursos, hablando de una rebelión armada que, afortunadamente, habían sofocado las tropas fieles a la revolución. partido bolchevique fué declarado partido contrarrevolucionario. Y todo, por la llegada del Regimiento de

Wolyn. A los tres meses y medio, este Regimiento se pasaba como un solo hombre al lado de los que derribaron el Gobierno de Kerensky.

En la mañana del día 5 tuve una conversación con Lenin. El asalto de las masas había sido rechazado en toda la línea.

-Ahora-me dijo Lenin-nos fusilarán, primero a uno y luego a otro, ya lo verá usted; es su momento.

Pero Lenin daba excesiva importancia a nuestro enemigo, no porque a éste le faltase la furia, sino porque le faltaban la capacidad y la decisión para actuar. No nos fusilaron, aunque le anduvieron muy cerca. En las calles, todo el mundo era a insultar y golpear a los bolcheviques, y los "junkers" asaltaron y saquearon el palacio de la Tchessinskaia y la imprenta de la Pravda. Toda la calle delante de la imprenta estaba sembrada de cuartillas. Allí hubo de perecer, entre muchos otros originales, el de mi folleto polémico ¡A los calumniadores!. La escaramuza de patrullas se convertía en una campaña sin enemigo. Y el adversario quedó vencedor, sin lucha y a poca costa, pues nosotros decidimos no darle batalla. Nuestro partido salió duramente castigado. Lenin y Zinovief hubieron de ocultarse. Practicáronse numerosísimas detenciones, acompañadas casi todas de sus correspondientes palizas. Los cosacos y los "junkers" les quitaban a los detenidos el dinero, a pretexto de que era dinero "alemán". Muchos de los que se habían embarcado con nosotros y se decían más o menos amigos nuestros, nos volvieron la espalda. En el Palacio de Taurida nos proclamaron contrarrevolucionarios, lo cual nos dejaba, en realidad, a merced del primero que quisiera quitarnos de en medio. La dirección del partido dejaba bastante que desear. Faltaba Lenin. El ala de Kamenef empezaba a levantar la cabeza. Muchos de los directivos-y entre ellos contábase Stalin-se estaban cruzados de manos, esperando a que se desarrollasen los acontecimientos para dar luego rienda suelta a su sabiduría. La fracción bolchevista del Comité ejecutivo central, sentíase huérfana en aquel Palacio de Taurida. Me envió una comisión a rogarme que tomase la palabra para definir la situación política del momento: yo no estaba todavía afiliado al partido, pues habíamos decidido aplazar este trámite hasta el congreso que estaba a punto de celebrarse. No hay que decir que acepté el encargo muy de buen grado. Aquel compromiso adquirido con la fracción bolchevique me imponía esos deberes morales que imponen las alianzas en una plaza asediada por el enemigo. En mi discurso dije que, pasada esta crisis, nos esperaba un rápido triunfo; que las masas, cuando viesen probada nuestra lealtad a la idea por los hechos, se vendrían entusiastamente con nosotros; que en tiempos como aquellos había que vigilar de cerca a todos los revolucionarios, pues en momentos tales, los hombres se pesaban en una balanza que no mentía. Todavía me acuerdo-y recordándolo, siento gran satisfacción-del calor y la gratitud con que me acompañó la fracción en aquel discurso. "Fuera de Lenin, ausente del movimiento-decía Muralof-, el único que no ha perdido la cabeza es Trotsky." Es probable que si escribiese estas Memorias en otras condiciones-aunque en otras condiciones es probable también que no las escribiese-suprimiese mucho de lo que aquí digo. Pero tal como están las cosas, no puedo volverme de espaldas a ese

falseamiento del pasado que es la principal preocupación de los epígonos y que tan bien saben organizar. Mis amigos están en las cárceles o en el destierro. No tengo más remedio que decir de mí mismo cosas que en otras condiciones no tendría para qué contar. No se trata tanto, en lo que a mí respecta, de la verdad histórica como de seguir librando una lucha que no ha terminado aún...

De aquellos tiempos data mi amistad, inseparable, así en la guerra como en la política, con Muralof. Permítaseme que diga aquí unas palabras acerca de este hombre. Muralof es un viejo bolchevique que luchó por la revolución de 1905 en las calles de Moscú. En las inmediaciones de Moscú, en un lugar llamado Serpuchovo, vióse envuelto en un pogromo organizado por los "Cien Negros" y amparado como siempre, por la policía. Muralof es un gigante, a cuyo arrojo, temerario sólo iguala su magnífica bondad. Los enemigos le tenían cercado con otras gentes de izquierda en el edificio del "zemstvo". Salió del local y avanzó, revólver en mano, hacia la multitud sitiadora, haciéndola retroceder. Pero un puñado de pogromistas combativos le cerró el paso. Los cocheros de punto empezaron a vociferar su júbilo. ¡Paso!-gritaba el gigante sin detenerse, blandiendo el revólver-. Saltaron a él. Muralof dejó a uno muerto en el sitio e hirió a otro. La multitud dió un salto atrás. Y nuestro hombre, sin apresurar el paso, hendiendo la muchedumbre como una quilla, siguió andando a pie hasta Moscú. Su proceso duró más de dos años y, a pesar de la furibunda reacción desencadenada, acabó con una absolución. Muralof, que era agrónomo de profesión y había sido durante la guerra imperialista soldado de una compañía de automóviles, luchó en Moscú a la cabeza de las masas en las jornadas de Octubre, y después de la victoria fué nombrado Comandante primero de aquella zona militar. Fue el mariscal indomable de la guerra revolucionaria, siempre en su puesto, cumpliendo sencillamente con su deber, sin afectación. Durante las campañas, llevaba a todas partes una propaganda incansable por el hecho; daba consejos agrícolas, segaba la mies y, descansando entre labor y labor, curaba a los hombres y a las vacas. En las situaciones más difíciles, aquel hombre irradiaba serenidad, objetividad y ardor. Cuando hubo terminado la guerra, los dos ambicionábamos pasar juntos las horas libres.

Nos unía, además, la pasión de la caza. Juntos, recorrimos el Norte y el Sur, unas veces detrás de los osos y los lobos, otras veces tirando a los faisanes y a las avutardas. Al presente, Muralof estará cazando en la Siberia, donde purga en el destierro el pecado de pertenecer a la oposición...

Muralof no perdió tampoco la serenidad, que fue para muchos refugio, en aquellos días de julio del año 1917. Y eso que todos necesitábamos dominarnos mucho para no pasar con los hombros humillados y la cabeza gacha por los pasillos y los salones del Palacio de Taurida, por entre aquellas miradas cargadas de odio, aquellos cuchicheos preñados de ira, aquel jactancioso darse de codos (¡Miradlos! ¡Miradlos!) y aquel ostensible rechinar de dientes, que era como si a uno le diesen baquetas. No hay nada más airado que uno de esos filisteos "revolucionarios" hinchados y charlatanes, cuando ven que la misma revolución que les ha exaltado de la noche

a la mañana, empieza a poner en peligro su magnificencia fugaz. Aquel camino que había que recorrer hasta la cantina del Comité ejecutivo era un pequeño Gólgota. En la cantina nos repartían té y pan negro untado de manteca con queso o caviar colorado de grano grueso, de que había abundancia en el Smolny, como más tarde en el Kremlin. A medio día, nos daban sopa de berzas y un pedacito de carne. El encargado del buffet del Comité ejecutivo era el soldado Grafof. Cuando más arreciaba la campaña de difamación contra nosotros y Lenin, a quien habían decretado espía alemán, tenía que permanecer escondido en una tienda de campaña, advertí que Grafof procuraba escoger para mí el vaso de té más caliente y el panecillo más relleno. Era evidente que aquel hombre simpatizaba con los bolcheviques, aunque quisiera ocultarlo a sus superiores. Seguí observando. Grafof no estaba solo. Todo el personal subalterno del Smolny, porteros, correos centinelas, se inclinaban a nuestro lado. Entonces comprendí que teníamos andada la mitad del camino. Pero por el momento, sólo la mitad. La prensa hacía contra los bolcheviques una campaña sin igual en punto a malignidad y villanía, que sólo había de ser superada años más tarde por la sostenida por Stalin contra la oposición. Lunatcharsky hizo en julio algunas declaraciones un tanto equívocas que la Prensa, no sin razón, interpretó en el sentido de que se separaba de los bolcheviques. No faltaron periódicos que me atribuyesen también a mí declaraciones del mismo tenor. El día 10 de julio dirigí al Gobierno provisional una carta en la que me mostraba plenamente solidarizado con Lenin y que terminaba con las palabras siguientes "No hay ninguna razón para que se me excluya de ese decreto por el que se da orden de detención contra Lenin, Zinovief y Kamenef... No hay razón alguna, tampoco, para dudar que yo sea un enemigo tan irreconciliable como los citados camaradas de la política toda del Gobierno provisional." Los caballeros ministros sacaron la consecuencia lógica e inevitable de aquella carta y me mandaron detener como agente de los alemanes. En mayo, cuando Zeretelli montaba en cólera contra los marinos y mandaba desarmar a los artilleros de la Marina, le predije que no estaba lejano el día en que tendría que acudir a aquellos mismos marinos buscando refugio en ellos contra el general que ensebase la soga para la revolución. En efecto: en el mes de agosto este general asomaba la cabeza en la persona de Kornilof. Zeretelli imprecó la ayuda de los marineros de Kronstadt, y éstos no se la negaron; el crucero Aurora fondeó en las aguas del Neva. Yo hube de observar, ya a través de los barrotes de la celda, cómo y con cuánta rapidez se realizaba mi predicción. Los marineros del Aurora mandaron una comisión a la cárcel a hablar conmigo, a la hora de las visitas, para que les aconsejase si debían proteger el Palacio de Invierno o tomarlo por asalto. Les recomendé que antes de liquidar con

Kerensky quitasen de en medio a Kornilof

-Lo nuestro-les dije-no nos lo quitará nadie.

-¿Cree usted...?

-¡Estoy seguro!

Mi mujer fué a visitarme a la cárcel con los chicos, que ya habían tenido tiempo por entonces, a formarse una experiencia política propia. Los muchachos estaban pasando

el verano en el campo, con la familia de W., un Comandante retirado, amigo nuestro. En esta casa solían reunirse bastantes visitas, oficiales la mayoría de ellos, que entre traguito y traguito, despotricaban a su gusto contra los bolcheviques. En el mes de julio llegó la difamación a su apogeo. Algunos de estos oficiales, no tardaron en partir para el Sur, donde se concentraban los que más tarde habían de ser los cuadros de los blancos. No sé qué joven patriota se permitió decir, estando en la mesa, que Lenin y Trotsky eran espías de los alemanes. Mi chico mayor que oyó aquello, saltó a él con una silla en alto, y el pequeño se levantó también blandiendo un cuchillo de mesa. Las personas mayores hubieron de separar a los contendientes. Los dos hermanos encerráronse en su cuarto y rompieron a llorar amargamente. Estaban empeñados en irse andando hasta Petrogrado a enterarse de lo que hacían allí con los bolcheviques. Por fortuna, llegó la madre, los tranquilizó y los llevó con ella. Pero tampoco salían ganando nada con estar en Petrogrado. Los periódicos se hartaban de cubrir de insultos a los bolcheviques. Su padre estaba en la cárcel. Decididamente, la revolución había frustrado sus esperanzas. Pero no por eso dejaron de fijarse entusiasmados en cómo su madre me alargaba una navaja por entre las rejas del locutorio. Yo los consolé como solía, diciéndoles que la verdadera revolución no había estallado aún.

Las chicas intervenían ya más seriamente en la vida política. Asistían a los mítines del Circo Moderno y tomaban parte en las manifestaciones. En las jornadas de Julio, viéronse arrastradas por un tumulto, en medio de una multitud; una de ellas perdió las gafas, las dos se quedaron sin sombrero y las dos también temieron quedarse sin su padre, a quien apenas habían visto cruzar un momento por ante sus ojos. Por los días en que Kornilof atacó la capital, los encarcelados tuvimos la vida pendiente de un tenue hilillo. Para todos era evidente que si Kornilof lograba entrar en Petrogrado, lo primero que haría sería matar a los bolcheviques apresados por Kerensky. Además, el Comité ejecutivo central temía que las "guardias blancas" de la capital cayesen sobre la cárcel. Mandaron, pues, un gran destacamento militar para que protegiese la prisión. Pero resultó, naturalmente, que las tropas no eran "democráticas", sino bolchevistas y que estaban dispuestas a ponernos en libertad en cuanto quisiéramos. Sin embargo, esto hubiera sido la señal para el alzamiento inmediato, y no había llegado todavía el momento. Además, el propio Gobierno empezó a ponernos, a poco, en libertad; inspirado, por supuesto, en los mismos motivos que le habían impulsado a llamar a los marineros bolchevistas para que defendiesen el Palacio de Invierno. De la cárcel me trasladé directamente al Comité de defensa de la revolución, que acababa de constituirse, donde hube de sentarme en torno a una mesa con aquellos mismos caballeros que me habían mandado a la cárcel como agente de los Hohenzollers y que, por lo visto, todavía no habían tenido tiempo para retirar la imputación. Confieso sinceramente que de sólo ver la catadura de aquellos socialrevolucionarios y mencheviques, le daban a uno ganas de desear que el tal Kornilof les echase la mano al cuello y se líase con ellos a cintarazos. Pero este deseo, además de ser poco piadoso, era impolítico. Los bolcheviques se engancharon a la defensa de la ciudad y estuvieron por todas partes en los primeros

puestos. La experiencia de la intentona de Kornilof vino a completar la que ya teníamos de las jornadas de Julio. Se demostraba otra vez más que los Kerensky y Cía. no tenían detrás de sí ninguna fuerza real propia. Aquel ejército que se levantó en armas contra Kornilof, era el que había de derrocar el régimen en Octubre. Nos aprovechamos del peligro de la hora para armar a los obreros que Zeretelli había venido desarmando todo el tiempo concienzudamente.

La ciudad, aquellos días, permanecía muda. Todo el mundo cataba esperando la llegada de Kornilof, unos con esperanza, otros con miedo. Los chicos oyeron decir que podía presentarse mañana mismo, y al día siguiente, bien temprano, estaban mirando por la ventana, en ropas menores y con los ojazos muy abiertos, a ver si le veían. Pero Kornilof no se presentó. El alzamiento revolucionario de las masas fué tan potente, que el general sublevado se evaporó como una nube. Pero no sin dejar huella: aquella intentona sirvió de mucho a los bolcheviques.

"La venganza-escribí yo por aquellos días-no se hace esperar. Nuestro partido, perseguido, acorralado, calumniado, jamás conquistó tantos adeptos como en estos tiempos últimos. Y esta expansión no tardará en transmitirse de la capital a las provincias, de las ciudades a los pueblos y a los cuarteles... Sin dejar de ser ni por un momento una organización de clase del proletariado, nuestro partido, bajo el fuego de las represalias, se ha convertido en el verdadero guía de las masas oprimidas, esclavizadas, defraudadas y acorraladas..."

Apenas acertábamos ya a llevar cuenta con aquella nube de nuevos afiliados. En el Soviet de Petrogrado, el número de bolcheviques crecía de día en día. Ya estábamos al filo de la mitad. Sin embargo, en la presidencia, no había uno solo. Surgió el problema de la reelección. Les propusimos a los mencheviques y socialrevolucionarios una presidencia mixta. Luego, supimos que a Lenin le había disgustado esto, porque temía que detrás de ello hubiese una tendencia conciliadora. Sin embargo, no logramos llegar a un acuerdo. A pesar de que acabábamos de luchar juntos contra Kornilof, Zeretelli se negó a aceptar una presidencia de coalición. Era precisamente lo que nosotros queríamos. No quedaba, pues, más camino que votar por listas. Me pareció oportuno plantear la cuestión de si Kerensky debía o no figurar en la lista de los contrarios. Aunque de un modo formal pertenecía a la presidencia, no aparecía nunca por el Soviet y no se recataba para mostrar, viniese o no a cuento, el desprecio que sentía por él. La pregunta pilló desprevenida a la presidencia. Kerensky no gozaba allí de estimación ni de respeto. No obstante, era mucho pedir que se desautorizase nada menos que al presidente del Consejo. Los señores de la presidencia cuchichearon un rato, y al cabo dieron a conocer la resolución: "¡Naturalmente que debe figurar en la lista!" Era también lo que nosotros deseábamos. Reproduzco un fragmento del acta de aquella sesión: "Nosotros abrigábamos la creencia de que Kerensky no pertenecía ya al Soviet (gran ovación). Pero, por lo visto, estábamos equivocados. Entre Tcheidse y Sabadell flota la sombra de Kerensky. Y cuando se os proponga que aprobéis la política de la presidencia tened en cuenta-ino lo olvidéis!-que lo que se os pide es que votéis por la política de Kerensky (gran ovación)." Esto bastó para que se viniesen con nosotros

cien o doscientos delegados que estaban indecisos. El Soviet contaba con bastante más de mil componentes. Las votaciones se hacían saliendo por las puertas. En la sala de sesiones reinaba una excitación tremenda. No se trataba de la presidencia. Tratábase de la revolución. Yo me paseaba por los pasillos, de arriba abajo, con unos cuantos amigos. Calculábamos que nos faltarían unos cien votos para conseguir la mitad, y aun esto lo considerábamos como un triunfo. Luego se vió que teníamos más de cien votos sobre los que sumaba la coalición de socialrevolucionarios y mencheviques. Habíamos vencido. Subí a ocupar el sitio del presidente. Zeretelli, en su discurso de despedida, hizo votos porque nos sostuviésemos en el Soviet, por lo menos, la mitad del tiempo que ellos habían estado al frente de la revolución. Tanto vale decir que nuestros adversarios no nos daban de vida más que unos tres meses. Se equivocaron de medio a medio. Supimos ir, derechos y seguros, a la conquista del Poder.

LA NOCHE QUE DECIDE

Se acercaba la hora decisiva de la revolución. El Smolny estaba convertido en una verdadera fortaleza. Arriba, en los tejados, quedaban como herencia del antiguo Comité ejecutivo unas veinte ametralladoras. El Comandante del Smolny, capitán Grekof, era acérrimo enemigo nuestro. En cambio, el jefe del destacamento de ametralladoras vino a decirme que sus hombres estaban con los bolcheviques. Encargué a alguien-tal vez a Markin-de que repasase las ametralladoras. El diagnóstico fue que estaban en mal estado, abandonadas. Los soldados se emperezaban precisamente porque no tenían el menor deseo de salir a la defensa de Kerensky. Hice que mandasen otro destacamento de ametralladoras, seguro y en buenas condiciones. Estaba amaneciendo el día 24 de [Octubre](#). Yo iba de piso en piso, para no estarme quieto en un sitio, para convencerme de que todo marchaba bien y para infundir ánimos a los necesitados de ellos. Por encima de las losas de aquellos claustros, interminables y envueltos todavía en sombras, oíase el rodar de las ametralladoras arrastradas por los soldados, con un estrépito alegre y bullicioso. Era el nuevo destacamento, avisado por mí. Por las puertas asomaban la cabeza, con cara de susto, los pocos socialrevolucionarios y mencheviques que se habían quedado en el Smolny. Aquella música no prometía nada bueno, a sus oídos. Poco a poco fueron desfilando todos, uno detrás de otro, y nos quedamos dueños absolutos de aquel edificio, que se disponía a plantar la bandera bolchevista en la capital y en todo el país.

Por la mañana temprano, me encontré en la escalera con un obrero y una obrera que venían corriendo, jadeantes, de la imprenta del partido a avisar que el Gobierno había prohibido la publicación de nuestro órgano central en la prensa y la del periódico del Soviet de Petrogrado. Dijeron que la imprenta había sido sellada por un agente del Gobierno, que se había presentado en compañía de unos cuantos cadetes de la Escuela Militar. De primera intención, esta noticia nos arredró un poco, con ese poder que tienen los trámites formalistas sobre la razón.

¿No podemos arrancar el sello?-preguntó la obrera.

-Arrancadlo tranquilamente, y para que no os pase nada os mandaremos una escolta segura-le contesté yo.

-Hay allí cerca-dijo la obrera, muy segura de sí-un batallón de Zapadores, cuyos soldados se encargarán de protegernos.

El Comité revolucionario de guerra dió inmediatamente el siguiente decreto: "1.º Las imprentas de los periódicos revolucionarios deberán abrirse inmediatamente. 2.º Los redactores e impresores proseguirán sus trabajos para la publicación de los periódicos. 3.º El deber y el honor de proteger las imprentas revolucionadas contra cualquier ataque de la contrarrevolución se encomienda a los bravos soldados del Regimiento de Lituania y al 6.º Batallón de Zapadores de la reserva." La imprenta siguió trabajando ya sin interrupción y los dos periódicos salieron a la calle.

El día 24 surgieron dificultades en la Central de Teléfonos. Los cadetes de la

Escuela Militar habían tomado posesión del edificio y, a su amparo, las telefonistas declararon la oposición al Soviet. Se negaban a darnos comunicación. Era el primer acto, episódico todavía, de sabotaje. El Comité militar revolucionario mandó a Teléfonos un destacamento de marineros, que instalaron dos cañoncitos pequeños a la entrada y con esto se restablecieron en seguida, las comunicaciones telefónicas. Empezamos a adueñarnos de los organismos administrativos. El Comité hallábase reunido en sesión permanente en el tercer piso del Smolny, en un cuarto pequeño que hacía esquina. En aquel cuarto venían a concentrarse todos los informes que se recibían acerca de los movimientos de tropas, el espíritu de los soldados y obreros, las agitaciones en los cuarteles, los planes de los pogromistas, los amaños de los políticos burgueses y de los embajadores extranjeros, la vida en el Palacio de Invierno, las deliberaciones de los antiguos partidos representados en el Soviet. De todas partes se recibían informaciones. Por allí desfilaban obreros, soldados, oficiales, porteros, cadetes socialistas de la Escuela militar, personal doméstico, mujeres de pequeños empleados. Muchos de ellos no hacían más que contarme tonterías, pero otros aportaban datos serios y de valor. Durante la semana anterior yo casi no había puesto los pies fuera del Smolny; me pasaba las noches vestido y tumbado en un sofá de cuero, y dormía en los breves ratos que me dejaban libre, despertado constantemente por los correos, los informadores, los motociclistas, los telegrafistas, las incesantes llamadas al teléfono. Se acercaba el momento decisivo. Era evidente que ya no había modo de volverse atrás.

En la noche del 24 al 25 de octubre, los vocales del Comité revolucionario se repartieron por los distritos. Yo me quedé solo en el Smolny. Más tarde, se presentó Kamenev. Kamenev era opuesto al golpe, pero venía a pasar esta noche decisiva junto a mí. Nos instalarnos en el cuartito del tercer piso, que en aquella noche, la noche en que había de decidirse la revolución, semejaba al puente de mando de un buque. En la sala de al lado, grande y solitaria, había una cabina telefónica. El teléfono estaba sonando constantemente, para asuntos que unas veces eran importantes y otras sin interés. El timbre subrayaba el silencio expectante. No era difícil imaginarse la ciudad de Petrogrado, abandonada, envuelta por la noche, mal alumbrada, azotada por los vientos otoñales. Los burgueses y los empleados, acurrucados en sus camas, hacían esfuerzos por representarse lo que estaría ocurriendo a aquella hora en las calles, peligrosas y llenas de misterio. Los barrios obreros dormían con ese sueño de vela de los campamentos en pie de guerra. Comisiones y grupos de los partidos del Gobierno, agotados e impotentes, deliberaban en los palacios de los zares, donde los fantasmas vivos de la democracia se daban de bruces con los fantasmas todavía no esfumados de la monarquía. De tiempo en tiempo, la seda y los dorados del salón se hunden en la oscuridad: no hay carbón bastante. En los distritos de la ciudad montan la guardia destacamentos de obreros, marineros y soldados. Los jóvenes proletarios van armados de fusil y llevan el torso ceñido por las cartucheras de las ametralladoras. Las patrullas de las calles vivaquean calentándose junto a las hogueras. En dos docenas de teléfonos

se concentra toda la vida intelectual de la ciudad, que en esta noche de otoño alza la cabeza para salir de una época y entrar en otra.

A aquel cuarto del tercer piso vienen a parar los informes de todos los distritos, barrios y suburbios. Todo está previsto, al parecer; los caudillos en sus puestos, las comunicaciones aseguradas, nada se ha olvidado. Nueva revisión mental. Esta noche es la que decide.

La víspera, dije en mi informe ante los delegados del segundo congreso del Soviet, y lo dije con una absoluta convicción: "Si no cedéis no habrá guerra civil. Nuestros enemigos capitularán instantáneamente y vosotros ocuparéis sin lucha el lugar que os corresponde, que por derecho os pertenece." No hay por qué dudar en el triunfo de un alzamiento de esta naturaleza. Y, sin embargo, con éstas horas de una preocupación profunda y tensa, pues esta noche es la que decide.

El Gobierno ha movilizado a los cadetes de la Escuela Militar y ayer dió al crucero Aurora, fondeado en el Neva, orden de levar anclas. La dotación del Aurora la forman aquellos mismos marineros bolchevistas a quienes en el mes de agosto se presentara Zeretelli, sombrero en mano, a pedirles que defendiesen el Palacio de Invierno contra Kornilof. Los marinos se han dirigido al Comité militar revolucionario preguntando qué deben hacer. Y esta noche el Aurora continuará en el mismo sitio en que ayer estaba. Me telefonan de Pavlovsk diciendo que el Gobierno reclama de allí artillería, que ha pedido a Zarskoie Selo un batallón de asalto, a Peterhof el envío de fuerzas de la Escuela de insignias. Kerensky tiene acuartelados en el Palacio de Invierno a los cadetes de la Escuela militar, a gran número de oficiales y a los batallones de mujeres. Doy orden a los comisarios para que repartan por el camino de Petrogrado patrullas seguras que cierren el paso a las tropas pedidas por el Gobierno y manden agitadores que salgan a su encuentro. Todas nuestras conversaciones se cursan telefónicamente y pueden ir a parar, en su integridad, a manos del Gobierno. Pero es posible que éste ya no disponga ni siquiera de medios para sorprenderlas. "Y si no conseguís persuadir a las tropas para que no sigan adelante, echad mano a las armas. Me respondéis de esto con la cabeza." Se lo repito varias veces, pero sin estar muy seguro todavía de la eficacia de mis órdenes. La revolución es aún demasiado confiada, bondadosa, optimista y ligera. Todavía le gusta más amenazar con las armas que emplearlas. Sigue confiando en la eficacia de la palabra y la persuasión. Y de momento, no se equivoca. Las concentraciones de elementos enemigos se evaporan al solo contacto de su cálido aliento. El día 24, dimos orden de que a la primera intentona de los "Cien negros" para organizar pogromos en las calles, se echase mano a las armas y se reprimiese el intento despiadadamente. Pero los enemigos no se atreven a salir a la calle. Están ocultos. La calle es nuestra. Nuestros comisarios montan la guardia en todos los caminos que conducen a Petrogrado. La Escuela de insignias y los artilleros no han acudido al llamamiento del Gobierno. Sólo una parte de los cadetes de Oranienbaum pudo deslizarse al amparo de la noche por entre nuestras mallas, seguida de cerca por mis llamadas telefónicas. La aventura acabó mandando parlamentarios al Smolny.

El Gobierno provisional busca en vano donde apoyarse. El suelo vacila bajo sus pies. La guardia exterior del Smolny ha sido reforzada por un nuevo destacamento de ametralladoras. Las comunicaciones con todas las fuerzas de la guarnición son permanentes. En todos los regimientos hay compañías de vela sobre las armas. Los comisarios están preparados, atentos al primer aviso. En el Smolny se encuentran delegados de todos los cuerpos de tropa, a disposición del Comité militar revolucionario para en caso de que se interrumpian las comunicaciones. De todos los distritos de la ciudad se lanzan a la calle destacamentos armados, llaman a las puertas o las abren sin llamar y ocupan militarmente todos los edificios públicos. Estos destacamentos se encuentran casi en todas partes con amigos que los habían estado esperando impacientemente. Comisarios especiales, nombrados al efecto, vigilan en las estaciones los trenes que llegan y salen, principalmente los transportes de soldados. No se ve por ningún lado motivo de inquietud. Todos los puntos importantes de la ciudad caen bajo nuestro poder, casi sin resistencia, sin lucha, sin víctimas. El teléfono nos manda de todas partes la consigna: "¡Aquí, nosotros!"

Todo va bien. No puede ir mejor. Podemos dejar un momento el teléfono. Me siento en el sofá. La tensión nerviosa cede. Por ello mismo, siento que una vaga oleada de cansancio me sube a la cabeza. "¡Deme usted un pitillo!", le digo a Kamenev. Todavía fumaba, aunque no regularmente. Le doy dos grandes chupadas al cigarrillo y apenas si tengo tiempo a decir para mis adentros: "¡Esto no más faltaba!", cuándo pierdo el conocimiento. La propensión a caer desvanecido ante un dolor físico fuerte o un gran malestar, era herencia de mi madre. Un médico tomó pretexto de ello para achacarme epilepsia. Cuando recobré el conocimiento, vi cerca de mí la cara de Kamenev, toda asustada.

-¿Quiere usted que vaya a buscarle alguna medicina?-me preguntó.
-No, mejor sería-le dije después de una breve reflexión-que buscásemos algo de comer. Intento acordarme de cuándo he comido, la última vez y no lo consigo: debo de llevar un día entero sin probar bocado.

Por la mañana, me lanzo sobre la prensa burguesa y la conciliadora. Ni una palabra acerca del alzamiento, ya iniciado. Los periódicos se habían hartado de clamar tanto y tan furiosamente acerca del alzamiento armado que se avecinaba, acerca de los saqueos, los arroyos de sangre que correrían, las violencias, etc., que no se dieron cuenta siquiera de que el alzamiento había empezado ya. La prensa daba pleno crédito a nuestras negociaciones con el estado mayor e interpretaba como indecisión nuestras declaraciones diplomáticas. Entre tanto, los destacamentos de soldados, marineros e individuos de la Guardia roja, ejecutando las órdenes que recibían del Smolny, sin caos, sin lucha en las calles, casi sin disparar un tiro, sin derramamiento de sangre, iban ocupando un edificio público tras otro.

El buen burgués se frotaba los ojos, asustado, ante el nuevo régimen. ¿Pero es posible que los bolcheviques hayan conquistado el Poder, es posible? Una comisión de la Duma municipal se me presentó a hacerme unas preguntas verdaderamente peregrinas,

inefables: si planeábamos alguna Manifestación y cuál y para cuándo, advirtiéndome que la Duma municipal debía "tener conocimiento de ello con veinticuatro horas de antelación"; qué medidas había tomado el Soviet para salvaguardar la seguridad y el orden público, etc., etc. Yo les contesté exponiéndoles cuál era la doctrina dialéctica acerca de la revolución y propuse a la Duma municipal que erigiese un delegado para que le representase en el Comité revolucionario. Esto les aterró más que la misma sublevación. Concluí, como siempre, aplicando el criterio de la defensa armada: -Si el Gobierno emplea el hierro, nosotros contestaremos con el acero. -¿Nos disolverán ustedes, por haber sido contrarios a la entrega del Poder a los Soviets? La Duma municipal-les contesté-, tal como se halla constituida, ya no responde a la realidad, y si surgiese algún conflicto, propondríamos al pueblo que fuese a unas nuevas elecciones, donde se decidiría. La comisión se retiró con la misma prudencia con que había venido, pero dejando detrás de sí una sensación segura de victoria. ¡Cuánto han cambiado las cosas en esta noche! No hace más que tres semanas que hemos conseguido la mayoría en el Soviet de Petrogrado. No éramos casi, más que una bandera, sin imprenta propia, sin caja, sin secciones. Todavía la noche anterior acordaba el Gobierno prender al Comité militar revolucionario y andaba buscando nuestras señas. Y he aquí que, de pronto, se presenta una comisión de la Duma municipal ante estos revolucionarios "proscritos" para preguntarles qué suerte va a ser la suya. El Gobierno seguía reunido como siempre en el Palacio de Invierno. Pero más que Gobierno era una sombra de sí mismo. Políticamente, puede decirse que ya no existía. Durante la jornada del 25 de Octubre, el Palacio de Invierno vióse poco a poco cercado de tropas. Hacia la una de la tarde hablé en el Soviet de Petrogrado acerca de la situación. La reseña publicada en el periódico describe mi informe del modo siguiente: "Declaro, en nombre del Comité revolucionario de guerra, que el Gobierno provisional ya no existe (aplausos). Algunos Ministros han sido detenidos ya (bravo). Los demás serán hechos presos dentro de unas horas o en plazo de pocos días (aplausos). La guarnición revolucionaria, que se ha puesto a las órdenes del Comité revolucionario de guerra, ha disuelto el anteparlamento (gran ovación). Hemos pasado la noche en vela, observando por teléfono cómo las secciones de los soldados revolucionarios y de las guardias obreras cumplían calladamente con su misión, mientras el buen burgués dormía tranquilamente, sin sospechar siquiera que entretanto un Poder nuevo se alzaba sobre las ruinas del antiguo. Las estaciones, las centrales de Correos y Telégrafos, la Agencia de Telégrafos de Petrogrado, el Banco Nacional, están ocupados por nuestras tropas (gran ovación). El Palacio de Invierno no ha sido tomado aún pero su suerte se decidirá dentro de pocos minutos (aplausos)." Esta noticia escueta da una idea falsa del ambiente de aquella asamblea. En mi recuerdo se conservan los datos siguientes, que vienen a completar el informe de los periódicos. Al comunicar yo el cambio de Gobierno que se había operado aquella noche, se produjo un silencio tenso que duró varios segundos, tras de lo cual estalló el

aplauzo; pero no un aplauzo ruidoso, sino reflexivo. La sala se mantenía en una actitud expectante ante los acontecimientos. Cuando la clase obrera se disponía a lanzarse a la lucha, estaba poseída de un entusiasmo indescriptible. Pero ahora, cruzado ya el umbral de Poder, este entusiasmo apasionado cedía el paso a la reflexión y a la preocupación. En este repliegue psicológico, palpaba un instinto histórico, certero, ya que ante nosotros acechaban todavía las grandes resistencias de un mundo que no se resignaba a morir. La lucha, el hambre el frío, el desorden, la sangre y la muerte. ¿Podremos con todo esto?, se preguntaban muchos en silencio. De aquí el semblante de preocupación y de cuidado. ¡Podremos!, contestaban todos. En la lejanía apuntaban peligros nuevos, pero por el momento velaba la sensación de nuestro gran triunfo y esta sensación nos cantaba en la sangre. Las masas le dieron expresión en el recibimiento delirante que tributaron a Lenin, el cual, después de cuatro meses de ausencia, volvió a presentarse en público, por vez primera, en esta reunión. Ya bien caída la tarde, esperando a que se abriese el Congreso del Soviet, Lenin y yo nos fuimos a descansar a un cuarto próximo al salón de sesiones, en el que no había más que sillas. No sé quién nos puso unas mantas en el suelo, y alguien-creo que fué la hermana de Lenin-nos tendió unas almohadas. Nos tumbamos el uno al lado del otro. Los cuerpos y las almas se distendieron, como muelles que se aflojan después de una tremenda tensión. Era un descanso bien ganado. Pero no podíamos conciliar el sueño. Nos pusimos a hablar a media voz. Lenin va estaba definitivamente tranquilo por la dilación del alzamiento, que tanto le había preocupado. Sus temores se disipaban. En su voz, había tonos de una gran cordialidad. Me preguntó por las patrullas e individuos de la Guardia roja. -¡Es un cuadro maravilloso ver a los obreros armados de fusil junto a los soldados, calentándose a las hogueras!-repetía en tono conmovido-. ¡Al fin hemos conseguido unir al soldado con el obrero!

De pronto, se incorporó para preguntarme:

-¿Y el Palacio de Invierno? ¿No está tomado todavía? ¿Supongo que no pasará nada, eh? Hice además de levantarme para ir al teléfono a informarme de lo que hubiese, pero me retuvo. -Estése usted quieto, que ya encargaré yo a alguien que pregunte. Sin embargo, el descanso no había durado mucho. En el salón de allado, comenzaba la sesión del congreso del Soviet. La hermana de Lenin, Ulianova, vino corriendo a donde yo estaba:

-¡Está hablando Dan, y le llaman a usted!

Dan, al que le faltaba la voz, hacía reproches a los "conspiradores" y profetizaba el fracaso inevitable del alzamiento. Exigía que formásemos una coalición con los socialrevolucionarios y los mencheviques. ¿De modo que los partidos que, ayer todavía, cuando estaban en el Poder, atizaban la campaña contra nosotros y nos mandaban a la cárcel, venían hoy, después que los habíamos derribado, a buscar una inteligencia con los vencedores? Me levanté a contestar a Dan y en su persona a una etapa ya superada de la revolución: "No estamos ante una conspiración, sino ante un alzamiento. El alzamiento del pueblo en armas no necesita de justificación. Nosotros no hemos hecho más que templar la energía revolucionaria de los obreros y los soldados. No hemos hecho más

que forjar abiertamente para el alzamiento la voluntad de las masas. Y ahora, cuando el alzamiento ha triunfado, se nos viene a proponer que renunciemos a la victoria y sellemos un pacto. ¿Con quién? Con vosotros, que no sois nada ni representáis nada; con unos quebrados e insolventes que ya no tienen misión alguna que cumplir y que no quieren resignarse a ser arrastrados a las barreduras de la historia, de las que forman parte desde hoy." Era la última réplica nuestra en aquel gran diálogo que se había iniciado el 3 de abril, en el momento de llegar Lenin a Petrogrado.

EL "TROTSKYISMO" EN PODER

Desde el año 1904, me había mantenido al margen de las dos fracciones socialdemócratas. En la revolución del 5 al 7, trabajé identificado con los bolcheviques. Durante los años de la reacción, defendí en la prensa marxista internacional contra los mencheviques los métodos de la revolución, aunque sin perder las esperanzas de que los mencheviques se orientasen en un sentido izquierdista, y, animado por esta esperanza, hube de hacer una serie de tentativas en torno a la fusión. Hasta que no estalló la guerra no me convencí definitivamente de que aquellos esfuerzos eran inútiles. En Nueva York escribí en los primeros días del mes de marzo una serie de artículos dedicados a estudiar las fuerzas de clase y las perspectivas de la revolución rusa. Por aquellos días, Lenin enviaba de Ginebra a Petrogrado sus "Cartas desde lejos". Aquellas dos series de artículos, escritas desde dos puntos separadas por el Océano, coinciden en el análisis y en el pronóstico. Las fórmulas fundamentales a que llegábamos-posición ante la clase campesina, ante la burguesía, ante el gobierno provisional, ante la guerra, ante la revolución internacional-eran las mismas. He aquí cómo, sobre la piedra de toque de la historia, se contrastaba el "trotskismo" con el "leninismo", y el contraste realizábase bajo condiciones químicamente puras. Yo no podía conocer la posición adoptada por Lenin, sino que partía de mis supuestos propios y de mi propia experiencia revolucionaria. Y, no obstante, acusaba las mismas perspectivas y la misma línea estratégica que él. ¿Es que en aquellos tiempos la cosa era ya tan clara, que la conclusión hubiera de ser igual para todos? No, ni mucho menos. La posición de Lenin fué, durante todo aquel tiempo-hasta el día 4 de abril de 1917, en que llegó a Petrogrado-una posición personal y exclusiva. A ninguno de los directivos del partido residentes en Rusia-ni a uno solo-se le había ocurrido antes poner proa a la dictadura del proletariado ni a la revolución social. La asamblea del partido en que, víspera de llegar Lenin, se reunieron unas cuantas docenas de bolcheviques, demostró que allí no había nadie que pasase de la democracia. No en vano se han mantenido secretas hasta hoy las actas de aquella asamblea. Stalin votó en ella por sostener al Gobierno provisional de Gutchkof y Miliukof y por la unión de los bolcheviques con los mencheviques. Una posición semejante, si no más oportunista todavía, adoptaron Rykof, Kamenef, Molotof, Tomsy, Kalinin y todos los demás caudillos y sotacaudillos de hoy. Jaroslavsky, Ordchonikidse, Petrovsky, actual presidente del Comité central ejecutivo ucraniano, y otros, en unión de los mencheviques, publicaban en Jakutsk durante la revolución de Febrero, un periódico titulado El Socialdemócrata, en que no, hacían más que desarrollar las banales doctrinas del oportunismo, provinciano. Dar hoy a la luz los artículos de aquel Socialdemócrata, redactados por Jaroslavsky, equivaldría a matarle intelectualmente, si a un hombre como a él pudiera causársele una muerte intelectual. ¡Tales son los hombres que hoy montan la guardia al "leninismo"! Ya sé yo que en diversos momentos de su vida, estos hombres se han hartado de andar detrás de Lenin, copiando sus palabras y sus gestos. Pero a comienzos de aquel año 1917, no tenían al maestro delante. La situación era

difícil. Entonces precisamente era cuando había que demostrar si habían aprendido algo o no en la escuela de Lenin, y de qué eran capaces sin tenerle cerca. Que me digan el nombre de uno de los que figuran en sus filas, de uno solo, que hubiera sido capaz de acercarse siquiera por cuenta propia a aquella posición adoptada por Lenin en Ginebra o en Nueva York por mí. Difícil será que puedan hacerlo. La Pravda, de Petrogrado, dirigida por Stalin y Kamenev hasta la llegada de Lenin, quedará siempre como un documento probatorio de la limitación mental, la miopía y el oportunismo de aquellos hombres. Sin embargo, la masa del partido y la clase obrera en conjunto iban desplazándose, por la fuerza de las cosas, en la dirección acertada, que era la lucha por la conquista del Poder. No había otro camino, ni para el partido ni para el país, Para defender en los años de la reacción la perspectiva de la revolución permanente, hacía falta tener una penetración teórica de que ellos no eran capaces. Para alzar, en el mes de marzo del año 1917, la consigna de la lucha por el Poder les hubiera bastado, acaso, con un poco de instinto político. Ni uno solo de los caudillos de hoy-ni uno siquiera-tuvo la penetración ni el instinto necesarios. Ni uno sólo fué capaz, en marzo de 1917, de remontarse, sobre la democracia de las izquierdas pequeñoburguesas. Ni uno siquiera pudo aprobar el examen de Historia.

Yo llegué a Petrogrado un mes después que Lenin, que fué cabalmente el tiempo que me retuvo Lloyd George en el Canadá. Cuando llegué, me encontré con que la situación, dentro del partido, había cambiado notablemente. Lenin apelaba a las masas contra sus lamentables conductores. Empezó a luchar sistemáticamente contra aquellos "viejos bolcheviques que-como escribió por aquellos días-no es la primera vez que desempeñan un triste papel en la historia de nuestro partido, repitiendo, venga o no a cuento, fórmulas aprendidas de memoria, en vez de molestarse en estudiar las características de la nueva realidad viviente". Kamenev y Rykov intentaron oponer resistencia. Stalin guardó silencio y se hizo a un lado. No hay un sólo artículo de aquella época en que Stalin intente siquiera analizar su política pasada y abrirse un camino hacia la posición adoptada por Lenin. Se limitó a callar. Había asomado demasiado la cabeza con sus desdichadas orientaciones en el primer mes de la revolución, y era mejor recatarse en la sombra. No alzó la voz ni puso la pluma sobre el papel en parte alguna para salir a la defensa de Lenin. Se hizo a un lado y esperó. En los meses de mayor responsabilidad, en que se preparó teórica y políticamente el asalto al Poder, Stalin no existió políticamente. Cuando yo llegué a Rusia, había todavía muchas organizaciones socialdemocráticas en que marchaban unidos los bolcheviques y los mencheviques. Era la consecuencia lógica de la postura adoptada por Stalin, Kamenev y otros al comienzo de la revolución y durante la guerra. Aunque hay que reconocer que la posición Stalin durante la guerra no la conoce nadie, pues tampoco creyó oportuno dedicar una sola línea a esta cuestión, que parece bastante importante. Hoy, los manuales de los "Cominterns" repartidos por el mundo entero-citaré los de la juventud comunista de Escandinavia y los "pioniers" de Australia-se hartan de repetir que, en agosto de 1912, Trotsky intentó unir a los bolcheviques con los mencheviques. En cambio, no dicen, que ya

en marzo de 1917, Stalin propugnaba por la fusión de los bolcheviques con el partido de Zeretelli, y que hasta mediados del año 1917, Lenin no consiguió sacar de una vez al partido de aquella charca en que lo habían metido los caudillos provisionales de entonces y epígonos de hoy. El hecho de que ni uno solo de ellos, al estallar la revolución, supiera penetrar en su sentido ni comprender sus derroteros, quiere interpretarse hoy como, una gran profundidad dialéctica, para contrarrestar las herejías de los que tuvieron el atrevimiento de comprender el pasado y prevenir el futuro. Recuerdo que poco después de llegar a San Petersburgo, le dije a Kamenev que yo estaba identificado en un todo con las famosas "tesis de abril" de Lenin, en que se marcaba la nueva orientación del partido, y Kamenev me contestó: "¡Naturalmente!" Antes de ingresar formalmente en el partido, hube de intervenir en la elaboración de los documentos más importantes del bolchevismo. Y a nadie se le ocurrió entonces preguntarme si me había desprendido del "trotskismo", como en el período de la decadencia y de los epígonos me habían de preguntar mil veces los Cachins, los Thälmanns y demás usufructuarios de la revolución de Octubre. Las únicas reclamaciones en que tal vez resaltase por entonces el contraste entre el "trotskismo" y el "leninismo" eran las que, durante el mes de abril, hacían los directivos del partido a Lenin acusándole de compartir mis ideas. Kamenev lo hacía de una manera abierta y obstinada. Los demás más veladamente y con mayor cautela. Docenas de "viejos bolcheviques" me dijeron, al llegar yo a Rusia: "Ahora está usted de enhorabuena." No tuve más remedio que demostrarles que Lenin, no se había "pasado" a mi posición, sino que desarrollaba la suya propia y que la marcha de las cosas, sustituyendo el álgebra por la aritmética, arrojaba unidad de nuestras doctrinas, como era en efecto. En aquellas primeras reuniones que tuvimos, y más aún después de las jornadas de Julio, Lenin, bajo aquella apariencia de tranquilidad y de sencillez "prosaica", daba la impresión de un hombre extraordinariamente concentrado y de enormes preocupaciones interiores. Por aquellos días, la kerenskiana parecía omnipotente. El bolcheviquismo era "un puñado de hombres que tendía a desaparecer". Al menos, así opinaba el Gobierno oficialmente. Nuestro partido, no había cobrado aún la conciencia de sí mismo ni del porvenir que le estaba reservado. Y, sin embargo, Lenin lo conducía con paso firme hacia la gran batalla. Yo me enganché al trabajo y le ayudé desde el primer día. Dos meses antes del alzamiento de Octubre, escribí: "Para nosotros, el internacionalismo no es una idea abstracta que no tenga más misión que ser violada siempre que la ocasión se presente (como lo es para Zeretelli o Tchernof), sino un principio directo orientador y profundamente práctico. Nosotros no concebimos que nuestro triunfo pueda ser seguro y definitivo sin la revolución europea." A los nombres de Zeretelli y Tchernof no podía agregar todavía, por entonces, el de Stalin, el filósofo del "socialismo en un solo país". Mi artículo terminaba con las palabras siguientes: "¡La revolución permanente contra la permanente matanza! Tal es la lucha en que se debate el destino de la humanidad." Este artículo apareció impreso el día 7 de septiembre, en el órgano central del partido, y fué editado luego en forma de folleto. ¿Por qué mis críticos de hoy callaron entonces

ante mi consigna herética de la revolución permanente? ¿Dónde estaban? Unos, como Stalin, esperaban, mirando cautelosamente para todos lados; otros, como Zinovief, se habían metido debajo de la mesa. Pero hay otra pregunta que importa más que ésta: ¿Cómo es que Lenin se allanó tan tranquilamente a mi doctrina? En punto a la teoría, aquel hombre no conocía la indulgencia ni la transigencia. ¿Cómo, pues, toleró aquella prédica del "trotskismo" en el órgano central de la Prensa bolchevista? El día 1.º de noviembre de 1917, en una sesión del Comité de Petrogrado-el acta de esta sesión, histórica por todos conceptos, se mantiene en secreto-, Lenin dijo que, desde que me había convencido de que era una quimera la unión con los mencheviques, "no había mejor bolchevique" que yo. Con esto, ponía bien a las claras, y no era la primera vez, que lo que nos había mantenido separados no era la teoría de la revolución permanente, sino otra cuestión secundaria, aunque importante también: la posición ante el menchevismo. A los dos años de triunfar nuestro movimiento, Lenin, volviendo la vista atrás, escribía: "En el momento de conquistar el Poder e implantar la República de los Soviets, el bolchevismo supo atraerse a los mejores elementos entre los que figuraban en las corrientes del pensamiento socialista más afines a él." ¿Puede haber ni una sombra de duda que Lenin, al acentuar aquello de las corrientes más afines al bolchevismo, quería referirse, muy en primer término, a lo que llaman ahora el "trotskismo histórico"? ¿Qué otra corriente había más afín al bolchevismo que la que yo representaba? ¿A quién si no quiso referirse? ¿Acaso a Marcel Cachin? ¿O a Thälmann? Para Lenin, en aquel momento en que tendía la vista sobre el pasado del partido, el "trotskismo" no podía ser una corriente hostil ni extraña, sino, por el contrario, la corriente del pensamiento socialista más afín a la representada por él. Como vemos, el verdadero curso que siguieron las ideas no se parece en nada a esa caricatura falseada que se han sacado de la cabeza los epígonos, aprovechándose de la muerte de Lenin y de la ola de la reacción.

EN EL PODER

Aquellos días fueron días extraordinarios, así en la vida del país como en la nuestra personal. La tensión de las pasiones sociales y de las fuerzas personales alcanzaba su máximo apogeo. Las masas estaban creando una época y los directores sentían que sus pasos iban al unísono con los pasos de la historia. En aquellos días se tomaban, acuerdos y se dictaban órdenes de que dependía el destino de un, pueblo para toda una época histórica. Y, sin embargo, estos acuerdos apenas se discutían. No me atrevo a decir, pues no es verdad, que los sopesásemos y meditásemos debidamente antes de tomarlos. Eran acuerdos improvisados. Pero no por ello eran peores. El torrente de los acontecimientos tenía tal fuerza, era tan claro lo que había que hacer, que hasta los acuerdos de mayor responsabilidad se tomaban a escape, sobre la marcha, como algo evidente, con la misma evidencia con que eran aceptados y cumplidos. El camino estaba trazado de antemano. No había más que llamar a los problemas y a las fórmulas por su nombre, no hacía falta ponerse a probar nada ni hacer nuevas apelaciones y llamamientos. La masa comprendió perfectamente, sin dudas ni vacilaciones, lo que la situación por sí misma le imponía. Los "directores", acuciados por los acontecimientos, limitábanse a dar expresión a lo que cumplía a las necesidades de la masa y a las exigencias de la historia. El marxismo se considera como la expresión consciente del proceso inconsciente de la historia. Pero este proceso "inconsciente" -inconsciente en sentido histórico-filosófico, no psicológico-sólo se funde con su consciente expresión en sus cimas culminantes, cuando las masas, por un desencadenamiento arrollador, rompen las compuertas de la rutina social y plasman victoriosamente las necesidades más profundas de la evolución histórica. En instantes como éstos, la suma conciencia teórica de la época se fragua con los actos más inmediatos de las masas más bajas y miserables y más alejadas de la teoría. Esta unión creadora de lo consciente y lo inconsciente, es lo que suele llamarse inspiración. Las revoluciones son momentos de arrebatadora inspiración de la historia. Todo verdadero escritor tiene momentos en su obra en que viene otro, más fuerte, y le lleva de la mano. Todo verdadero orador tiene momentos en que por su boca habla algo más poderoso que lo que brota de ella en sus horas normales. Es la "inspiración", producto de la más alta tensión creadora de todas las fuerzas. Lo in-consciente se alza de las hondas simas en que vive y se funde con la labor consciente de la idea, se enlaza con ella en una suprema unidad. En un momento dado, las fuerzas todas del espíritu, puestas en suprema tensión, cifren la actividad personal entera, fundida con el movimiento de la masa. Tales fueron los días que vivieron los "directores" en las jornadas de Octubre. Las fuerzas más recatadas del organismo, sus instintos más profundos, hasta ese fino sentido del olfato, herencia de nuestros antepasados animales, se irguieron, hicieron saltar los diques de la rutina psicológica y pusieron al servicio de la revolución. Estos dos procesos, el individual y el colectivo, reposaban en la fusión de lo consciente con lo inconsciente, del instinto, que es el resorte de la voluntad, con las más altas generalizaciones de la idea.

La fachada exterior no tenía nada de patética; la gente iba y venía, fatigada, hambrienta, sin lavar, con los ojos hinchados y las caras llenas de barbas. Y si, a la vuelta de algún tiempo, cogéis a uno cualquiera de estos hombres, será muy poco lo que pueda contaros de las horas y los días críticos. Reproduciré aquí unos extractos del libro de notas de mi mujer, advirtiendo que estas notas fueron tomadas bastante después de ocurridos los hechos: "En los últimos días de los preparativos para el movimiento de Octubre, nos fuimos a vivir a la calle de Taurida. L. D. se pasaba los días en el Smolny, Yo seguía trabajando en el Sindicato de obreros de la madera, en que tenían mayoría los bolcheviques y donde se respiraba una atmósfera muy caldeada. Las horas de servicio se nos pasaban discutiendo la cuestión del alzamiento. El presidente del Sindicato compartía el "punto de vista de Lenin y Trotsky" (que era como se decía entonces) y yo le ayudaba en la campaña de agitación. En todas partes y por todo el mundo se hablaba de alzamiento: en las calles, en los establecimientos de comidas, en las escaleras del Smolny entre las gentes que se cruzaban. La comida era escasa, el sueño corto, la jornada de trabajo veinticuatro horas. Casi nunca veíamos a los chicos, y durante aquellos días de Octubre no me abandonó un momento la preocupación de lo que pudiera ocurrirles. En la escuela a donde iban no había, en junto, más que dos "bolcheviques": Liova y Sergioska, y un "simpatizante", como decían ellos. Tenían enfrente a toda la, masa compacta de los retoños de la democracia gobernante, de los kadetes y los socialrevolucionarios. Y como suele acontecer en semejantes casos, cuando la divergencia de opiniones es irreductible, a la crítica de ideas sucedían los argumentos de carácter práctico. Más de una vez hubo de intervenir el director para sacarlos de debajo de un montón de "demócratas" que los tenían apabullados. En realidad, los muchachos no hacían ni más ni menos que lo que hacían, sus padres. El director era un kadete, razón por la cual estaba castigando constantemente a nuestros chicos: "Cojan ustedes su gorrilla, y váyanse a casa." Después de la caída del Gobierno era imposible seguirlos mandando a aquel colegio. Los enviamos a la escuela pública. Allí era todo más primitivo y más tosco, pero no se hacía tan difícil respirar.

L. D. y yo no parábamos un momento en casa. Los chicos, cuando volvían de la escuela y no nos encontraban allí, se echaban también a la calle. Las manifestaciones, los disturbios callejeros, los tiroteos, que eran frecuentes, me infundían en aquellos días mucho miedo, por ellos; téngase en cuenta que eran la mar de revolucionarios... Los pocos ratos que pasábamos juntos, se ponían a contarme, muy contentos:

-Hoy fuimos en el tranvía con unos cosacos que iban leyendo la proclama de papá, "¡Hermanos, cosacos!"

¿Y qué?

-Pues la leían, se la pasaban unos a otros, era muy hermoso...

¿Os gustaba aquello?

-¡Sí, mucho!

Un conocido de L. D., el ingeniero K., que tenía una familia muy numerosa, chicos de diferentes edades, una muchacha y qué sé yo cuántas cosas más, se nos ofreció a

llevarse nuestros muchachos consigo una temporada, para que estuviesen vigilados. No había más remedio que aceptar esta oferta salvadora. Yo acudía a veces al Smolny hasta cinco veces al día, con diversos encargos que me daba L. D. Regresábamos a nuestra casa de la calle de Taurida tarde de la noche, para separarnos otra vez a la mañana siguiente, bien temprano, L. D. camino del Smolny y yo a mi Sindicato. Cuando ya los acontecimientos fueron creciendo, no salían del Smolny de noche ni de día. L. D. se pasaba días y días sin aparecer por la calle de Taurida, ni siquiera a tumbarse un rato a dormir. Yo me quedaba también muchas veces en el Smolny, dónde pasábamos la noche recostados en un sofá o sillón, sin desnudarnos. No hacía calor; era un tiempo otoñal, seco, gris, y soplaba un airecillo frío. Las calles principales estaban desiertas y silenciosas. En este silencio palpitaba una tensión de desasosiego. El Smolny hervía de gente. La magnífica sala de fiestas, en que brillaban las mil luces de sus espléndidas ararías, estaba abarrotada de gente día y noche. En fábricas y talleres reinaba también una intensa actividad. Pero las calles seguían. silenciosas, mudas, como si la ciudad, muerta de miedo, hubiese escondido la cabeza debajo del ala... Me acuerdo que, a los dos o tres días de haber tomado el Poder, entré por la mañana en un cuarto del Smolny, y me encontré en presencia de Vladimiro Ilitch, de Leo Davidovich, de Dserchinsky -si mal no recuerdo-, de Joffe y muchos otros. Tenían todos unas caras pálidas, amarillas, de no dormir; los ojos, hinchados; los cuellos, sucios; el cuarto estaba lleno de humo. Alrededor de una mesa, a la que estaba sentado no sé quién, se apiñaba una multitud aguardando órdenes. Lenin y Trotsky estaban rodeados de gente. Daba la sensación de que transmitían las órdenes como sonámbulos. Sus movimientos, sus palabras, parecían flotar en un mundo lunático, de sueño, y por un momento me pareció que yo misma estaba soñando, que todo aquello que veía no era verdad y que la revolución no podía triunfar si "ellos" no dormían todo lo que necesitaban y se cambiaban de cuello; sobre todo ésto, pues aquel estado de ensoñación iba, no sé por qué, íntimamente asociado a la impresión que daba verles con semejantes cuellos. Me acuerdo de que, algunos días después, encontré a María Ilinichna, la hermana de Lenin, y le recomendé apresuradamente que procurase que Vladimiro Ilitch se cambiase en seguida de cuello.

-¡Sí, sí!-me contestó ella riendo-. También a mis ojos había perdido ya su importancia torturante aquello del cuello limpio."

El Poder está en nuestras manos, a lo menos en Petrogrado. Lenin no ha tenido tiempo todavía a cambiar de cuello. En aquella cara, muerta de fatiga, velan los ojuelos de Ilitch. Y los ojuelos me miran afectuosamente, cordialmente, expresando con una esquinada perplejidad la simpatía interior. -No sé si le pasará a usted-me dice, como dudando-; pero..., así tan de pronto, el Poder, apenas salidos de la persecución y la ilegalidad...-se detuvo, buscando la expresión adecuada, y súbitamente se cambió al alemán, rematando la frase-, ¡le da a uno el vértigo! Y, acompañando con el gesto a la palabra, describió con la mano un movimiento de rotación. Nos miramos el uno al otro, y en nuestras caras asomó, casi imperceptible, una sonrisa.

No duraría todo aquello más allá de dos minutos. No hubo más: inmediatamente pasamos a hablar de los asuntos pendientes.

Hay que formar el Gobierno. Estamos reunidos unos cuantos miembros del Comité central. Una sesión fugaz en el rincón de una sala.

-¿Y cómo vamos a llamarlo?-exclamó Lenin, reflexionando en voz alta-. Todo menos Ministros, que es un nombre repugnante gastado.

-¿Por qué no... Comisarios?-intervine yo-. Lo malo es que hay ya demasiados Comisarios. Pero podríamos poner "Altos Comisarios". Aunque no: eso de "Altos" suena mal. Digamos "Comisarios del Pueblo".

-¿Comisarios del Pueblo? Sí, no está mal-asintió Lenin-. ¿Y a el Gobierno, en conjunto?

-Soviet, naturalmente, Soviet... El "Soviet de los Comisarios del Pueblo" me parece que queda bien.

-Sí-repitió Lenin-: el "Soviet de los Comisarios del Pueblo"...

Magnífico! ¡Esto huele formidablemente a revolución!

Lenin era poco aficionado a detenerse en la estética de la revolución ni a saborear su "romanticismo"; pero la sentía de tal modo y tan en lo hondo, que podía decir con toda precisión a qué "olía".

-¿Y qué pasará-me preguntó Vladimiro Ilitch en uno de aquellos primeros días, cuando yo menos lo esperaba-si las Guardias blancas nos quitan de en medio a usted y a mí? ¿Cree usted que Sverdlof y Bujarin sabrán salir del paso?

-¡Hombre, quizá no nos quitarán de en medio!-repuse yo, riéndome.

-¡Vaya usted a saber!-dijo Lenin, echándose a reír también.

En mis Recuerdos sobre Lenin, publicados en el año 1924 di a conocer por vez primera este episodio. Según suped después, la noticia ofendió gravemente al "trío" que entonces formaban Stalin, Zinovief y Kamenev; mas sin que por ello se atreviesen a discutir su autenticidad. Las cosas son como son, y la verdad es que a los labios de Lenin no asomaron en aquella ocasión más nombres que los de Sverdlof y Bujarin. No se le ocurrió pensar en otros. Lenin había pasado, con breves interrupciones, quince años en la emigración, y a los directivos del partido que no estaban emigrados no los conocía más que por lo que le escribían o por haberlos visto alguna que otra vez en el extranjero. No tuvo ocasión a verlos trabajar de cerca hasta que no estalló la revolución. Esto le obligaba a formar una serie de juicios nuevos o a revisar los que ya hubiese formado por referencias. Lenin, que era hombre de gran pasión moral, no admitía la indiferencia en sus relaciones con otras personas. Este gran pensador, observador y estratega se dejaba llevar fácilmente del entusiasmo por la gente. De esta cualidad habla también, en sus Recuerdos, su mujer, Nadeida Konstantinovna Krupskaja. Lenin no acostumbraba a formar juicio de un hombre por la impresión que le causara a primera vista. Su ojo tenía una potencia microscópica. Agrandaba y potencializaba aquellas cualidades que, por las circunstancias del momento, cayesen en su campo visual. Muchas veces negaba a enamorarse de una persona, en el sentido literal de la palabra. Yo solía reírme un poco de él en casos tales, y le decía: -Ya veo, ya veo que tiene usted un nuevo amor. Lenin, que conocía también esta debilidad

suya, se echaba a reír a guisa de respuesta, con una risa un tanto perpleja y un tanto amarga. Durante el año 1917, sus relaciones conmigo atravesaron por diversas fases. Al llegar yo a Petrogrado me recibió retraído y expectante. De pronto, las jornadas de Julio nos hicieron cobrar mutua intimidad. Cuando, alzándome contra la mayoría de los dirigentes bolcheviques, lancé la consigna de boicotear el anteparlamento, Lenin me escribió desde su escondite: "¡Bravo, camarada Trotsky!" Juzgando por algunos signos aparentes y erróneos, parecióle que, en punto al alzamiento armado, yo adoptaba una actitud de espera, y este temor encontró expresión en algunas de las cartas que escribió durante el mes de octubre. Pero el día del levantamiento, cuando nos echamos a descansar los dos en el suelo de aquel cuarto vacío, y envuelto en sombras, me dispensó una acogida clara, cálida y cordial. Al día siguiente, en la sesión del Comité central del partido, Lenin propuso que se me nombrase Presidente del Consejo de Comisarios del Pueblo. Tan desprevenido me cogió aquella propuesta, y tan inadecuada me pareció, que hube de saltar del asiento, protestando:

-¿Y por qué no?-insistía Lenin-. ¿No estaba usted al frente del Soviet de Petrogrado, que se ha adueñado del Poder?

Pedí que se rechazase la petición sin discutirla, y así se hizo. El día 1.º de noviembre, en el transcurso de uno de aquellos reñidos debates del Comité del partido de Petrogrado, Lenin exclamó:

-No hay mejor bolchevique que Trotsky.

Estas palabras, en boca de Lenin, tenían cierta importancia. No en vano el acta de la sesión en que se pronunciaron sigue celosamente sustraída a la publicidad. La conquista del Poder me planteaba a mí, entre otras, la cuestión de la labor que pudiese desempeñar en el Gobierno. Es curioso, que jamás se me hubiese ocurrido pensar en esto. A pesar de la experiencia de 1905, no se me había pasado nunca por las mientes el asociar el mañana con el problema del Gobierno. Mi sueño, desde mi más temprana juventud, ya desde mi niñez, era llegar a ser escritor. Más tarde, sometí mis trabajos de escritor y todo lo demás a la labor revolucionaria. El problema de la conquista del Poder por nuestro partido no se borraba de mis preocupaciones. Docenas y cientos de veces escribí y hablé acerca del programa que había de desarrollar el Gobierno revolucionario. Y, sin embargo, ni una sola vez se me vino a las mientes la acción personal que, desde el Poder, pudiera realizar yo. La realidad me cogía desprevenido. Después de triunfar nuestro movimiento intenté quedarme fuera de los cuadros del Gobierno, y propuse que se me encargase de la dirección de la Prensa del partido. Es posible que este intento naciese, en cierto modo, de la depresión nerviosa producida por el triunfo. Los meses anteriores habían sido para mí un constante esfuerzo, encaminado a preparar la caída del régimen. Todas mis fibras estaban en tensión. Lunatcharsky contó por entonces en algún periódico que yo daba, por aquellos días, la impresión de una pila eléctrica: "Apenas se le tocaba, producíase una descarga." El 7 de noviembre quedó resuelto todo. Sentí el mismo deseo que el cirujano al terminar una operación difícil y peligrosa: el deseo de lavarse las manos, de quitarse la blusa y echarse a descansar. Lenin, en

cambio, acababa de salir de su escondite, donde, durante tres meses y medio, le había atormentado el alejamiento de toda labor práctica inmediata de dirección. Mi ansia de retirarme, aunque sólo fuese por algún tiempo, entre bastidores era verdaderamente grande. Pero Lenin no me permitió ni que hablase de ello. Insistía en que no tenía más remedio que ponerme al frente de los asuntos interiores, pues lo más importante ahora era dar la batalla a la contrarrevolución. Yo le contradije, aduciendo, entre otros argumentos, el problema de raza, pues parecíame que no merecía la pena poner en manos del enemigo el arma que suponía mi estirpe judía. Lenin, al oír aquello, casi se indignó

-¿De modo que, hemos hecho una gran revolución internacional para que salga usted ahora con esas minucias?

A propósito de este tema, cruzamos, medio en serio y medio, en broma, las palabras siguientes:

-La revolución no hay que dudar que es grande; pero no ha acabado, ni mucho menos, con los imbéciles-repuse yo.

-Y qué, ¿quiere usted que nos pleguemos a su voluntad?-me replicó él.

-No, eso no; pero alguna que otra pequeña concesión a la estupidez no tendremos más remedio que hacerla. ¿Para qué crearse, ya desde el primer día, inútiles complicaciones?

Ya dejo dicho más arriba que el problema de raza, tan importante en la vida de Rusia, apenas tuvo relieve alguno en la mía personal. Las pasiones y los prejuicios nacionales eran ya racionalmente incomprensibles para mí en mi temprana juventud, y me provocaban, en muchos casos, un sentimiento de asco y a veces hasta una sensación de vómito moral. La educación marxista ahondó en este modo de concebir, convirtiéndolo en un internacionalismo activo. El haber vivido en diferentes países, familiarizándome con sus idiomas, su política y su cultura, contribuyó a que estas tendencias internacionalistas se me incorporasen a la masa de la sangre. Claro está que cuando, en el año 17 y alguna que otra vez más tarde, invocaba mi raza judía como argumento para que no se me designase para determinados cargos, lo hacía pura y simplemente por razones de táctica política.

Conseguí ganar para mi causa a Sverdlof y a algunos otros miembros del Comité central. Lenin se quedó en minoría. Hubo de alzarse de hombros, suspirar, menear la cabeza con gesto de reproche y consolarse pensando en que, al fin y al cabo, cualesquiera que fuesen los cargos que desempeñásemos, no dejaríamos de dar la batalla con el mismo celo a la contrarrevolución. Pero el propio Sverdlof se opuso enérgicamente a que me atrincherase detrás de la Prensa, a cuyo cargo dijo que era menester destinar a Bujarin.

-A Leo Davidovich debemos colocarlo frente a Europa: que se encargue de los asuntos extranjeros.

-¡Pues sí que vamos a tener ahora grandes asuntos extranjeros!-repuso Lenin. Sin embargo, asintió a ello de mala gana. De mala gana asentí yo también. Y he aquí cómo, por iniciativa de Sverdlof, hube de verme por espacio de un trimestre a la cabeza de la diplomacia de los Soviets. El Comisariado de Negocios Extranjeros era, realmente,

un lugar de descanso. A los camaradas que acudían a brindarme su ayuda aconsejábales casi siempre que buscasen un campo de más rendimiento para sus energías. Uno de ellos había de describir más tarde en sus Recuerdos, muy sustanciosamente, una conversación que tuvo conmigo, a poco de constituirse el Gobierno de los Soviets. -¿Cuál va ser nuestra labor diplomática?-cuenta que le dije yo-. Tan pronto como haya lanzado a los pueblos unas cuantas proclamas revolucionarias pienso cerrar la tienda. Mi interlocutor quedó sinceramente desconsolado al ver la falta de dominio diplomático que denotaba el nuevo ministro. Claro está que yo exageraba de propósito mi punto de vista, para darle a entender que el centro de gravedad del momento no estaba, ni mucho menos, en los asuntos de la diplomacia.

Lo esencial entonces era llevar adelante la revolución de Octubre, extenderla a todo el país, defender a Petrogrado de los ataques de Kerensky y del general Krassnof, dar la batalla a la contrarrevolución. Pero la actividad que esto reclamaba quedaba al margen de todos los cargos, y en lo que a ello atañe mi compenetración con Lenin fué, durante todo este tiempo, muy grande e ininterrumpida.

Los cuartos de trabajo que ocupábamos en el Smolny estaban en los dos extremos del edificio.. El pasillo que nos unía, o, mejor dicho, que nos separaba, era tan largo, que Lenin me propuso un día, bromeando, que organizásemos un servicio volante de bicicletas. Nos comunicábamos por medio de un teléfono. Yo iba unas cuantas veces al día, atravesando el pasillo interminable, que parecía un hormiguero, al despacho de Lenin, a deliberar con él sobre asuntos pendientes. Aquel marinero joven que se titulaba su secretario iba y venía constantemente de un cuarto al otro, llevándome las esquelas en que Lenin me escribía unas cuantas palabras, enérgicas, subrayando dos o tres veces las más importantes y formulando al final una pregunta siempre muy perfilada. A las esquelas acompañaban muchas veces proyectos de decretos, requiriéndome a que comunicase mi opinión sin pérdida de momento. En los archivos del Consejo de Comisarios del Pueblo se custodian gran número de documentos de aquella época, escritos unos por Lenin y otros por mí. Textos redactados por él con correcciones mías o proyectos míos completados o corregidos de su puño y letra. Durante el primer período; por ejemplo, hasta el mes de agosto de 1918, tomé parte activa en los trabajos del Consejo de Comisarios del Pueblo. En la época del Smolny, Lenin esforzabase, celosamente impaciente, por contestar con decretos a todas las cuestiones de la vida económica, política, administrativa y cultural. No es que tuviese, ni mucho menos, la pasión burocrática de los reglamentos, sino que aspiraba a verter el programa del partido en el lenguaje del Gobierno. Sabía que aquellos decretos revolucionarios sólo podían ejecutarse, de momento, en una parte muy pequeña. Para vigilar la ejecución y la marcha de su cumplimiento había que disponer de un aparato administrativo que funcionase bien, de experiencia y de tiempo. Nadie sabía cuánto íbamos a durar en el Poder. Durante todo el primer período, los decretos tenían una importancia más bien de propaganda que administrativa. Lenin se apresuraba a decirle al pueblo lo que era el nuevo régimen, lo que quería y el modo como pensaba llevar a

cabo sus aspiraciones. Iba de problema en problema, magníficamente infatigable. Sin detenerse a provocar deliberaciones, se informaba de los especialistas y revolvía por su cuenta los libros. Yo le ayudaba.

Era enorme su preocupación por asegurar la continuidad de todos los trabajos que realizaba. Sabía bien, como gran revolucionario que era, lo que significa la tradición histórica. Entonces no podía preverse si habíamos de seguir en el Poder o íbamos a ser arrollados pero lo que desde luego era indispensable, cualesquiera que fuesen las eventualidades del mañana, era poner la mayor claridad posible en las experiencias revolucionarias de la humanidad. Más tarde o más temprano, vendrían otros y seguirían avanzando sobre los jalones que nosotros dejásemos puestos. Tal era la preocupación de los trabajos legislativos en todo el primer período. Movido, por la misma idea, Lenin acuciaba, impaciente, para que se editasen en ruso con toda rapidez los clásicos del socialismo y del materialismo. Asimismo insistía en que se erigiese el mayor número posible de monumentos revolucionarios, por sencillos que fuesen, tales como bustos, lápidas, etc., en todas las ciudades y, a ser posible, hasta en las aldeas, para arraigar en la conciencia de las masas el cambio producido y dejar la más honda huella posible en la memoria del pueblo.

Aquellas sesiones del Consejo de Comisarios del Pueblo, renovado en parte gran número de veces durante la primera época, eran cuadros magníficos de improvisación legislativa. Había que acometerlo todo desde el principio. No podía pensarse en buscar "precedentes", pues la historia no los conocía. Lenin presidía con un celo infatigable, a veces hasta cinco y seis horas seguidas: por aquella época, el Consejo reuníase diariamente. Lo normal era que las cuestiones se planteasen sin ninguna exposición previa, pues casi siempre se trataba de cuestiones urgentes. Con gran frecuencia ocurría que ni los consejeros ni el presidente, al empezar la sesión, tenían la menor idea acerca del fondo del asunto. Las discusiones eran rápidas: para el informe preliminar se concedían unos diez minutos. Y, no obstante, Lenin penetraba siempre, por tanteos, en la sustancia de lo que se debatía. Para ganar tiempo, solía mandar a unos y a otros, en el transcurso del debate, unas rápidas esquelas, preguntando por tal o cual aspecto de la cuestión. Estas cedulillas constituían un elemento muy extenso e interesante en la técnica legislativa del Soviet de Comisarios del Pueblo, bajo la presidencia de Lenin. Desgraciadamente, la mayoría de ellas se han perdido, pues las contestaciones se cursaban, por lo general, en el reverso, y el presidente solía romperlas después de leídas. Aprovechando el momento adecuado, Lenin daba a conocer los puntos que abarcaba su resolución, formulados siempre con una precisión tajante y buscada. Con esto cesaba el debate, o bien se traducía en una serie de propuestas prácticas, ya sobre un plano muy concreto. Generalmente, los "puntos" formulados por Lenin servían de base a los decretos promulgados.

Para poder dirigir estos trabajos había que tener, aparte de otras cualidades, una capacidad gigantesca de representación mental. Una de las facultades más valiosas de este talento de representación es la de imaginarse a los hombres, a las cosas

y los hechos tal como son en realidad, aun sin haberlos visto nunca. Saber utilizar todas sus experiencias de vida y sus ideas teóricas, sorprender sobre la marcha los rasgos y detalles, completándolos con sujeción a unas leyes instintivas de coincidencia y probabilidad, y hacer brotar de este modo, con todo su relieve concreto, un determinado sector de la vida humana: he ahí el talento de representación, sin el que no puede concebirse un legislador, un administrador, ni un caudillo, sobre todo en una época revolucionaria. Este talento realista era el gran fuerte de Lenin. Huelga decir que en aquella fiebre de creaciones legislativas se deslizaron-era, inevitable-no pocos errores y contradicciones. Pero, en general, los decretos leninianos de la época del Smolny, es decir, del período más turbulento y caótico de la revolución, pasarán a la Historia como el anuncio de un mundo nuevo. A esta fuente habrán de remontarse constantemente, no sólo los sociólogos y los historiadores, sino también los legisladores del mañana.

Poco a poco, y cada vez más acentuadamente, fueron pasando a primer plano las cuestiones de carácter práctico, principalmente las de la guerra civil, las subsistencias y los transportes. Para atender a estos asuntos se instituyeron Comisiones especiales, que era la primera vez que se veían frente a frente con semejantes problemas y que no tenían más remedio que dar un empujón a este o al otro asunto, irremediadamente estancado en los umbrales de la labor, para que se moviese del sitio. Yo me vi colocado durante varios meses a la cabeza de una serie de Comisiones de estas: la de subsistencias (a la que pertenecía Ziurupa, a quien por aquellos días habíamos ganado para que tomase parte en nuestra labor), la de transportes, la de asuntos editoriales y muchas más.

La cartera diplomática, aparte de las negociaciones de Brest-Litovsk, no me absorbía mucho tiempo. Sin embargo, el cargo era más complicado de lo que yo pensara. A poco de tomar posesión hube de entrar, inesperadamente, en negociaciones diplomáticas con... la torre Eiffel.

Durante las jornadas del alzamiento no habíamos tenido tiempo para interesarnos por la radio extranjera. Pero ahora, desde el cargo que ocupaba, no tuve más remedio que pulsar la opinión del mundo capitalista para ver la posición que adoptaba frente a nuestra revolución. Huelga decir que no recibimos ningún mensaje de saludo. El Gobierno de Berlín, que veía con buenos ojos a los bolcheviques, no tuvo inconveniente en lanzar al mundo una onda hostil después de captar la de Tsarskoie-Selo, en que yo daba cuenta de la victoria alcanzada sobre las tropas de Kerensky. No obstante, Berlín y Viena oscilaban entre la hostilidad contra la revolución y la esperanza de una paz ventajosa; pero todos los demás países, y no sólo los beligerantes, sino también los neutrales, vertían en el éter, traducidos a diferentes idiomas, los sentimientos y las ideas de las clases gobernantes del viejo régimen, a quienes habíamos derrocado en Rusia. En este coro de voces se destacaba, por su furia, la torre Eiffel, que por aquellos días empezó a hablar también el ruso, sin duda para así llegar más directamente al corazón de nuestro pueblo. A veces, recibiendo aquellos mensajes que radiaban desde París, llegaba uno a pensar si en lo alto de la torre Eiffel estaría cabalgado el propio

Clemenceau en persona. Yo le había conocido lo bastante, siendo periodista, para poder identificar, si no su estilo, a lo menos, su espíritu. En estos mensajes radiados, el odio y la furia alcanzaban su más alta expresión. A veces, parecía como si la estación emisora fuese un escorpión que quisiera hundirse el aguijón en su propia cabeza. Teníamos bajo nuestras órdenes la estación de Tsarskoie-Selo, y no había razón ninguna para que guardásemos silencio. Durante varios días me dediqué a dictar las contestaciones que habían de radiarse a los insultos de Clemenceau. Mis conocimientos de la historia política francesa bastaban y sobraban para trazar una silueta, no muy halagadora en verdad, de los personajes principales que en ella actuaban, evocando el recuerdo de muchas páginas olvidadas de su biografía, desde la del Canal de Panamá. Varios días duró aquel violento duelo entre las torres de Tsarskoie-Selo y París. Como materia neutral que era, el éter transmitía concienzudamente los argumentos de las dos partes. ¿Y qué ocurrió? Ni yo mismo, esperaba que el resultado fuese tan rápido. París cambió radicalmente de tono, y empezó a hablar un lenguaje que, aunque seguía siendo hostil, naturalmente, por lo menos, era ya cortés. Muchas veces me he acordado con regocijo de cómo mi actuación diplomática empezó enseñando buena crianza a la torre Eiffel. El día 18 de noviembre estuvo a visitarme en el Smolny, cuando menos lo esperaba, el General Jodsen, jefe de la Misión norteamericana. Me anticipó que no tenía todavía poderes para hablar en nombre del Gobierno de su país, pero que esperaba que todo se arreglase all right. ¿Es que el Gobierno de los Soviets pensaba liquidar la guerra en unión de los aliados? Yo le contesté que, como todas nuestras negociaciones habían de desarrollarse con una absoluta publicidad, los aliados, llegado el momento, tendrían ocasión de seguir su curso y unirse a ellas, si les parecía. Para terminar el pacífico General me aseguró que el momento de las protestas y las amenazas contra el Gobierno de los Soviets, si es que alguna vez existiera, había terminado. Pero ya se sabe que una golondrina, aunque tenga entorchados de General, no hace verano. A principios de diciembre tuvo lugar mi primera y última entrevista con el embajador francés M. Noulens, un antiguo diputado radical que enviara Francia a intimar con la revolución de Febrero, en la vacante del franco monárquico Paleologue, un bizantino de nombre y de hecho, al que había utilizado la República para explotar su amistad con los zares. Por qué nos enviaron a Noulens y no a otro cualquiera, es cosa que yo ignoro. Lo cierto es que este personaje no mejoró la idea que ya tenía acerca de los encargados de regir los destinos humanos. La entrevista se celebró a iniciativa suya y no condujo a ningún resultado. Tras breves vacilaciones, Clemenceau había optado definitivamente por la política del alambre de púas.

También tuve una conversación, nada cordial por cierto, con el General Niessel, jefe de la Misión militar francesa, en uno de los locales del Smolny. Este General empleaba por entonces su talento ofensivo en operaciones de retaguardia. Se había acostumbrado a mandar bajo el Gobierno de Kerensky y no se resignaba a apearse de aquella costumbre. No tuve más remedio que invitarle a que abandonase el edificio. A poco de ocurrir esto, habían de complicarse bastante nuestras relaciones con la Misión militar

francesa. En los locales de la Misión funcionaba una oficina de informaciones, que era en realidad un laboratorio donde se fabricaban las calumnias más descaradas contra la revolución. Todos los periódicos hostiles a nosotros publicaban diariamente telegramas fechados en Estocolmo, a cual más fantástico, más mal intencionado y más estúpido. Los redactores de los periódicos a quienes se preguntó de dónde procedían aquellos telegramas "de Estocolmo", denunciaron como fuente de las noticias a la Misión militar francesa. En vista de esto, hube de dirigir una requisitoria oficial al general Niessel. Este me contestó, el 22 de diciembre, con un documento que es verdaderamente notable: "Muchos periodistas de diferentes tendencias acuden a la Misión militar, pidiendo informes. Yo estoy facultado para dárselos acerca de la marcha de la guerra en el frente occidental, en Salónica, en Asia y en todo lo que a la situación de Francia se refiere. Durante una (?) de estas visitas, un (?) joven oficial se ha permitido comunicar rumores que corrían por la ciudad (?) y que provenían, al parecer, de Estocolmo." Al final, el General prometía de una manera vaga "adoptar las medidas necesarias para que en lo futuro tales descuidos (?) no se repitiesen". Esto era ya demasiado. No nos habíamos molestado en enseñar buena crianza a la torre Eiffel, para que ahora viniese el general Niessel a levantar en pleno Petrogrado otra pequeña torre de emisión de todo género de calumnias. Aquel mismo día, oficié al General en los términos siguientes: "1.º Habiéndose demostrado que la oficina de propaganda a la que se da el título de "Oficina de información" de la Misión militar francesa se utiliza para la difusión de rumores conocidamente falsos y que no tienen otra finalidad que mover a confusión y desorientación de la opinión pública, ordenamos que esa oficina se clausure inmediatamente. 2.º Invitamos a ese "joven oficial" que propagó las falsas noticias, a que abandone cuanto antes el territorio ruso. Rogamos que el nombre de este oficial se ponga inmediatamente en nuestro conocimiento. 3.º El aparato receptor de telegrafía sin hilos que existe en la Misión, deberá ser retirado, 4.º Serán llamados inmediatamente, a Petrogrado, por medio de una orden especial que se publicará en la Prensa, los oficiales franceses que se encuentren en la zona de la guerra civil. 5.º De todas las medidas que se adopten en relación con este oficio, pido que se me dé cuenta inmediatamente. El Comisario del pueblo de Negocios extranjeros, L. Trotsky."

El joven oficial fué arrancado al anónimo y hubo de salir de Rusia en funciones de cabeza de turco. El aparato receptor desapareció y la "Oficina de informaciones" fué clausurada. Los oficiales que andaban desperdigados por la periferia se concentraron en Petrogrado. Todo esto no eran más que pequeñas escaramuzas, que durante poco tiempo, cuando yo había pasado ya a la cartera de Guerra, fueron suplantadas por un armisticio bastante precario. El expeditivo General Niessel hubo de dejar el puesto al General Lavergne, hombre de risa de gato. Sin embargo, el armisticio duró poco. La Misión militar francesa, y con ella la diplomacia francesa toda, resultó ser, a poco, el centro de todas las conspiraciones y acciones armadas contra la República de los Soviets. Pero esto no se descubrió de una manera franca hasta después de las negociaciones de Brest Litovsk, ya en el período de Moscú, en la primavera y el verano de 1918.

EN MOSCU

Después de firmada la paz de Brest, perdía toda su importancia política mi salida del Comisariado de Negocios extranjeros. Tchitcherin, que había regresado de Londres, ocupó la vacante que yo dejaba. A Tchitcherin le conocía de antiguo. Era un funcionario diplomático que durante la primera revolución se pasó a las filas de la socialdemocracia con el carácter de menchevique, consagrándose por entero a los "grupos de ayuda" del partido en el extranjero. Al estallar la guerra adoptó una posición radicalmente patriótica, que intentó sostener en una serie numerosa de cartas escritas desde Londres. De estas cartas, una o dos vinieron dirigidas a mí. Sin embargo, se pasó a los internacionalistas con relativa rapidez y fue uno de los colaboradores activos del *Nasche Slovo* que redactábamos en París. Finalmente, acabó dando con sus huesos en una cárcel inglesa. Reclamé para que fuese puesto en libertad. Como las negociaciones se dilataban, amenacé con tomar represalias contra los ingleses. "No puede negarse - escribe el embajador inglés Buchanan en sus Memorias - que los argumentos de Trotsky encierran, al fin y al cabo, una parte de verdad, pues si nosotros nos creemos autorizados a encarcelar a ciudadanos rusos por hacer propaganda pacifista en un país que desea proseguir la guerra, el mismo derecho tiene él a detener a los súbditos británicos que propagan la continuación de la guerra en un país que quiere la paz." Tchitcherin fue puesto en libertad y regresó a Moscú muy oportunamente. Confié en sus manos el timón diplomático, con un suspiro de satisfacción. No volví a presentarme en el Comisariado. De vez en cuando, Tchitcherin me llamaba por teléfono para asesorarse. Hasta el día 13 de marzo no se notificó mi salida del Comisariado de Negocios extranjeros, coincidiendo con mi designación para el Comisariado de Guerra y para la Presidencia del Consejo superior de Guerra, que acababa de crearse a iniciativa mía. Lenin conseguía de este modo, indirectamente, lo que pretendía. Se aprovechó de que propuse dimitir a propósito de las diferencias de opinión surgidas respecto a la paz de Brest para llevar a la práctica su primitiva idea, adaptada a las nuevas circunstancias. Como nuestros enemigos habían pasado ya de las conspiraciones al levantamiento de frentes de lucha y de un ejército, Lenin quiso que me pusiese a la cabeza de los asuntos militares. Ahora, se había ganado la adhesión de Sverdlof. Intenté contradecir, pero Lenin me replicó: "¿A quién, si no, quiere usted que pongamos al frente de ese cargo, diga usted?" Reflexioné, y no tuve más remedio que aceptar. ¿Estaba yo realmente preparado para la campaña militar? Evidentemente, no. Ni siquiera había servido en tiempos en el ejército de los zares. Los años de milicia hube de pasarlos en la cárcel, en el destierro y la emigración. El tribunal que me juzgó, en el año de 1906, me condenó a la pérdida de todos los derechos civiles y militares. Había tenido ocasión de estudiar de cerca los asuntos del militarismo durante la guerra de los Balcanes a la que asistí durante algunos meses desde Servia, Bulgaria y Rumania. Pero mi criterio de entonces era un criterio de política general, y no puramente militar. La guerra mundial que luego estalló, puso al desnudo y delante de los ojos de todo

el mundo, de los míos entre otros, estos problemas militaristas. Los artículos diarios del *Nasche Slovo* y la colaboración para el *Kievskaja Mysl*, me obligaban a ordenar sistemáticamente todas aquellas noticias y observaciones nuevas. Sin embargo, nosotros veíamos la guerra, principalmente, como una continuación de la política, y el ejército como, instrumento suyo. Los problemas militares de técnica y organización, no habían pasado todavía a primer plano. En cambio, me interesaba extraordinariamente la psicología del ejército-la psicología de los cuarteles, de las trincheras, de las batallas, de los hospitales-y esto había de prestarme, más tarde, grandes servicios. En los Estados parlamentarios ocurre con gran frecuencia que desempeñen la cartera de Guerra abogados y periodistas que apenas han visto el ejército, como yo entonces, más que desde los balcones de la Redacción de un periódico, aunque ella fuese más confortable que la nuestra. Pero la diferencia era manifiesta. En los países capitalistas, no se trata, en sustancia, más que de sostener un ejército ya constituido; es decir, de cubrir políticamente un sistema militar ya arraigado. Lo que nosotros teníamos que hacer era muy distinto. Era barrer cuidadosamente los restos del antiguo ejército y poner en pie, bajo el fuego del enemigo, un ejército completamente nuevo, cuyo esquema era inútil ir a buscar a ningún libro. Teniendo esto en cuenta, se comprenderá fácilmente que yo no aceptase el encargo muy de buena gana y sólo a sabiendas de que no había nadie que pudiera desempeñarlo en debida forma.

No me tenía, ni mucho menos, por un estratega, y condenaba sin miramientos aquella oleada de diletantismo estratégico que se había desatado en el seno del partido al estallar la revolución. Es cierto que hubo cuatro casos-en la campaña contra Denikin, en la defensa de Petrogrado y en la campaña contra Pilsudsky-en que adopté una posición estratégica personal, que hube de defender, unas veces contra el alto mando y otras contra la mayoría del Comité del partido. Pero mi posición estratégica estaba informada en todos los cuatro casos por criterios políticos y económicos, que nada tenía que ver con la pura estrategia militar. Ciertamente es que los grandes problemas de estrategia no pueden resolverse tampoco de otro modo.

El cambio de mis actividades coincidió con el cambio de residencia del Gobierno. El desplazamiento del centro político a Moscú, era, naturalmente, un gran golpe para Petrogrado. El traslado del Gobierno encontraba una gran oposición, casi unánime. Esta posición estaba personificada en Zinovief, que había sido elegido por aquellos días presidente del Soviet de Petrogrado. Con él estaba Lunatcharsky, que había dimitido unos días después del golpe de Octubre, diciendo que no quería asumir la responsabilidad de la (supuesta) destrucción de la catedral basílica de Moscú y que ahora, reintegrado a su puesto, se resistía a separarse de aquel edificio del Smolny que era el símbolo de la revolución. Otros aducían argumentos menos románticos. El temor principal de la gran mayoría era que esto pudiera causar, una mala impresión a los obreros de la capital. Los enemigos echaron a rodar el rumor de que nos habíamos comprometido con el Káiser a cederle Petrogrado. Yo estaba de acuerdo con Lenin en que el cambio de residencia no sólo garantizaba la seguridad del Gobierno, sino la de la propia capital. La tentación

de conquistar el Gobierno a la vez que la capital revolucionaria con un golpe rápido y audaz, tenía que ser grande, lo mismo para Alemania que para los aliados. Ya no era lo mismo tomar a Petrogrado convertido en una ciudad hambrienta sin el Gobierno en su seno. Al fin, pudo vencerse la resistencia. La mayoría del Comité central votó por el cambio de lugar, y el día 12 de marzo (1918), el Gobierno soviético emprendía el viaje hacia Moscú. Para atenuar un poco la sensación de que se degradaba a la capital revolucionaria de Octubre, yo seguí en Petrogrado unos diez días más. El día de mi marcha, la administración de los ferrocarriles me retuvo unas horas en la estación: la campaña de sabotaje empezaba a ceder, pero era todavía bastante fuerte. Llegué a Moscú al día siguiente de ser nombrado Comisario de Guerra.

Aquel Kremlin, con sus murallas medievales y su profusión de cúpulas doradas, parecía una gran paradoja viviente, convertido ahora en la fortaleza de la dictadura revolucionaria. Claro que tampoco el Smolny, antigua institución creada para educar muchachas de la aristocracia, estaba destinado, por su historia ni por sus orígenes, a albergar a los diputados obreros, soldados y campesinos. Hasta el mes de marzo de 1918, yo no había puesto los pies en el Kremlin, ni conocía de todo Moscú más que un solo edificio: la cárcel de Butyrky, en cuya torre hube de pasar seis meses seguidos durante aquel frío invierno del 98 al 99. Para un turista, los monumentos históricos que se guardan en el Kremlin podrán ser objetos de admiración y asombro, lo mismo la torre del Reloj de Iván el Terrible, que el "Palacio de las Facetas". Pero nosotros íbamos a instalarnos en aquel edificio para mucho tiempo. Aquel contacto íntimo y diario entre los dos polos históricos, entre las dos culturas irreconciliables, causaba a la vez asombro y risa. Al cruzar por el pavimento de madera delante del Palacio de Nicolás, ya no podía por menos de mirar de reojo al "Zar de la campana" y al "Zar del cañón". La maciza barbarie moscovita parecía acechar por la boca del cañón y la abertura de la campana. Hamlet hubiera exclamado, desde aquel sitio: "Los tiempos están descoyuntados. ¡Vergüenza y miedo me da haber venido al mundo para arreglarlo!" Pero nosotros no teníamos nada de Hamlets. Era difícil que Lenin concediese a los oradores más de dos minutos para exponer sus puntos de vista, por importante que el asunto fuese. Para detenernos en consideraciones acerca del contraste que se daba de pronto en este país de desarrollo tan atrasado, disponíamos aproximadamente de un minuto o de minuto y medio. El tiempo que empleábamos en volar de una sesión a otra por entre el pasado del Kremlin.

En la "Casa de los Caballeros", que da frente al "Palacio de las Diversiones", vivían antes de la revolución los funcionarios del Kremlin. Todo el piso bajo lo ocupaba el Alto Comandante. Ahora, su vivienda estaba dividida en varios cuartos. En uno de ellos vivía yo, separado por un pasillo de Lenin. El comedor era común a los dos cuartos. La comida que daban entonces en el Kremlin era rematadamente mala. No se comía más que carne salada. La harina y la cebada perlada con que hacían la sopa, estaban mezcladas con arena. Lo único que abundaba, gracias a que no podían exportarlo, era el caviar encarnado. El recuerdo de este inevitable caviar tiñe en mi memoria-y

seguramente que no es sólo en la mía-la idea de aquellos primeros años de la revolución. El juego de campanas que daban las horas en la Torre del Redentor fué cambiado. Ahora, en vez del "Dios guarde al Zar", tocaban, lenta y recogidamente, la "Internacional", al dar los cuartos de hora. El paso de automóviles cruzaba por entre un túnel abovedado debajo de la Torre del Redentor. Encima del túnel había una hornacina con una imagen antigua de no sé qué santo, detrás de un cristal roto. Delante de la imagen una lamparilla, extinguida desde hacía ya la mar de tiempo. Al salir del Kremlin, la mirada tropezaba muchas veces con la imagen, a la par que llegaban al oído, desde lo alto, los sones de la "Internacional". En lo alto de la torre, con su campana, erguíase, como en los viejos tiempos, el águila bicéfala pintada de oro. No le habían quitado más que la corona. Yo propuse que pusiesen el martillo y la hoz encima del águila, para que los nuevos tiempos campeasen también en lo alto de la Torre del Redentor. Pero no había tiempo para detenerse en estas cosas.

Me cruzaba con Lenin en el pasillo diez veces al día, y además nos veíamos a cada rato, para tratar de esta o aquella cuestión; solíamos invertir en estas visitas unos diez minutos, o a veces quince, lo cual era para los dos, en aquellos días, una cantidad de tiempo muy considerable. En esta época, Lenin estaba la mar de hablador, para lo que él acostumbraba, se entiende. A cada paso surgían ante nosotros problemas nuevos, se abría un mundo de cosas ignoradas, había que orientarse y orientar a los demás ante aquel panorama desconocido. No había, pues, más remedio que estarse remontando constantemente de lo concreto a lo general, y viceversa. La nubecilla de las divergencias producidas con ocasión de Brest-Litovsk iba disipándose sin dejar rastro. La actitud de Lenin hacia mí y hacia las personas de mi familia, era extraordinariamente atenta y cordial. Muchas veces, pescaba a los muchachos en el pasillo y se ponía a jugar con ellos.

Mi despacho estaba amueblado con muebles de abedul de Carelia. Encima de la chimenea, un reloj puesto bajo la advocación de Amor y Psique, daba las horas con su vocecilla de plata. Para trabajar, todo aquello no podía ser más incómodo. Los sillones despedían todos un olor lamentable de holgazanería señorial. Yo me resignaba a tomar también aquel cuarto como una consecuencia secundaria y accidental del cambio, con tanta mayor razón cuanto que en los primeros años sólo lo utilizaba para pernoctar en las breves escapadas que hacía desde el frente a Moscú.

Creo que fué al día siguiente de llegar yo de Petrogrado cuando tuve una conversación con Lenin, de pie los dos entre los muebles de abedul de Carelia. Amor y Psique nos interrumpían de vez en cuando con sus sones cantarinos y argénteos. Nos miramos, como si los dos nos hubiésemos sorprendido pensando lo mismo: atrincherado en aquel rincón, nos acechaba el pasado. Cercados de pasado por todas partes, nos pusimos a hablar sin guardarle el menor respeto, aunque también, cierto es, sin la menor animadversión; únicamente con un poco de ironía. Sería falso afirmar que nos hubiéramos llegado a adaptar a aquel ambiente del Kremlin; en las condiciones en que vivíamos, había demasiado dinamismo y poco tiempo sobrante para "adaptarse".

Mirábamos al ambiente un poco de reojo y echábamos alguna que otra guiñada, irónica y animadora, a Amor y Psique, como diciendo: ¿Qué, no contabais con nosotros, eh? ¡Pues no tenéis más remedio que iros acostumbrando! Como se ve, lo que hacíamos era adaptar el ambiente a nosotros.

El personal subalterno de la casa no se movió del sitio. Nos recibió con cierto desasosiego. El régimen imperante aquí había sido bastante severo; una especie de servidumbre de la gleba, en que la colocación pasaba de padre a hijos. Entre los innumerables lacayos y servidores del Kremlin, había no pocos ancianos que habían conocido a varios emperadores. Uno de ellos, un viejecillo de cara afeitada, llamado Stupichin, había sido en tiempos el terror de la servidumbre. Ahora, los más jóvenes le trataban de una manera especial, en que se mezclaban el respeto antiguo y el gesto retador de los nuevos tiempos. No se le veía parado nunca; se deslizaba incansable por los pasillos, poniendo los sillones en su sitio, limpiando el polvo, manteniendo intangible la apariencia del antiguo esplendor. A medio día, nos servían una sopa desleída y una papilla de, avena con la cáscara y todo en los platos de palacio adornados con el águila imperial. -¡Mira, mira!, ¿qué hace?, decíale Sergioska a su madre al oído, apuntando para el viejo, que flotaba como una sombra entre los sillones, volviendo los platos, ora en una, ora en otra dirección. Fué Sergioska quien lo adivinó: el águila bicéfala grabada al borde del plato debía quedar en el centro, dando frente al comensal. -¿Se ha fijado usted en el viejo Stupichin?-le pregunté un día a Lenin. -¡Tiene uno que fijarse en él por fuerza!-me contestó Lenin, con indulgente ironía. A veces, le daban a uno pena estos pobres viejos arrancados con sus raíces al pasado a que pertenecían. Stupichin no tardó en sentir una gran simpatía por Lenin, y cuando éste hubo de trasladarse a otro edificio, más próximo al Soviet de los Comisarios del Pueblo, desplazó la simpatía a mi mujer y a mí, pues comprendió que nosotros sabíamos apreciar, también el orden y que estimábamos sus beneméritos esfuerzos.

Al personal de servicio lo licenciamos en seguida. Los más jóvenes se adaptaron rápidamente al nuevo orden de cosas. Stupichin no quiso pasar a la reserva. Se quedó de vigilante en el gran Palacio, convertido en museo, y de vez en cuando se daba una vuelta por la "Casa de los Caballeros" a "preguntar". Más tarde, durante los congresos y conferencias del partido, Stupichin estaba de guardia en el Palacio, delante de la Sala de San Andrés. En torno a él volvía a reinar el orden y él seguía rindiendo los mismos servicios que en las recepciones de los Zares y los Grandes príncipes con la diferencia de que ahora se trataba de la Internacional comunista. En este sentido, compartía la suerte de las campanas de la Torre del Salvador, que habían tenido que pasarse del himno al Zar a la música de la Internacional. El pobre viejo se murió lentamente en el hospital en el año 1926. Mi mujer le mandó algunos pequeños obsequios que le hacían llorar de emoción. El Moscú soviético nos recibió en medio de un verdadero caos. Resultaba que en esta capital existía otro Soviet de Comisarios del pueblo presidido por el historiador Pokrovski, el hombre menos indicado seguramente en el mundo entero para desempeñar esta misión. Las atribuciones de este Soviet se extendían a la zona de Moscú, cuyas

fronteras nadie sabía trazar. A su jurisdicción pertenecía, en el Norte, el de Arcángel, y en el Sur el de Kursk. De modo que en Moscú levantaba la cabeza un Gobierno cuyos poderes-poderes haría problemáticos, es verdad-abarcaban una gran parte del territorio de los Soviets. La pugna histórica entre Petrogrado y Moscú sobrevivía a la revolución de Octubre. Moscú había sido en tiempos, una aldea grande, Petrogrado una ciudad. Moscú era la sede de los terratenientes y mercaderes, San Petersburgo la ciudad de la burocracia y la milicia. Moscú pasaba por ser un pueblo auténticamente ruso, eslavófilo, hospitalario, el corazón del país; San Petersburgo era la incolora ciudad europea, el cerebro burocrático y egoísta de la nación. Moscú convirtiéndose en el centro de la industria textil, en Petrogrado se concentró la industria metalúrgica. Los literatos se encargaban luego de exagerar líricamente las diferencias reales. Estas diferencias saltaron a nuestros ojos en seguida. Tampoco los bolcheviques nacidos en Moscú habían conseguido liberarse del patriotismo de campanario. Para reglamentar las relaciones entre nuestro Soviet y el de Moscú, nombrose una Comisión presidida por mí. Fué una ocupación curiosísima. Nos pusimos a deslindar pacientemente los comisariados territoriales, separando todo lo que debía pertenecer a la competencia del Poder central. Conforme íbamos avanzando en estas tareas, llegábamos a la conclusión de que el Gobierno de Moscú no respondía a ninguna necesidad. Pronto los propios moscovitas reconocieron la de que su Soviet de Comisarios del pueblo se disolviese.

El período de Moscú volvió a ser, por segunda vez en la historia de Rusia, un período de aglutinación de Estados y creación de los organismos necesarios para su administración. Lenin, impaciente e irónico, y a veces hasta con burlas, rechazaba a todos aquellos que pretendían seguir contestando a todas las cuestiones con fórmulas propagandistas de carácter general. "Pero, hombre, ¿cree usted que estamos en el Smolny?", eran las palabras con que solía recibir tales fórmulas, con una mezcla de cólera y de bondad. "¡Eso huele terriblemente a Smolny!", exclamaba muchas veces, interrumpiendo a los oradores que no se atenían al asunto. "Tranquilícese usted, se lo ruego-decía otras veces-, que ya no estamos en el Smolny; de entonces acá, hemos andado ya un buen trecho." Lenin no se paraba nunca en barras para zarandear el pasado, siempre que se tratase de preparar el porvenir. En esto, íbamos también de la mano. Lenin era muy puntual. Yo quizá llevase la puntualidad a extremos, de pedantería. Empezamos a librar una campaña incansable contra los descuidados y los tardones. Yo dicté penas muy severas contra los retrasos y la falta de puntualidad en la apertura de las sesiones: poco a poco, el caos iba cediendo el puesto al orden. Antes de ir a la sesión, cuando en ella hubiera de tratarse un problema fundamental o de esos a que los conflictos de competencias daban una importancia especial, Lenin me insistía por teléfono para que me informase de la cuestión que se iba a tratar. Todo lo que se ha escrito y se escribe acerca de mis diferencias de parecer con Lenin, está lleno de falsedades y mentiras. Claro está que no estábamos de acuerdo siempre ni en todo. Pero lo más frecuente, con mucho, era que llegásemos a idénticas conclusiones, bien fuese previo un cambio de impresiones por teléfono o sin previa deliberación,

cada cual por su cuenta. En los casos en que formábamos los dos el mismo parecer sobre un asunto, ni él ni yo dudábamos de que el acuerdo prevalecería en la sesión. Si ocurría que Lenin, por cualquier razón, temía que alguien hiciese una oposición seria a sus planes, me avisaba por teléfono: "No deje usted de acudir, en modo alguno, a la sesión; le concederé a usted la palabra el primero." Yo hablaba durante algunos minutos; mientras yo hablaba, Lenin comentaba: "¡Exacto!", y con esto quedaba poco menos que decidida la cuestión. No porque los demás no se atreviesen a manifestarse contra nosotros. En aquellos tiempos, estábamos muy lejos de esta ciega sumisión de hoy a la autoridad ni del asqueroso temor a comprometerse por hablar o votar imprudentemente. Cuanto más reducido el servilismo burocrático, tanto más grande es la autoridad de un director. Cuando yo no estaba conforme con Lenin, se producía un debate acalorado incluso violento, como más de una vez ocurrió. En caso de coincidencia entre nosotros, las deliberaciones eran siempre rápidas. Si antes de ir a la sesión, no habíamos podido ponernos de acuerdo, nos pasábamos unas esquelitas en el curso de ella. Si por este medio las dificultades no se allanaban, Lenin encauzaba la cosa de modo que se aplazase la solución del asunto. La esquila en que se ponía de manifiesto la opinión contraria iba escrita, a veces, en tono de broma; en estos casos, Lenin, al leerla, echaba para atrás todo el cuerpo. Soltaba la risa al menor pretexto, sobre todo cuando estaba cansado. Era en él un rasgo infantil, pues este hombre, a quien nadie podía ganar en virilidad, tenía mucho de niño. Yo le observaba con gesto de triunfo, viéndole luchar contra un ataque de risa, al paso que seguía dirigiendo severamente el debate. En casos tales, la tensión hacía que resaltasen sus pómulos más que de ordinario. El Comisariado de Guerra, en que se concentraban, no sólo mis trabajos militares, sino también los del partido, los de escritor y todos los demás, estaba situado fuera del Kremlin. En la "Casa de los Caballeros" no teníamos ya más que la vivienda. Aquí no iba a visitarnos nadie. Los que tenían que tratar conmigo de algún asunto iban a verme al Comisariado. Lo que se llama "ir de visita" a nadie podía pasársela por las mientes, pues todo el mundo sabía cómo andábamos de ocupados. Hacia las cinco volvíamos del despacho. Hacia las siete, ya estaba yo otra vez en el Comisariado, para asistir a las sesiones de la noche. Cuando ya la revolución se hubo consolidado, es decir, mucho más tarde, pude dedicar las horas de la noche a trabajos teóricos y a escribir.

Mi mujer trabajaba en el Comisariado de Instrucción pública, donde tenía a su cargo la dirección de los Museos, monumentos históricos, etc. Le cupo en suerte defender bajo las condiciones de vida de la guerra civil los monumentos del pasado. Y por cierto que no era empresa fácil. Ni las tropas blancas ni las rojas, sentían gran inclinación a preocuparse del valor histórico de las catedrales de las provincias ni de las iglesias antiguas. Esto daba origen a frecuentes conflictos entre el Ministerio de la Guerra y la dirección de los Museos. Los encargados de proteger los palacios y las iglesias echaban en cara a las tropas su falta de respeto a la cultura; los comisarios de guerra reprochaban a los protectores de los monumentos de arte el dar más importancia a objetos muertos que a hombres vivientes. El caso era que, formalmente, yo tenía que

estarme a cada paso debatiendo en el terreno oficial con mi propia mujer. Este tema ha dado lugar a buen número de chistes y de bromas.

Con Lenin me entendía ahora siempre por teléfono. Mis llamadas y las suyas eran frecuentes y versaban sobre los asuntos más diversos. Los diferentes departamentos le agobiaban con sus quejas contra el ejército rojo. Lenin me llamaba inmediatamente por teléfono. A los cinco minutos, volvía a preguntarme: "¿Quiere usted conocer al candidato designado para ocupar el Comisariado de Agricultura y darme su juicio?" Al cabo de una hora, le interesaba saber si seguía de cerca la polémica teórica entablada acerca de la cultura proletaria, y quería terciar en ella para salirle al paso a Bujarin. En seguida, venía otra pregunta: "¿No podría el Comisariado de Guerra dejar libres unos cuantos camiones en el frente Sur, para transportar víveres a las estaciones?" Y no pasaba media hora, cuando volvía a llamar para informarse de si estaba al tanto de las diferencias que existían en el partido comunista sueco. Y así todos los días que yo pasaba, en Moscú.

A partir del momento en que se inició el ataque alemán, cambió la actitud de los franceses, a lo menos la de la parte más cuerda que tuvo que comprender la estupidez que era hablar de nuestros convenios secretos con los Hohenzollers. Con menos claridad, hubieron de comprender también que nos era imposible llevar adelante la guerra. Hasta había algunos oficiales franceses que nos acuciaba a firmar cuanto antes, la paz, para ganar tiempo: el que con más calor defendía esta idea era un agente francés, aristócrata, y realista, con un ojo de cristal, que me brindó sus servicios para cualesquiera diligencias, por peligrosas que ellas fuesen.

El General Lavergne, sucesor de Niessel, me dió, en términos cautelosos y un tanto lisonjeros, una serie de consejos que no me sirvieron de nada, pero que no eran mal intencionados, a lo menos en cuanto a la forma. A juzgar por sus palabras, el Gobierno francés se allanaba ya como ante un hecho consumado a la paz de Brest-Litovsk, y estaba dispuesto a prestarnos ayuda desinteresada para la organización del nuevo ejército. Se ofreció a poner, a mi disposición los oficiales de la numerosa Misión militar francesa que retornaba de Rumania. Dos de ellos, un Comandante y un Capitán, fueron a alojarse frente al Comisariado de Guerra, para que yo los tuviese constantemente a mano. Confieso que yo les reconocía más competencia en materia de espionaje que en asuntos militares. Me enviaron una serie de informes escritos, que en el tropel de trabajo de aquellos días no me quedó tiempo para leer. Entre los episodios de aquel breve "armisticio", se cuenta el de la recepción de las Misiones militares de la Entente, en el Comisariado. Había la mar de ellas, y todas tenían una composición numerosa. Un día, se presentaron en mi despacho, que era bastante reducido, como unos veinte hombres. Lavergne me los fué presentando. Algunos tenían para mí unas palabras amables. El que más se destacó fué un General italiano todo desmadejado, que me felicitó por haber conseguido limpiar a Moscú de bandidos.

Ahora-me dijo, con una sonrisa encantadora-ya se puede vivir en Moscú con la misma tranquilidad que en cualquier otra capital del mundo.

Aquello me parecía un poco exagerado. Estábamos allí reunidos y no se nos ocurría nada. Los invitados no se decidían a levantarse y tomar la puerta. Y yo no acertaba tampoco a buscar el modo de deshacerme de ellos. Por fin, vino a sacarnos de apuros el General Lavergne, preguntándome si no tenía nada que oponer a que los representantes militares no siguiesen robándome el tiempo. Le contesté que, a pesar de lo doloroso que me era tener que separarme de una compañía tan insigne, no me atrevía a contradecir. Todos hemos pisado en la vida por escenas que luego no podemos evocar sin una pequeña sonrisa de vergüenza. Una de estas escenas fué, en mi vida, la visita de las Comisiones militares de la Entente.

Los trabajos militares seguían ocupando, y cada vez más, la parte principal de mi tiempo, pues no en vano tenía yo mismo que empezar por el Abc. En punto a la técnica y a la estrategia, parecióme que mi misión consistía en poner a personas adecuadas en su adecuado lugar y brindarles la posibilidad de demostrar lo que valían. La labor política y de organización coincidía en un todo con la labor de partido. Era la única manera de que sacásemos la cosa adelante.

Entre los laboriosos peones del partido a quienes me encontré en el departamento de Guerra, estaba Sklianski, un médico militar. A pesar de su juventud-entonces, en 1918, apenas tendría veintiséis años-se distinguía por su espíritu objetivo y sobrio, por su tenacidad y por un gran talento para valorar certeramente los hombres y las circunstancias, que son las cualidades que hacen al administrador. Después de cambiar impresiones con Sverdlof y insustituible en tales ocasiones, nombré a Sklianski para que me representase en mis ausencias como Vicecomisario. No tuve motivo para arrepentirme de la elección. El puesto de Vicecomisario era de una gran responsabilidad, pues yo pasaba la mayor parte del tiempo en los frentes de combate. Sklianski se encargaba de presidir, en mi ausencia, el Consejo revolucionario de guerra y de dirigir los asuntos del Comisariado, que consistían principalmente en aprovisionar los frentes; más adelante, figuró como representante del departamento de Guerra en el Soviet de la Defensa nacional presidido por Lenin. Si hay alguien a quien pueda compararse con aquel Lázaro Carnot de la Revolución francesa, es Sklianski, siempre puntual, infatigable, alerta, siempre al corriente de las cosas. La mayoría de las órdenes que salían del departamento de Guerra llevaban su firma. Y como estas órdenes aparecían en los órganos centrales de la Prensa y en los periódicos locales, por todas partes sonaba el nombre de Sklianski. Como todos los administradores severos y enérgicos, estaba lleno de enemigos. Su juventud brillante y su talento irritaban a no pocas venerables mediocridades'. Stalin, siempre entre bastidores, procuraba clavarle el aguijón de vez en cuando. Sklianski era el blanco de muchos, ataques secretos, principalmente en mi ausencia. Lenin, que le conocía perfectamente del Soviet de la Defensa, se interponía como una montaña entre él y sus detractores. "Es un magnífico trabajador-decía, una vez y otra, sin cansarse de repetirlo-, un trabajador excelente." Sklianski no se ocupaba de estas intrigas; seguía trabajando: se hacía cargo de los dictámenes de los intendentes; se informaba cerca de la industria; calculaba las existencias que había de municiones, de que andábamos

siempre escasos; sin soltar el pitillo de la mano, sostenía las conferencias telefónicas por las líneas directas; mandaba llamar a los jefes a la oficina y reunía las informaciones necesarias para el Soviet de la Defensa nacional. A cualquier hora que uno llamase por teléfono, a las dos, a las tres de la mañana, estaba seguro de encontrarle en el Comisariado, sentado a la mesa trabajando.-¿Cuándo duerme usted?-le pregunté un día. Me contestó con no sé qué broma.

Tengo la satisfacción de pensar que en el departamento de Guerra no se conocían aquellas afinidades y aquellos pandillajes personales que tan caro pagaban los otros Comisariados. El carácter y la fuerte tensión de nuestros trabajos, la autoridad de la dirección, la acertada elección de personas, exenta de todo nepotismo y de todo miramiento, el espíritu de recia lealtad que allí reinaba; todo esto, aseguraba el impecable funcionamiento de aquel complicado mecanismo, bastante desordenado y no poco vario, en punto, a las personas que lo componían. Y ello debíase en buena parte al talento de Sklianski. La guerra civil me impedía tomar parte en los trabajos del Consejo de los Comisarios del pueblo. Pasaba los días en el vagón del ferrocarril o en el automóvil. Aquellos viajes que duraban semanas y meses enteros, me obligaban a alejarme demasiado de los asuntos del Gobierno, para que durante el poco tiempo que pasaba en Moscú me fuera dado intervenir en su tramitación. Sin embargo, las cuestiones más importantes corrían a cargo del "Buró político". A veces, tenía que presentarme en Moscú, requerido por Lenin, exclusivamente para asistir a una sesión del "Politburó", cuando no era yo el que acudía del frente con una serie de problemas fundamentales, avisando por medio de Sverdlof que convocasen a una sesión extraordinaria de aquel organismo. Durante estos años, mi correspondencia con Lenin versó muy principalmente sobre las incidencias de las guerras civiles: breves esquelas o largos telegramas completaban muchas veces los informes que los habían precedido o abrían el camino a los que seguirían. A pesar de su sobria concisión, estos documentos dan una idea de las relaciones reales que imperaban en el grupo dirigente de los bolcheviques. Espero que pronto podré dar a la publicidad esta extensa correspondencia, acompañada de los oportunos comentarios. Será una refutación aniquiladora de la historia que enseñan en la escuela de Stalin. Cuando a Wilson, entre otras utopías profesoras sin fuerza ni sentido, se le ocurrió la de convocar una conferencia armonizadora entre todos los Gobiernos de Rusia, Lenin me envió al frente Sur-con fecha de 24 de febrero-un telegrama cifrado que decía: "Wilson propone negociaciones de paz e invita a todos los Gobiernos de Rusia a una conferencia... Seguramente que será a usted a quien mandemos." Como se ve, las diferencias episódicas de la época de Brest-Litovsk no eran obstáculo para que Lenin volviera a acudir a mí apenas se ofrecía una misión diplomática de importancia, a pesar de que en aquella época yo estaba completamente entregado a los trabajos militares. Es sabido que la apaciguadora iniciativa de Wilson se quedó en nada, ni más ni menos que todos sus otros planes, de modo que no hubo necesidad de mandar a nadie. ¿Qué pensaba Lenin de mi labor en el departamento de Guerra?

Acerca de esto, hay cientos de testimonios del propio Lenin, pero me

limitaré a traer aquí uno que relata muy plásticamente Máximo Gorky: Dando un puñetazo en la mesa, dijo (Lenin) "¡Y bien, cítenme ustedes el hombre que sea capaz de levantar, en plazo de un año, un ejército casi modelo y que, además, haya conseguido conquistarse el respeto de los especialistas militares! ¡Pues nosotros lo tenemos! ¡Nosotros lo tenemos todo! ¡Y hemos de hacer maravillas!" Fué la misma conversación en que Lenin, siempre según el testimonio de Gorky, dijo: "Ya sé, ya sé. Ya sé que corren por ahí muchas mentiras acerca de mis relaciones con él. Se miente mucho, y por lo visto con gran predilección tratándose de Trotsky y de mí." ¿Qué diría Lenin hoy, en que las mentiras acerca de nuestras relaciones, saltando por encima de todos los hechos, todos los documentos y toda lógica, se han convertido en la religión oficial del Estado? Ya he dicho que para negarme a aceptar el Comisariado de asuntos interiores al día siguiente de subir al Poder, apelé entre otras cosas, a la cuestión de raza. Se pensará que esta cuestión debiera originar en los asuntos de guerra mayores dificultades que en la administración civil. Pero Lenin tenía razón. Durante la época ascensional de la revolución, nadie dió importancia a este aspecto. Aunque los blancos intentaron sembrar la pasión antisemítica en su campaña de agitación para corromper al Ejército rojo, no consiguieron nada. De ello ofrece pruebas sobradas la propia Prensa de los blancos. En los Archivos de la revolución rusa que se publicaban en Berlín, uno de sus autores refiere la siguiente anécdota, que es bien característica: "Un cosaco que había venido a vernos y a quien alguien quiso ofender de propósito, diciéndole que estaba al servicio y tomaba las armas bajo las órdenes de un judío, Trotsky, replicó muy excitado y con acento de gran convicción: ¡No es verdad!... ¡Trotsky no es judío! ¡Trotsky es un luchador!... Es de los nuestros... Es un ruso... Lenin, sí; Lenin es comunista... es judío; pero Trotsky es de los nuestros... Un luchador... Un ruso... ¡De los nuestros!" Este tema aparece también en la Caballería roja, de Babel, uno de nuestros escritores jóvenes de mayor talento. No se me empezó a velar en cara la raza hasta que no se desató la campaña contra mí. El antisemitismo alzó la cabeza a la vez que el antitrotskyismo. Y los dos se nutren de la misma sustancia, que es la reacción pequeñoburguesa contra nuestro Octubre.

FIN DEL TOMO III